

Figura 101. Caballo de guerra en bronce (MNAR, Mérida). La abundancia de équidos en la región resultó proverbial. Ya antes de las guerras lusitanas eran famosos los caballos de la región, que según el mito procedían de yeguas que fecundaban los vientos a orillas del Tajo, y constituían el arma esencial del ejército de Viriato (Blázquez, 1957). Su abundancia requería a su vez de extensas zonas de pasto, y probablemente estaba relacionada con la ganadería trashumante que debían desarrollar lusitanos y vetones.



## ROMA

### LAS GUERRAS LUSITANAS Y LA OCUPACIÓN ROMANA

A principios del siglo II a.C. se trasladó a la península Ibérica el escenario de la segunda guerra púnica. La contienda supuso a la vez pretexto y acicate para que Roma reforzara su política expansionista incipiente y decidiera la conquista del territorio hispano. Dentro de la región extremeña, la meridional Beturia sería de las primeras zonas en ser dominadas, tanto por su ubicación geográfica al norte de la rica Turdetania como por sus famosos recursos mineros. Su dominio aseguraba el control romano sobre las minas de pirritas del suroeste ibérico, los yacimientos filonianos de galena del oeste pacense y los depósitos estanníferos cacereños (Pérez y Campos, 2000-2001). Además, suponía una plataforma adecuada para combatir a las belicosas tribus lusitanas y vetonas que pronto desafiarían el poder del invasor. En 193 a.C. el pretor Marco Fulvius derrota en el *oppidum* de Toledo a una confederación de tribus vacceas, celtíberas y vetonas; Tito Livio refiere como hacia 185 a.C. los pretores de la Beturia lanzaban razzias sobre los campamentos lusitanos y carpetanos. Las luchas más sangrientas tuvieron lugar entre 155 y 152 a.C., en las sierras meridionales cacereñas, tras la alianza de vetones y lusitanos que se encargaron de sofocar Lúculo y Galba con un balance que los historiadores cifran en cerca de 10.000 muertos y 20.000 deportados (Floriano, 1957).

Superviviente de aquella derrota, el célebre Viriato se erigió en cabecilla de una nueva resistencia que mantendría en jaque a los ejércitos romanos durante ocho años de continuos pillajes, escaramuzas, saqueos y batallas abiertas. La existencia de una orografía en que aún no eran raros los bosques donde ocultarse facilitó su aguante ante un enemigo desigual. Como parte de los intentos para asentar el poder romano, el general Quinto Servilio Cepión impulsó la creación de una gran red de comunicaciones que permitieran el movimiento rápido de las legiones. Así, hizo explanar una vía desde el Guadiana hasta la confluencia entre el Tajo y el Almonte (*vía lata*). Ello implicaba el desmonte y descepe de la vegetación arbórea en una faja lo suficientemente ancha (lat. *latus*) para facilitar el desplazamiento de tropas y de los vehículos con los suministros. Luego se construiría como calzada en tiempos del Imperio. Finalmente, en 139 a.C., la traición acabó con el caudillo lusitano en su refugio del Monte Venus, que algunos autores identifican con las sierras próximas a Cañaveral (Santa Marina), y otros con la Sierra de Gredos o la Vera. El proceso de conquista culmina con la victoria de Licinius Crasus en 93 a.C., pero con ello no terminaron las guerras en la región, pues el amparo que dieron los lusitanos al general Sertorio en 80 a.C. trasladó a la zona la guerra civil que en Roma enfrentaba a Mario y a Sila, y de un modo similar sucedería después con la mantenida por César y Pompeyo (Berrocal-Rangel, 2005).

Este largo periodo de batallas tendría consecuencias importantes en la conformación de los paisajes. Al efecto directo de las actividades de guerra y saqueo (según Apiano, las tropas de Viriato se

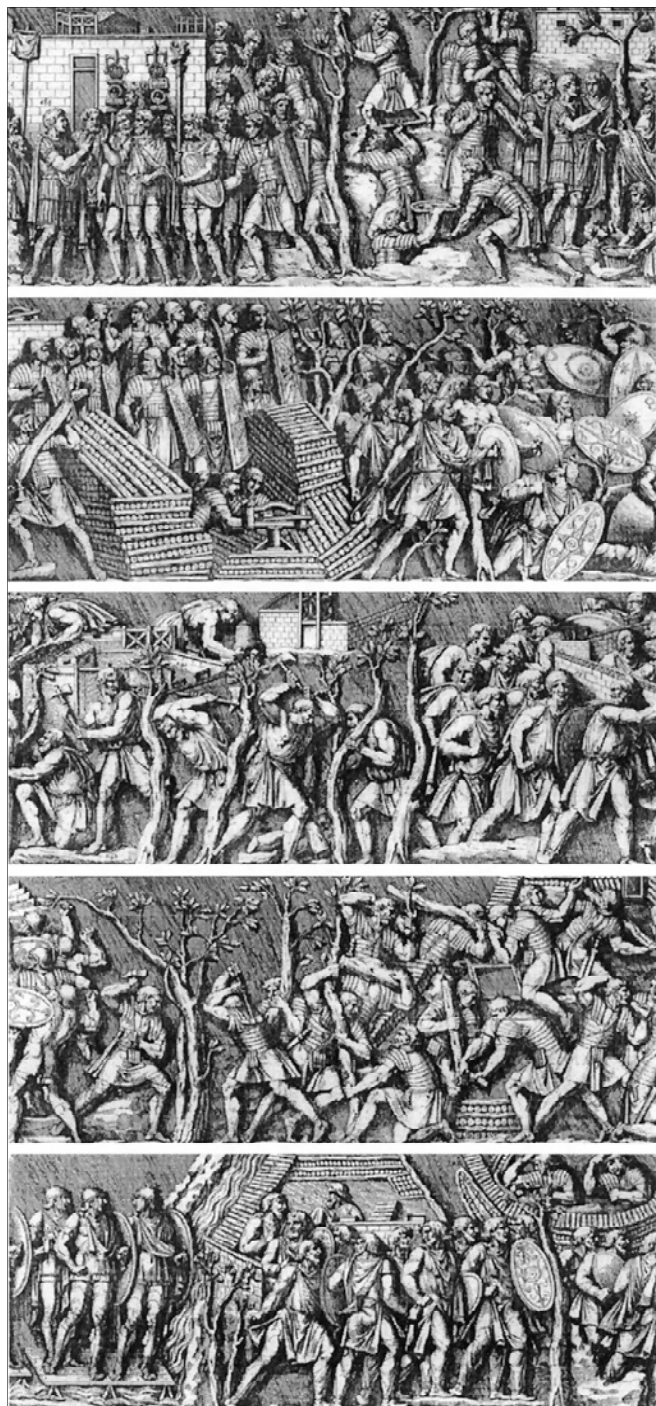


Figura 102. La columna de Trajano, situada en el Foro de Roma, narra en bajorrelieves las victoriosas campañas militares del emperador de origen emeritense. Las actividades en ella representadas son extrapolables a la generalidad de los conflictos bélicos de la época, como las largas y cruentas guerras lusitanas (193-93 a.C.). En las escenas de esta lámina, legionarios y leñadores se afanan denodadamente en cortar y trocear árboles, para conformar con ellos robustas empalizadas y máquinas de guerra. Episodios como estos debieron suponer una agresión considerable a los bosques de las comarcas afectadas, sobre todo en los casos de conflictos tan duraderos.

movían “devastando todo a su paso”) se unirían importantes oscilaciones demográficas a causa de muertes y deportaciones. Terrenos que antes se cultivaban volvieron a formar parte del bosque, mientras que formaciones arboladas impenetrables fueron pasto de las llamas. Como parte de la estrategia de pacificación, los romanos acometieron traslados forzosos de poblaciones enteras, tratando de modificar los modos de vida de los habitantes y de ligarlos a la agricultura en las zonas llanas. Narra Estrabón (*Geografía, Libro III, 3, 5*) que los pobladores al norte del Tago, a pesar de lo próspero de su territorio, *pasaban la vida apartados de la tierra, en piraterías y en continua guerra entre sí y contra sus vecinos de la otra orilla del Tago, hasta que los pacificaron los romanos, haciéndolos bajar al llano y convirtiendo en aldeas la mayor parte de sus ciudades*; y también que la tierra entre el Tago y el Guadiana albergaba, además de celtas, *algunos lusitanos deportados por los romanos de allende el Tago*. En la misma línea, comenta Apiano (*Historia de Roma, Sobre Iberia, 63-75*) que Cepión concedió al ejército sometido de Viriato tierra suficiente para que no tuvieran que practicar el bandidaje por la falta de recursos.

En realidad, estos hechos son susceptibles de lecturas más profundas. Numerosos datos apuntan para las poblaciones lusitano-vetonas un modo de vida esencialmente ganadero y basado en movi-



Figura 103. Monedas romanas acuñadas en Emerita Augusta (MNAR, Mérida). En ambas se representa un anciano guiando una yunta de bueyes arando. Este era el emblema de la ciudad y reflejaba su poderío agrícola. La política colonial del imperio romano se basaba en potenciar el agrupamiento de la población en grandes urbes, en las que se fomentaba el desarrollo agrícola intenso y planificado del territorio.



mientos estacionales (Sánchez Romero, 1998; Gómez Pantoja, 2004). Esto entraba en rotundo conflicto con la política territorial romana, y con una concepción del uso del territorio basado en la agricultura y en la ganadería estante. Para mantener el poder territorial, Roma precisaba de la fijación de la población tanto a la tierra como a los núcleos urbanos. Como apuntaba Paredes (1886), de esta importancia de la ganadería en los antiguos pobladores "son buenas pruebas las luchas que sostuvieron con los romanos, que no fueron otras las causas, sino que los conquistadores pretendían desarrollar y fomentar la agricultura, y ellos procuraban estorbarlo, porque con ello quitaban pastos a los ganados, y se creaban trabas a la trashumación".

#### **LAS ACTIVIDADES AGROPECUARIAS Y LA ORGANIZACIÓN DEL TERRITORIO**

Uno de los primeros efectos de la ocupación romana será la concentración de la población en nuevos núcleos, dando lugar a una estructura política y social centralizada. La creación de ciudades obedece inicialmente al control militar del territorio, como sucede en Valentia-Valencia de Alcántara, 138 a.C.; pronto adquiere un carácter más administrativo con asignación de terrenos y unidades agrarias para su puesta en explotación mediante la estabilización de los contingentes armados trasladados a la zona: Metellinum -Medellín, 79 a.C. (Fernández Corrales, 1988). Tras la fundación de Norba Caesarina (Cáceres) en 35 a.C., el proceso culmina en 25 a.C., con la de Emerita Augusta, que llegaría a ser la ciudad más poblada y extensa (120 ha) de la Hispania romana (Carreras, 1995-1996). Destacarán también otras como Caurium (Coria), Turgalium (Trujillo), Capara (Cáparra), Augustobriga (Talavera la Vieja), Tulipa (Zalamea), Contributa (Zafra), Lacimurga (Encinasola), Nertobriga (Fregenal de la Sierra), Municipium Iulium (Azuaga), etc., muchas de ellas ya anteriormente ciudades lusitanas o vetonas. Esta creación o fortalecimiento de grandes urbes se unirá a la reestructuración de las principales vías de comunicación para establecer las bases de una ordenación territorial cuyo reflejo ha llegado hasta nuestros días. En el norte tuvo lugar una evolución de los sistemas de asentamiento que cristalizará en el paso de los castros a oppida, núcleos fortificados poderosos que gestionaban un territorio más amplio y que serán el germen de sociedades protourbanas cada vez más complejas (Almagro, 1994). Aunque Ptolomeo (Ptolomeo, II, 5, 1-7) atribuyera a los vetones once ciudades, éstas no llegaron a alcanzar el desarrollo de los núcleos urbanos del sur del Tajo.

Las ciudades tuvieron que incrementar la presión sobre el medio para producir más alimentos para la creciente población urbana y abastecerla de combustible y materias primas para sus manufacturas. Era obligado desmontar más tierras. Las enseñanzas que aporta el agrónomo gaditano Columela a mediados del siglo I d.C. son significativas. En el capítulo dedicado a saber «cómo se mete en cultivo un sitio inculto y se hace de labor» aconseja lo siguiente:

«Los terrenos cubiertos de árboles y matas hay dos modos de reducirlos a cultivo, o arrancando unos y otros de raíz y echándolos fuera, o bien si están claros, cortándolos entre dos tierras solamente, quemándolos y arando la tierra»

El texto evidencia la necesidad del descepe de los bosques de cupulíferas y el uso del fuego como método con gran capacidad transformadora y fácil de aplicar. Junto al aprovechamiento agropastoral, también se daba una gestión en unos bosques humanizados. Los agrónomos de la Antigüedad los clasificaron por el tipo de producto que obtenían, ligado al periodo entre aprovechamientos. Así por ejemplo, Catón (Meiggs, 1982) los califica en *silva caedua*, para los bosques tratados a monte bajo que se cortan cada diez-quince años para la obtención de leña, aprovechamiento que es posible por



Figura 104. Maqueta de Emerita Augusta en época romana (MNAR, Mérida). Fundada para acoger a los veteranos legionarios de las guerras cántabras, pronto se convirtió en una de las ciudades más poderosas, pobladas y pujantes de Hispania. En su extenso alfoz se fueron construyendo numerosas villas, resultando en una intensa explotación agropecuaria del territorio, lo que determinaría una precoz carencia de arbolado en sus inmediaciones.

la capacidad de rebrote de ciertas especies como las del género *Quercus*, y *silva glandaria*, para los montes huecos que, al aclararlos, permiten el aprovechamiento anual de bellotas (glandes) y de pastos para el ganado. Estos tipos de tratamientos persistirán hasta nuestros días. Los bosques no intervenidos, aquellos de características nemorales, crecían con la fertilidad lograda por siglos de acumulación de sus despojos en los suelos y con las densidades adecuadas para dar fustes rectos, los idóneos para la obtención de madera de construcción. Catón, en su obra sobre agricultura, menciona que las mejores maderas para vigas de casas son las de pino y roble, ambas presentes en los bosques de Extremadura.

La llegada de Roma supuso un centralismo político y administrativo sin precedentes y un intento de ordenación más o menos sistemática del territorio en función de los usos agrícolas del suelo. El incremento de las demandas daría lugar a una intensificación tanto de las actividades productivas como de las transacciones comerciales. La concentración de contingentes poblacionales en las urbes lleva a una rotunda mejora de la red de comunicaciones. El itinerario de Antonino, ya del siglo IV d.C., recoge nueve vías que parten de Mérida: la que se dirige a Salamanca, dos a Toledo —una por *Lacipea* (Villamesia) y la segunda por *Metellinum* (Medellín)—, la cuarta va a Córdoba, dos más a Sevilla —al llegar a *Contributa* (Zafra), una iba por *Lacunis* (Fuente de Cantos), la otra por *Regina* (Reina)—, y a Lisboa se dirigían tres —por *Plagiaria Budua*, por Evora y por Santarem—. La consecuente facilidad para el transporte de mercancías y el nuevo sistema tributario habrían de estimular la producción de crecientes excedentes alimentarios o mineros, lo que a su vez influiría en el proceso deforestador (Álvarez-Sanchís, 2003)

El estado de desarrollo de las actividades agropecuarias y su distribución espacial es una de las claves para comprender los paisajes de la época. Tras los periodos de guerra la densidad de población debió descender considerablemente en grandes áreas de la región. Según Frontinus (*De contraversis*, 9 y 37), cuando se fundó Mérida para alojar a los veteranos de las guerras cántabras, la tierra circundante fue repartida entre todos ellos, y aún quedó tierra libre de sobra, que fue destinada a uso público como pastizal o bosque. El territorio que controlaba la ciudad era inmenso, sobre 14.400 km<sup>2</sup>, y sus habitantes fijaron su residencia en ella, aunque poseyeran propiedades a distancias de hasta 50 km (Carreras, 1995-1996). La densidad de asentamientos rurales en este territorio era baja: 0,07 sitios/km<sup>2</sup> en el área del Salor y 0,05 al sur de Trujillo (Fernández Corrales, 1983). Desde finales del siglo I a.C. culmina el proceso de aculturación, integración y absorción de poblaciones prerromanas, transformándose gradualmente el paisaje con la continuada aparición de asentamientos rurales, propiciada y dirigida por las calzadas principales. Las grandes propiedades rurales se incrementan mediante la concentración de las antiguas parcelas de las centurias, con una media de 400 ha en zonas ricas de los valles del Guadiana y el Salor, extensión que se duplica en comarcas más pobres (Fernández Corrales, 1988).

Ya antes de la llegada de Roma la ganadería había alcanzado cierto renombre merced a su importancia y a la calidad de sus productos, especialmente en ganados ovinos y porcinos: Plinio (*Naturalis Historia*, 8.73.191) alaba la lana de primera clase de Lusitania, y Varro el gran tamaño de la raza lusi-



Figura 105. Clípeo de Medusa en el Foro de Mérida. La cabeza de la divinidad aparece orlada por una corona de hojas de Quercus repleta de bellotas, síntoma de la gran importancia de su aprovechamiento en la región. En esa época, Varro alababa el gran tamaño de la raza lusitana de cerdos, cebados con bellota dulce, y Catón hablaba de la silva glandaria, los bosques ahuecados para montanera (foto cortesía del MNAR).



tana de cerdos (Rusticae, 7.2.4). De Turdetania, que ocupaba desde el Guadalquivir hasta el Guadiana, comenta Estrabón (op.cit.) que exportaba trigo y vino en cantidad, siendo inagotable asimismo la riqueza en ganado de toda especie y en caza. En el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida se conservan bajorrelieves y mosaicos que evidencian el aprovechamiento del cerdo. Hay indicios también que inducen a pensar que los movimientos estacionales del ganado tenían cierta importancia, como los acuerdos de hospitalidad entre pueblos de llano y pueblos de montaña, las piedras de límites entre localidades lejanas que deben hacer referencia a aprovechamientos de pastos en sierras distantes, la importancia de las localidades ubicadas en los vados ganaderos de los grandes ríos (como Capilla sobre el Zújar) o incluso el elevado número de tumbas celtíberas descubiertas en Caparra (Gómez-Pantoja, 2004).

En todo caso, el impulso al desarrollo agrícola será la principal característica de la época romana. Primero se concentra alrededor de los grandes núcleos de población, y luego se extiende a grandes latifundios. La agricultura experimenta un desarrollo al que Roma abre nuevas perspectivas: se produce una mejora de las técnicas (arado romano, métodos de cultivo) y de las especies cuyos productos están destinados a un mercado (expansión de vid y olivo); se generaliza el trabajo de los esclavos en las tareas agrícolas; la propiedad experimenta una concentración creciente; el desarrollo urbano promueve nuevos oficios y el crecimiento demográfico requiere el incremento de la extensión de las tierras cultivadas en el entorno de las ciudades; aumentan las relaciones comerciales con otras zonas, etc. (Terés *et al.*, 1995). La preponderancia otorgada por Roma a la actividad agrícola depara una pérdida de la supremacía antes ostentada por los grandes centros ganaderos, a favor de los situados en las vegas de desarrollo agrícola (Álvarez-Sanchís, 2003).

La riqueza agronómica de la región, especialmente de su mitad sur, se llega a hacer proverbial. Plinio (lib. 15, cap. 3/17) alaba mucho las aceitunas enseradas en Mérida, tan dulces, dice, que eran como las pasas que se hacen de uvas: *Sunt et prae dulces per se tantum ficatae, uisque passis dulciores admodum rarae in Africa, et circa Emeritam Lusitaniae* (Moreno de Vargas, 1633). Para entonces ya los olivares ocupaban grandes extensiones de terreno, y constituían la principal fuente de ingresos para la vecina Turdetania (Plinio, NH, XVII, 93), y existían también considerables plantaciones de viñas y olivares en las márgenes del Tajo (Estrabón, III, 3). No eran, en todo caso, vino y aceite las únicas producciones agrícolas resaltantes en la Extremadura romana, existiendo otras muchas como destaca Blázquez Martínez (1968): las cerezas lusitanas, por ejemplo, se exportaban hasta Bélgica y el Rin (Plinio, NH, XV, 103), y en Turdetania la técnica en los injertos de árboles frutales (ciruelos, manzanos y almendros) se encontraba muy avanzada (Plinio, NH, XV, 42); Estrabón insiste en la feracidad de sus campos y el esmero con que se cultivaban, y en la existencia de "*arboledas y plantaciones de toda clase, admirablemente cuidadas*" (III, 1, 6). La cochinilla (esencial para tinturas) más famosa de la



Figura 106. Acueducto romano llamado de Los Milagros, en Mérida, que llevaba a la ciudad el agua desde la presa de Proserpina. La imagen corresponde al tramo en que salva el valle del Albarregas. La ingeniería hidráulica romana revolucionó los sistemas de cultivo y llevó a las grandes vegas del Guadiana a un gran esplendor agrícola, que las haría célebres en el mundo antiguo.

época era la procedente de Emerita (Plinio, NH, IX, 141), y en gran parte se extraía de la coscoja, con cuyo producto los pobres pagaban la mitad de su tributo (Plinio, NH, XVI, 32).

#### LOS DATOS PALEOBOTÁNICOS Y LA INTERPRETACIÓN DE LOS PAISAJES

En la cuenca media del Guadiana, el análisis de los registros polínicos del oppidum de Hornachuelos, en Ribera del Fresno, (Grau Almero *et al.*, 1998), evidencia para esta época la preponderancia de un paisaje desarbolado dominado por pastizales con presencia de *Quercus* y *Olea*, apareciendo de forma más reducida otras estirpes como *Pinus*, *Juglans* y *Ulmus*. Los datos muestran una agricultura eminentemente cerealista de secano, complementada con el cultivo de leguminosas y de algunos frutales como el almendro. El perfil ganadero se diversifica respecto el de épocas anteriores, con una equiparación de ovicápridos y bóvidos achacable a la mayor importancia de los segundos como fuerza motriz necesaria para abordar el incremento en las labores agrícolas (Castaños, 1998). El proceso vinculado a la romanización que amplía la deforestación previa se manifiesta en el incremento del polen de plantas asociadas a la degradación del bosque por fuego (*Erica*, *Cistus*) y en la evolución del porcentaje de polen arbóreo, que pasa de un ya reducido 22 por ciento en el siglo II a.C. a menos de la mitad hacia el II d.C. De modo semejante, en el yacimiento de la sierra de Magacela, al noroeste del anterior (Grau Almero *et al.*, 2004) los índices de antropización son los más acusados de las secuencias polínicas y antracológicas estudiadas, y en idéntica dirección apuntan los resultados arqueobotánicos obtenidos en el cercano recinto-torre de Hijojejo en Quintana de la Serena (Hernández Carretero, 1999).

En todos los casos los porcentajes de polen de poáceas, ruderales y cistáceas experimentan un incremento sincrónico con el descenso de los taxones arbóreos, mostrando un proceso de sustitución achacable a la reducción de la cubierta boscosa por parte de la acción humana mediante el uso del fuego. A diferencia de episodios similares detectados en fases anteriores, es ahora cuando se aprecian indicios generalizados de presión antrópica sobre todo el abanico de formaciones vegetales documentadas, incluidas las ripisilvas, más fáciles de recuperarse por la presencia del freático ligado al curso del río, pero que acaban siendo eliminadas por su aprovechamiento continuo. Dentro del impacto que acusan las formaciones de cupulíferas, la agresión resulta selectivamente más fuerte para el caso del alcornoque. Ello se atribuye a que dicha especie ocuparía (fuera de las vegas bajas afectadas por encharcamientos y avenidas) los suelos más profundos, húmedos y frescos de la zona, precisamente aquellos que soportarían en mayor grado un proceso de expansión y mantenimiento de la superficie cultivada, que a la postre acabarían por erradicarlos de forma completa de tales enclaves (Pérez Jordá, 2004; Duque, 2004b). En su erradicación total cuando participaba en formaciones mixtas influiría su menor frecuencia y capacidad de rebrote frente a la encina.



Figura 107. Vía romana a su paso por la antigua ciudad de Caparra, con su imponente arco. Al fondo se aprecia el Sistema Central y el paso del puerto de Béjar. Una de las prioridades dentro de la estrategia romana de control territorial era dotar a la región de grandes viales por los que pudieran moverse con rapidez ejércitos y mercancías. En su mayoría, estas calzadas debieron seguir los itinerarios ya consolidados desde épocas más antiguas para comunicar las diferentes áreas, con pasos obligados como los vados de los ríos o los puertos de las sierras.



En contraposición al modelo de *optimización* antes presentado para La Mata de Campanario (siglo V a.C.), Duque (2004b) analiza el modelo de maximización que se produce en la cercana Magacela en los siglos II y I a.C. En este último yacimiento, respecto de otra fase del mismo correspondiente al Bronce Final, se produce en la época romana un descenso representativo de la encina/coscoja, acompañado por importantes aumentos de *cistáceas* y *Olea europea*, probables consecuencias del incremento de incendios sobre el encinar previo y de la extensión del cultivo del olivo, respectivamente. Más acusado aún es el impacto que evidencian los alcornoques, que se transforman en un espacio básicamente desarbolado dominado por matorral serial procedente de su degradación. Se documenta también la consolidación en la práctica de la arboricultura, donde aparecen nuevos taxones como el granado o el algarrobo. La escasez de bosque hace que el área de aprovisionamiento de leña se amplíe a un contorno de 6 km de distancia desde el asentamiento.

### LOS GRANDES IMPACTOS DE OBRAS PÚBLICAS Y ACTIVIDADES MINEROMETALÚRGICAS

En algunas comarcas, como a lo largo de las riberas del Guadiana, la enorme importancia del desarrollo agrícola viene atestiguada por las grandes obras hidráulicas de las que han quedado vestigios relevantes, entre los que destacan los del entorno de Mérida: embalses de Proserpina y Cornalvo, acueducto de los Milagros, etc. También quedan evidencias de sistemas romanos de riego en Badajoz (El Albercón), otros acueductos en Borbollón o San Lázaro, y embalses en grandes explotaciones agrícolas en la Vega de Santa María, Valverde, Araya o El Peral (García de Oteyza y Martín Lobo, 1958). Estas grandes obras civiles, a su vez, son reveladoras de su capacidad de impacto en los ecosistemas, no ya por los efectos derivados de su existencia, sino por su propio proceso de construcción. Esta evidencia un intenso control sobre el territorio y una decidida voluntad de transformación del medio, y también permite aventurar un elevado impacto directo en las masas forestales por la demanda enorme de materiales de construcción, entre los que la madera, sea de forma permanente o bien en forma de andamiajes temporales, resultaría de capital importancia. Sobrecoge contemplar, aún en nuestros días, la impresionante mole del puente de Alcántara, cima de la ingeniería romana, pero también sobrecoge el pensar en las ingentes cantidades de leñas para el uso cotidiano de los contingentes humanos implicados en su construcción, como la demanda de maderas estructurales (andamios, puntales, grúas, rodillos de transporte de los sillares, etc.) que serían necesarias para llevar a cabo tal obra. El peso de las correspondientes talas masivas recaería de forma preferente en las especies susceptibles de producir largas vigas rectas, como coníferas, arbolado de ribera o en algunos casos bosques de cupulíferas que no hubieran sido abiertos. Las intensas cortas asociadas debieron haber cambiado la fisonomía de comarcas enteras, ayudadas por el impacto subsiguiente de las actividades agropecuarias ligadas a la manutención de los grandes contingentes humanos empleados en la propia construcción. Los maltrechos restos de pinares que a mediados del siglo XIX salpicaban los cercanos valdíos de Alcántara, Piedras Albas y Estorninos pudieron ser la última evidencia de masas forestales mucho más extensas que sufrieron en los albores de nuestra era una agresión decisiva. Todavía hoy, en las entrañas de los sillares de "el puente" por antonomasia se esconden desde hace casi dos mil años grapas interiores de madera de encina que ayudan al enlace horizontal de las hiladas (Blanco Freijeiro, 1977)



Figura 108. Muro principal de la presa romana de Proserpina, en las inmediaciones de Mérida. La época de dominio romano se caracterizó por la realización de ambiciosas obras públicas que denotaban una fuerte voluntad de dominio del medio y de organización sistemática del territorio en función de los usos productivos. Entre sus consecuencias se cuentan la puesta en regadío de amplias zonas o la construcción de azudes y embalses de tamaño considerable.



Figura 109. El puente de Alcántara supone seguramente el mayor prodigio de la ingeniería romana conservado hasta la fecha. Casi dos mil años después de su construcción, aún sobrecoge contemplarlo, como también imaginar la cantidad de madera que sería necesario para ello: andamiajes, vigas, puntales, rollizos, etc., en una época en que todo se hacía con este material. El impacto sería suficiente como para generar una deforestación a escala local o comarcal, sobretudo sobre aquellas especies de fustes altos y rectos, especialmente adecuados para esas labores, como las coníferas.

Por otra parte, desde las primeras etapas se puso de manifiesto la preferencia de Roma por el descubrimiento, explotación y control de los yacimientos mineros, en cuyas inmediaciones se promueven algunos de los primeros asentamientos rurales. Apuntaba Estrabón que las sierras al norte del Guadalquivir (Sierra Morena) *están llenas de minerales*; que al norte del Guadiana *también hay montañas con minas, que llegan hasta el Tago*. En 138 a.C. hay ya constancia de explotaciones de oro en los ríos Sever, Erjas, Alagón y Tamuja, y cincuenta años después, de cobre plomo y plata en Sierra Morena, Azuaga o Castuera (Carreras, 1995-1996; Orejas y Plácido, 2000). El Tago llegó a ser conocido como *aurifer Tagus*, y las sistemáticas explotaciones auríferas han dejado extensos vestigios en los aluviones de sus afluentes, como los millones de metros cúbicos removidos cerca de Rosmarinhal, en las inmediaciones de Alcántara (Blanco, 1977). Las principales zonas mineras experimentarían un cambio drástico en su paisaje vegetal, no tanto por el efecto directo de la extracción como por el gran consumo de maderas (construcciones, entibados, canales) necesario para abastecer las demandas de la actividad minera, así como de la metalurgia posterior (leñas para hornos de fundición). Sin olvidar las necesidades de los grandes contingentes de población empleados en las minas, que requerirían a su vez de un importante desarrollo de las actividades agrícolas y ganaderas en las inmediaciones (en algunas minas de plata de Levante se registran hasta 40.000 obreros: Blázquez Martínez, 1968).

Los análisis del *oppidum* de Hornachuelos (Hernández Carretero, 1999), por ejemplo, delatan un uso selectivo de la leña de encina en hornos metalúrgicos, seguramente de cara al procesamiento de las galenas argentíferas procedentes de las antiguas minas de la Sierra Grande de Hornachos, identifica-



Figura 110. Villa romana de Monroy. En la época tardorromana se generalizaron las grandes villae que gestionaban amplias áreas de terreno a modo de latifundios. Esta de Monroy es una de las mejor conservadas, y en ella se han identificado diversos edificios de carácter agrícola y ganadero, destacando un hórreo relacionado con el almacenaje del grano. El paisaje que entonces rodeaba a la villa resultaría más desarbolado que el que podemos contemplar hoy.



da como Sierra del Pinar en el Libro de la Montería. Las exigencias de combustible aparejadas a la actividad metalúrgica debieron ser de las principales causas responsables del alto grado de deforestación observado para el entorno de la población. El consumo de combustible para uso doméstico se desvió a las ramas de jara, lo que da una idea del acusado proceso de degradación a que ya estaba sometido el entorno, un proceso que se remontaría a varios siglos atrás pero que se vería potenciado con la reorganización territorial, poblacional y económica que supuso la romanización (Duque, 2004b). Seguramente consciente de ese alto grado de degradación de las comarcas mineras escribió Estrabón que *las comarcas donde hay metales son por naturaleza ásperas y estériles, añadiendo que ese precisamente era el aspecto de la Beturia, cuyas secas llanuras bordean el curso del Anas*.

## LA ALTA EDAD MEDIA

### EL DECLINAR DEL IMPERIO Y EL DOMINIO VISIGÓTICO

Desde la segunda mitad del siglo III se aprecia un proceso de modificación en el patrón de uso del espacio. Olvidado su pasado bélico, las ciudades reducen su significado y los espacios rurales tienen una ocupación mucho mayor. Aparecen muchas villae que alcanzan gran prosperidad y se dotan de elementos de lujo y decorativos. Localizadas en el seno de enormes propiedades rurales o fundus, van a desplazar a las ciudades como eje de la vida económica (Fernández Corrales, 1988) En realidad estos cambios se inscriben en una fase de crisis generalizada en las estructuras sociales y políticas del Imperio Romano, cuyo poder cohesivo se irá debilitando rápidamente. Algunos autores relacionan esta crisis, entre otros factores, con el colapso de los modos de aprovechamiento de los recursos naturales, que son explotados como si fueran no renovables, abocados al agotamiento. Por ejemplo, Olagüe (1974) afirma que a finales de este siglo en algunas cuencas metalúrgicas hispanas empezó a faltar carbón de leña para reducir las piritas, a consecuencia de la deforestación de los bosques cercanos.

A principios del siglo V diversos contingentes de los pueblos que los romanos llamaban “bárbaros” penetran y se instalan en Extremadura, como los suevos y vándalos. Para repeler estas agresiones, Roma buscó el apoyo de los visigodos, como soldados al servicio de un imperio que acabaría por quebrarse, y a cambio de recibir gran cantidad de tierras, bienes y esclavos en las zonas fronterizas. Antes de finalizar la centuria controlan la región tras establecer en el entorno de Mérida un importante asentamiento militar, abriendo un periodo de cerca de tres siglos de dominación visigótica. El progresivo deterioro administrativo, económico, social y cultural acabó por dar paso a un período sombrío desde el punto de vista de referencias históricas, para el que resulta difícil aventurar los patrones de evolución de los paisajes. Durante los siglos VI al VIII tiene lugar una etapa políticamente compleja, repleta de enfrentamientos bélicos, tensiones y luchas internas. Una minoría poderosa

de origen godo controló extensos territorios, donde legisló y juzgó, mientras que una mayoría de ascendencia local malvivió sometida. Ello afectaría de forma más o menos local a la desestructuración de los paisajes vinculados a las explotaciones agrarias, y fue asociado a episodios de pérdida de cosechas, hambrunas y enfermedades. Así, decía Hidacio en su *Chronicon* (Sánchez Albornoz y Viñas, 1929: p.29) *que los bárbaros que habían penetrado en las Españas las devastan en luchas sangrientas... y que la peste hace estragos no menos rápidos...* Como se describe también en Menéndez Pidal (1906): *... los barbaros [...] començaron a destroyr toda la tierra, et a matar todos los omnes et las mugieres que y fallaban, et a quemar las villas et los castiellos et todas las aldeas... E sobresto allegaron todos los naturales, et partieron las provincias con ellos desta guisa: que los barbaros que fuesen sennores, et los otros que labrasen las tierras et que diesesen sus pechos a los reyes...*

En general, es razonable pensar que estos episodios, tras la devastación inicial, dieran paso a un periodo marcado por una presión demográfica menor y una mayor “ruralización” que en los siglos precedentes. Ante la imposibilidad de desarrollar sus oficios en las ciudades se retorna al campo para encontrar la autosuficiencia alimentaria y energética. La falta de actividad comercial llevó a la desaparición de un mercado para los excedentes agrarios. Las epidemias de finales del siglo VI y de principios del VII debieron mantener niveles poblacionales bajos en grandes áreas (Bonassie, 2005). En ellas se mantendría un nivel de explotación del territorio menor que en los siglos precedentes, lo que pudo permitir procesos de recuperación de los bosques. Es el caso del detectado en los alrededores de Badajoz mediante análisis polínicos (Vázquez *et al.*, 2001), y lleva a plantear para estos momentos en la Baja Extremadura una explotación del territorio reducida, que se mantendría en bajos niveles hasta la llegada de los árabes. Dichos resultados paleopolínicos corresponden a la necrópolis musulmana de Badajoz, y parecen corroborar un proceso de recuperación de los bosques de *Quercus* y de ribera, con menos espacios abiertos que en épocas precedentes. Los bosques han logrado reconquistar los espacios desforestados en épocas anteriores. La encina es uno de los grandes protagonistas, por su abundancia y su capacidad de generar un gran número de propágulos con gran facilidad colonizadora, a partir de sus bellotas y de sus brotes de cepa y raíz. En un buen número de localidades se volvieron a cerrar los bosques, reiniciándose el proceso de entrada de especies más umbrófilas.

#### **CÓDIGES Y FUEROS:**

##### **LA REGULACIÓN DE LAS ACTIVIDADES PRIMARIAS**

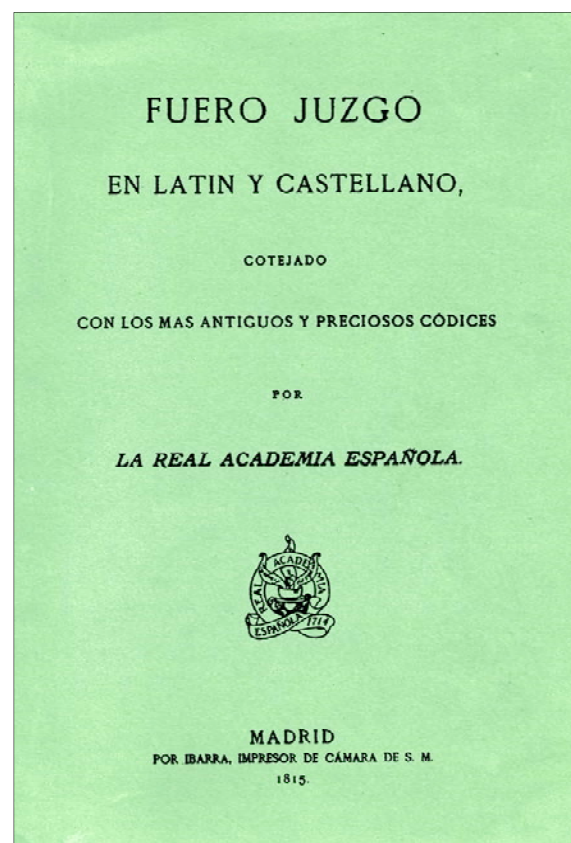
La población goda fue una oligarquía militar minoritaria que poco a poco se integró culturalmente entre los hispano-romanos, abjurando incluso del arrianismo para aceptar el cristianismo ortodoxo. Los visigodos fueron controlando áreas peninsulares mayores, hasta establecer su centro de poder en Toledo y hacerla capital del reino. Los sucesivos reyes godos tuvieron un cierto papel de estadistas, mostrando una vocación integradora que buscaba consolidar el reino. Con este fin, redactaron cuerpos legislativos propios, que regulaban muchos aspectos de la propiedad y la vida de sus habitantes. El último de estos textos, que incorpora los dictados por reyes anteriores, fue el *Liber Iudiciorum*, o Fuero Juzgo, código legal que será la base de numerosas leyes medievales. Fue ratificado por Recesvinto en el año 654 y aprobado en el VIII Concilio de Toledo. Sus disposiciones permiten que nos acerquemos a comprender numerosos aspectos relacionados con la gestión del territorio y de las actividades productivas. Así, muestra en su redacción un interés proteccionista por la privatización de grandes territorios que coexisten con otros de aprovechamiento comunal, donde el pueblo llano encuentra los suministros básicos para la vida rural. Este espacio comunal iría sufriendo un proceso de reducción, tanto por apropiamiento de los más ricos y poderosos como por deterioro del restante, lo que llevará al pueblo llano a la obligada utilización de los montes privados y, como consecuencia, a la protección de los últimos. En materia de bosques, el Fuero Juzgo regula la protección de los privados, en especial en el Libro VIII, Título II –“de las quemas y de los quemadores”– cuya Ley II se refiere a lo que debería ser una práctica habitual de las economías ganaderas, como es el incendio de la superficie arbolada para la obtención de pastos. Pero cuando el fuego afecta a los bosques privados (*alienam*), ajenos al incendiario, se le castiga con 100 azotes y el pago del daño:

*Si quis qualemcumque silvam incenderir alienam, sive piceas arbores vel caricas, hoc est ficus, aut cuius libet generis arbores igne cremaverit, a iudice correptus C. flagella suscipiat, et pro damno satisficiat, sicut ab his qui inspexerint, fuerit aestimatum.*

Este texto extraído de una copia del siglo X escrita en latín (Real Academia Española, 1815) muestra el carácter utilitario que se da al arbolado. En su enunciado la ley emplea como referencia a las higuerras –designadas por el nombre del árbol y del fruto que produce, *ficus* y *carica*–, valiosas por dar tres o cuatro cosechas de higos. También nombra a los pinos, a los que designa por la voz *picea*, por ser



Figura 111. Portada del *Fuero Juzgo* o *Liber Iudiciorum*, en una edición de 1815. Ratificado por Recesvinto en 654, contiene detalladas regulaciones acerca del uso de los recursos naturales, lo que nos permite comprender numerosos aspectos relacionados con la gestión del territorio en la época. Llama la atención el destacado papel que otorga a los ganados y a su movimiento de unas zonas a otras, con numerosas disposiciones protectoras de lo que ya debía ser la principal actividad económica de la nobleza visigoda.



los árboles productores de la pez, producto derivado de la resina y con gran importancia en el mundo antiguo por sus propiedades impermeabilizantes. La identificación del pino y la picea la señala explícitamente el sevillano San Isidoro en sus *Etimologías* (XVII, VII, 31; Oroz y Marcos, 1983) al comentar que el “pino es el árbol de la pez”: *Pinus arbor picea*. La asimilación también la recoge Alfonso de Palencia cuando en 1490 por encargo de Isabel la Católica realice una recopilación de la evolución de los vocablos latinos al castellano vulgar: *Picea se dize arbol que suda pez y tomo nombre por la pez* (Hill, 1957). El segoviano Andrés Laguna (1555) reitera otra vez más la equivalencia del término: *la Picea no parece ser otra cosa, sino un Pino bastardo* [al no ser productor de piñones]. Sin embargo, esta voz latina sería elegida por Dietrich (1824) para designar científicamente a un género de coníferas no espontáneo de la Península ibérica, contribuyendo a traducciones erróneas de los textos clásicos. La traducción al romance castellano de dicha ley la encontramos en un texto del siglo XIII, que omite las referencias a las especies de árboles:

«Si algun omne enciende monte aieno, ó árboles de qual manera quier, préndanlo el iuez, é fagal dar C. azotes, é faga emienda de lo que quemó, cuemo asmaren omnes buenos»

La defensa del bosque vuelve a aparecer en el título III –“de los dannos de los árboles”–, donde la ley VIII sólo contempla el castigo a los que cortan en monte ajeno:

«Si algun omne prende á otro, quel taiaba so monte, ó que salia con so carro del monte, ó levaba arcos de cubas, ó otra lena sin voluntad de so sennor del monte, el sennor del carro pierda los bues y el carro, é quanto le fallare el sennor del monte todo lo debe aver»

Por su legislación, la economía visigoda tuvo una orientación ganadera decidida. Destacan las leyes XXVI y XXVII (título IV, Libro VIII) que reconocen el derecho de pasto de los ganados de paso en los campos abiertos e, incluso, contra la voluntad del dueño. El ganadero puede pastar durante dos días y sólo se le prohíbe hacer quemas o cortar árboles por la raíz, si el dueño no lo permite. La ley IX (título III, Libro VIII) obliga a dejar paso libre a los lugares de frutos y pastos comunes. Aparece por vez primera la referencia a los *prados defesados*, en que no se podía introducir ganado alguno hasta segada la mies. Este concepto de “defender” del ganado determinadas áreas daría lugar siglos después al establecimiento de las dehesas, extrapolando esa prohibición a otros tipos de territorios (Ley XII). La montanera tiene reglas específicas, y prohíbe el aprovechamiento común de los bosques particulares, pero sólo durante la época de la bellota. El *Fuero Juzgo* promovió la frutalización del bosque por la consideración que da a los árboles productores de *landes* (bellotas), a los que protege por



Figura 112. Representación de la montanera en un robledal adehesado (Códice Tacuinum Sanitatis, siglo XIV). En la época visigoda se promovió la frutalización del bosque: el Fuero Juzgo otorga una consideración especial a los árboles productores de landes (bellotas) por su importancia para la cría y alimentación del ganado porcino. De hecho cuatro leyes del Fuero son dedicadas de forma específica "a los puercos que pascen la lande".

su importancia para la cría y alimentación del ganado porcino y, también, del ovino y caprino. De hecho cuatro leyes del Fuero son dedicadas de forma específica a *los puercos que pascen la lande* (libro VIII, Tit. V), lo que ilustra sobre la importancia de dicha actividad. La mayor frecuencia de menciones a especies arbóreas en el *Liber Iudicum* se refiere a los productores de bellotas, cuya corta se castiga. Cuando los árboles no producen fruto sólo se penaliza su corta si son de grandes dimensiones, pudiéndose cortar los menores para cubrir necesidades. Al mantener a estos árboles mayores, la *silva glandaria* de la época romana habría de cobrar una extensión mayor, dando lugar a montes huecos. El Fuero también otorga normas para la apicultura silvestre (libro VIII, Tit. VI), aprovechamiento importante como productor de la única sustancia endulzante disponible con facilidad en aquellos tiempos. La entidad de la apicultura era tal que se regulan de forma expresa los robos de panales, los daños causados por las abejas a otros animales y las invasiones ilegales de montes ajenos para instalar en ellos "corchos" (colmenas). Esta importancia parece indicar la existencia de grandes áreas de matorral melífero (brezos, jaras, romero, etc.), o la abundancia de estos matorrales en el dosel de bosques aclarados.

En relación con la ganadería, llaman la atención las diversas disposiciones proteccionistas para garantizar libertad de movimientos a los ganados. Esto ha sido interpretado como prueba de la generalización de desplazamientos de tipo trashumante o al menos trasterminante (Terés *et al.*, 1995; Sánchez Moreno, 1998). Varios autores coinciden en hallar en este periodo evidencias de generalización de una trashumancia propiamente dicha (Gómez-Pantoja, 2001; Gómez-Pantoja y Sánchez Moreno, 2003). Ésta exigiría el disfrute de pastos complementarios, tanto los de invierno presentes en la generalidad del territorio extremeño, frente a unos estivales propios de altas montañas y, en general, bastante alejados de los primeros.

### LA LLEGADA DE LOS MUSULMANES Y LA REESTRUCTURACIÓN DEL TERRITORIO

Las luchas internas por el poder favorecieron la rápida invasión musulmana que, desde el 711, ocupó toda la Península ibérica en un momento de crisis general del sistema visigótico y de importantes hambrunas. A pesar de la escasez de documentación específica, podemos suponer que la extensión forestal durante el interludio visigótico se mantuvo estable, e incluso debió aumentar en las diversas fases de caídas demográficas y de abandono agrícola.

Muza, valí del Magreb, toma Mérida en 713 y pasa el Tajo en dirección a Toledo, encontrando un inmenso despoblado en tierras cacereñas (Floriano, 1957). La ciudad pierde su antiguo nombre que



Figura 113. Regeneración pujante de encinas en una antigua dehesa en Villamesías, en la Sierra de Santa Cruz. Intervalos de tiempo no muy largos (del orden de decenas de años) en que disminuye la presión antrópica (fuegos, hachas, ganados) son suficientes para que las formaciones arbóreas claras se vuelvan a densificar. Episodios frecuentes en los siglos V a X, como brucas caídas demográficas motivadas por pestes, guerras y hambrunas, debieron propiciar fases de recuperación de los bosques en amplias zonas de la región, especialmente en las penillanuras.



es sustituido por el arábigo a causa de los muchos edificios fortificados o *alcázares* que surgen. Los datos apuntan a que los sucesivos contingentes musulmanes que fueron llegando a la región nunca lo hicieron en gran número, quedando la mayor parte, en especial los de origen árabe, circunscritos a las feraces vegas del Guadiana. Hacia 740 una colonia de bereberes se establece en Coria, a la que rodearan de excelentes murallas, y pondrán en cultivo las vegas del Alagón en la que abundan higos y uvas. En las tierras menos adecuadas para el cultivo, como en las serranías interiores cacereñas, también se asentaron bereberes, que favorecieron una economía ganadera de orientación ovina. Sobre unas condiciones similares a las de sus lugares de origen, introdujeron animales con gran capacidad de movimiento y entre los que destacarán los que incorpore a la Península el linaje de los Beni-Merines, y que a la postre darían lugar a la raza merina. Esta ganadería extensiva se complementaría, en las proximidades de los núcleos, con una agricultura intensiva basada en la noria y el regadío (Terés et al., 1995).

El acantonamiento de tribus bereberes en las sierras de una región escasamente poblada y con un balance favorable al elemento mozárabe en los primeros siglos favorecería desde un primer momento las incursiones de bandolerismo o castigo tanto por grupos musulmanes como cristianos. Ya en 750 Alfonso I de León se había aventurado hasta las proximidades de Mérida, aprovechando una rebelión de las bandas serranas bereberes. Poco después las serranías meridionales cacereñas sostendrán la insurrección de Shaqya ben 'Abd al-Wahid, que duró 9 años, y entre 828 y 834 la de Mamad ben 'Abd al Chabbar y Sulayman ben Martín, a cuyo fin Ordoño I de León asaltaría Coria (854). Las batallas más importantes corresponderían a la rebelión de Abd al-Rahman ben Marwan (868), que tomó el castillo de Alanje, fue durante años poderoso señor de Badajoz, y acabó empujando al rey astur Alfonso III a nuevas expediciones de castigo y saqueo sobre la región. En 913 Ordoño II de León realiza nuevas correrías sobre Mérida y Alange, y esa tierra "*astragola toda*", volviendo "*con muchos cautivos*" (Ménendez Pidal, 1906). Esta agitada sucesión de *razzias* habría de dificultar el poblamiento de la región, contribuyendo a mantener gran parte de la actual provincia cacereña como una "tierra de nadie" o *hinterland* durante cientos de años (Floriano, 1957). A esta situación se sumaban las epidemias y hambrunas que seguían azotando la península. Hacia 750 comenta Al-Istajrī que *hubo una gran hambre y sequía que fue general en toda España*, y a principios del siglo X, según Al Bayān, *hubo tal hambre que la miseria de las gentes llegó a extremos jamás conocidos y la epidemia de enfermedad para hombres y animales se cebó en los menesterosos hasta el punto de resultar imposible enterrar a todos los muertos* (Pacheco, 1991:9).

Sin embargo, este panorama un tanto desolador no es aplicable a la totalidad del territorio extremeño. El territorio islamizado incorpora un nuevo sustrato étnico y cultural que convivirá con el anterior, y que revitalizará a las ciudades. La civilización árabe fue una civilización urbana que exigió un notable desarrollo agrícola para que, nuevamente, el campo generara excedentes para el

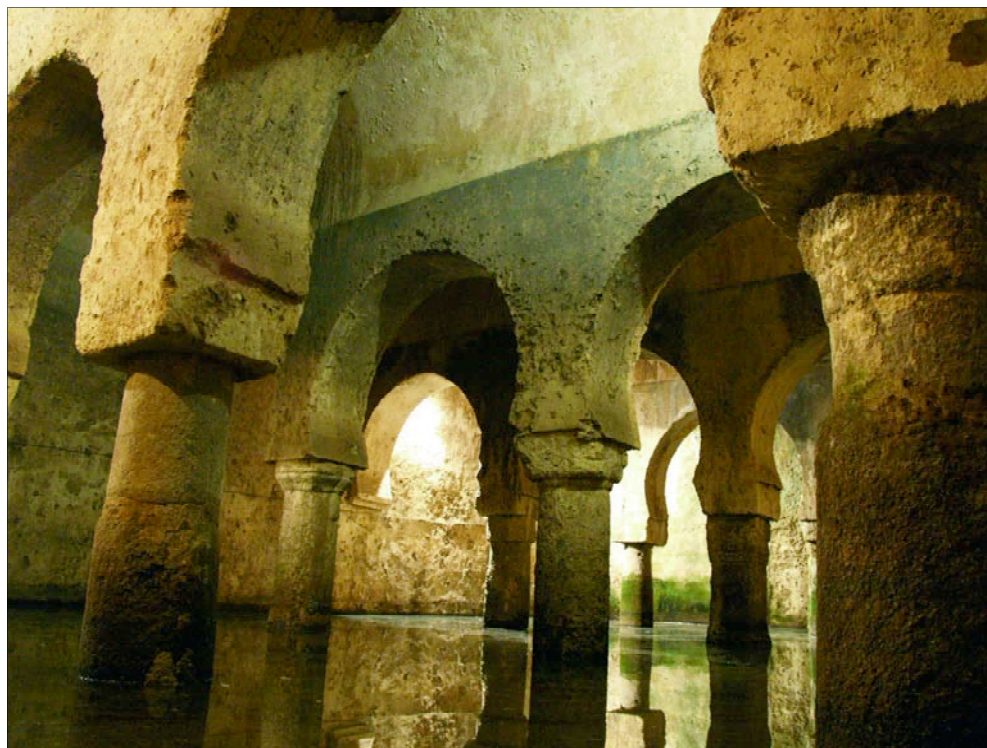


Figura 114. Aljibe árabe de Cáceres (Museo Provincial). El manejo cuidadoso del agua fue la pieza clave de la revolución agrícola que los árabes desarrollaron en las principales vegas de la región (norias, acequias, aljibes...) y que se completaría con la introducción de numerosos cultivos.

mercado. En las fértiles áreas en que se estableció la población de origen árabe, las producciones agrarias aumentaron con rapidez por la incorporación de nuevas técnicas y cultivos. En torno a las principales ciudades y en general en las vegas de los ríos, en particular en la cuenca del Guadiana, se produjo una revolución agrícola basada en el manejo cuidadoso del agua y de los sistemas de irrigación, además de otras mejoras en las técnicas agrícolas. Así, los tratados de agronomía de Al-Andalus muestran que se lograba rentabilizar al máximo el barbecho roturado bienal, algo indispensable en el sistema de cultivo mediterráneo tradicional. Además hacia el siglo X se extendieron numerosas especies vegetales como arroz, sorgo, trigo duro, caña de azúcar, algodón, berenjenas, sandías, espinacas, etc., y se generalizó el uso de cultivos de primavera que permitían rotaciones con un uso intensivo de las mejores tierras, que se podían fertilizar e irrigar (Bonaïsse, 2005).

### EL ESPLENDOR AGRÍCOLA DE LAS GRANDES VEGAS

La base económica de este sistema es tributaria-mercantil y, durante los primeros siglos, tendrá su centro en el Próximo Oriente, con el que mantiene una intensa actividad comercial. Especialmente en la época del califato andalusí, el apoyo político permitió grandes avances en el conocimiento de los sabios musulmanes, y las ciencias de la naturaleza fueron objeto de una particular atención, profundizando en el conocimiento agronómico, como permiten comprobar los textos de agricultura de la época que han llegado a nuestros días (Guzmán y Hernández, 2005). El más famoso es *Libro de Agricultura* de Al-Awwam (Abu Zacarí) que incorpora nociones de agricultura, ganadería e incluso de una incipiente silvicultura. Ejemplo de ello son las máximas de que *los madroños jóvenes y de buen porte se trasladan de los montes a los huertos con sus raíces y cepellones en enero, y se riegan con frecuencia hasta que prenden*, o que para el pino piñonero *los arenales son los lugares más apropiados, por ser [...] un árbol de litoral* (Banqueri, 1802). Precisamente en otro tratado anónimo de la época se atestigua la existencia de pinos en el entorno de Badajoz, donde se les conoce por *qurays* (Asín Palacios, 1943).

Sus ciudades alcanzaron gran prosperidad y las necesidades de madera para la construcción crecieron de forma importante, pues rivalizaron con sus predecesoras en cuanto a la belleza y magnificencia de sus construcciones, donde la madera no sólo desempeñaba un papel estructural sino también decorativo y artístico. La madera fue utilizada en grandes cantidades por un artesanado que creaba no sólo elementos decorativos sino también utensilios, muebles e instrumentos de diverso tipo. Por su parte, el mercado rural demandaba grandes cantidades de madera para sus necesidades, en algunos casos específicas como las vinculadas a la construcción de máquinas hidráulicas para la irrigación de las fértiles huertas y los cultivos que habían desarrollado su potente agricultura. También la construcción de artículos militares y máquinas de guerra consumían cantidades significativas de madera. Finalmente la madera era la fuente energética, no sólo para calefacción o combustible



doméstico, sino sobre todo para las industrias que precisaban combustible ya fuera en forma de leña o carbón vegetal, como es el caso de la industria alfarera, la metalurgia o la industria del azúcar, todas ellas grandes consumidoras de recursos forestales.

La división administrativa del territorio contaba con “marcas”, a modo de cantones aglutinados en torno a una fortaleza y que gestionaban el aprovechamiento agrícola y ganadero de un territorio amplio (Vázquez Pardo *et al.*, 2001). La entidad que debieron alcanzar algunas explotaciones agrícolas se pone de manifiesto en la obra de Ibn Hawqal, que a mediados del siglo X dice que *hay en al-Andalus más de una explotación agrícola que agrupa a miles de campesinos que lo ignoran todo de la vida urbana y son europeos de confesión cristiana. Sucede que a veces se rebelan y fortifican en las alturas; la represión es larga, pues son orgullosos y obstinados*. Se registran regiones de importancia cerealista en las vegas del Guadiana entre Badajoz y Mérida y en las del Tajo en el entorno de Alcántara, y los viñedos resultaban importantes al este de la misma (Bonaïsse, 2005). Las principales áreas boscosas de la época eran el extremo noroccidental cacereño (Gata-Ambroz), el área al norte del Tiétar, la franja entre el Tajo y el Guadiana, con los enclaves de Alcántara y Villuercas-Serena, y la zona central de la Sierra Morena pacense, donde además había minas de hierro y plomo y cuyos bosques se debieron explotar forestalmente con una cierta intensidad (Lombard, 1959). En general en la época no se incrementa la deforestación iniciada milenios atrás (Martínez Ruiz, 1999), salvo en las áreas más explotadas para la construcción de edificios y bajeles y en el entorno de las zonas agrícolas. Este último caso se pone de manifiesto en el estudio polínico del Baluarte de Santiago en Badajoz, donde en el nivel correspondiente al periodo 900-1100 se aprecia una disminución notable del porcentaje de *Quercus* (del 60 por ciento al 15 por ciento), sumándose olmos y almeces a sauces y álamos, a la par que se incrementa la representación de gramíneas y herbáceas nitrófilas (Vázquez Pardo *et al.*, 2001). Esto parece denotar una “domesticación” de la ribera y una reducción del bosque de *Quercus* achacable al ahuecamiento por incremento de las actividades agrícolas, en la época en que se desarrolla el cultivo de cítricos, higuera y frutales de hueso.

La explotación ordenada y más o menos intensiva de las productivas vegas agrícolas daría lugar a la generación de una admirable riqueza, de la que sería renombrado ejemplo la ciudad de Badajoz, cabeza de uno de los más eminentes reinos de entre las taifas del siglo XI y cuarta ciudad más populosa de Al-Andalus, con unas 26.000 almas (Martín Martín y García Oliva, 1985). Como apunta Terrón (1991), *sabemos de sus vastos alfoces ricos de cereal y sementera, que en el siglo X eran considerados como los más favorables de España, sabemos de sus viñedos abundantes que salpicaban a trechos extensas parcelas y de los pastizales ubérrimos de las vegas del río, excelentes para el ganado*. Pacheco (1991) recoge los testimonios de diversos geógrafos árabes que atestiguan tanto la preponderancia agrícola de estas zonas como la magnificencia que alcanzaron. Así, Ibn Hawqal (943-977) dice de las ciudades extremeñas que son famosas por las cosechas, los comercios, las viñas, las edificaciones, los mercados, las fuentes... Al-Rāzī, a finales del siglo X comenta que *la cibdat de Badajoz ha muchos terminos et mui buenos de sementeras, de los mejores que ha en Espanya. Et otrosi, es mui complida tierra de vinnas et muchas et a y la mejor tierra de crianzas que omen sepa en ninguna tierras; et es mui buena tierra et mui complida de caza de monte et de ribera...* Al-Idrīsī (1099-1166), dice de Coria que *su territorio es extremadamente fértil y produce abundantes clases de frutos, sobresaliendo en cantidad, las uvas y los higos*. Abundando sobre la descripción de Coria, Al-Himyari (s. XIV) apuntaría que *su campiña es hermosa y fértil y que sus granjas producen en abundancia*. El esplendor alcanzado por estos núcleos perdurará en la memoria colectiva, y la nostalgia de su pérdida hará exclamar al visir ‘Umar Ibn al-Fallas (Rebollo, 1997: 35):

«Badajoz, nunca te olvidaré, sea cual sea la ausencia que me tenga alejado de ti. ¡Qué admirables son los árboles que te rodean! El valle de tu hermoso río abre un camino como si se partiera en dos de un tajo un manto listado»

### LOS EFECTOS ECOLÓGICOS DE LOS DISTINTOS GRADOS DE OCUPACIÓN

<<en un paisaje profundamente humanizado, bien diferente del de las zonas más agrestes o más septentrionales. En definitiva, las potencialidades agrícolas de los diferentes territorios y la proximidad o lejanía a las áreas fronterizas, darían lugar a un nivel poblacional notoriamente dispar en las diferentes zonas de la región, que habría de determinar una diferente evolución de sus paisajes. Podemos asumir que la práctica totalidad de las vegas de los grandes ríos extremeños habían sido despojadas de sus ricas arboledas, que quedaron relegadas a estrechas franjas en las riberas. Cuando en 1142 Alfonso VII toma Coria, nos revela la presencia de un abigarrado paisaje de mosaico con uso intensivo del espacio rural, donde las arboledas están ausentes: ... *et omnium hereditatum regalium presen-*



Figura 115. Vista de la zona oriental del embalse de Alcántara (términos de Garrovillas, Portezuelo y Cañaveral), desde la Sierra de Arco. Durante los convulsos siglos IX a XI, los diversos serrejones que jalonan la penillanura cacereña se convirtieron en privilegiadas atalayas desde las que controlar amplios sectores del territorio. Muchas de ellas fueron ocupadas por tribus bereberes, que desarrollaron en ellas una economía basada en el ganado menor (cabra y oveja) y en huertas y cultivos leñosos. En las áreas llanas, menos seguras por ser tierra de frontera, el grado de ocupación resultó menor y el arbolado disfrutó de una etapa de recuperación, que en cambio no se dio en esas sierras.

*cium et futurarum de terris videlicet de ortis, de molinis et pratis, de calumpniis et furnis, de balneis et tendis, e portatico, de piscibus et carnibus, de bestiis, de ganado, de rogo, de omni exitu qui ad rogo pertinet, de portatico vero, de captivis, de quintis ómnibus...* (Martín Martín, 1989).

En cambio, con la salvedad de las vegas caurienses, las tierras al norte del Tajo adoptaron pronto un carácter fronterizo y mantuvieron una densidad de población baja y concentrada en torno a las atalayas defensivas o en las serranías interiores. En ellas los bereberes complementaron la ganadería menor con una agricultura intensiva en el entorno de las fortalezas o *hisn*, basada en huertos, cítricos y olivares. La pobreza de los sustratos exigiría un uso periódico del fuego para abrir bosques y matorrales y hacerlos accesibles al diente de la cabra y de la oveja. En las penillanuras cacereñas las periódicas *razzias* mantuvieron un bajo grado de ocupación, lo que permitió una notable recuperación del arbolado. Este fenómeno, en cambio, no debió darse en el entorno de los núcleos defensivos, que debía mantenerse “limpio” para evitar emboscadas. Normalmente esas fortalezas se ubicaban en los montes-isla que jalonan las penillanuras, y en los que durante los siglos IX-XII la influencia antrópica debió ser muy superior a la ejercida sobre las penillanuras circundantes.

Pero el efecto de esa presión diferencial no debió de ser solamente la no recuperación del arbolado de las sierras. Algunas estirpes específicamente ligadas a esos medios lo sufrirían especialmente, lo que pudo tener una influencia decisiva en su evolución posterior. Ejemplo de ello pudieron ser diversos árboles caducifolios que se refugiarían en las umbrías (*Quercus robur*, *Q. pyrenaica*, *Celtis australis*, *Acer monspessulanum*, *Ilex aquifolium*, *Fraxinus spp.*), o las coníferas propias de las serranías cuarcíticas (*Pinus pinaster*, *Juniperus oxycedrus*), que desaparecieron de la mayor parte de estas sierras y sólo mantendrían una representación considerable en los macizos más extensos con mayor probabilidad de refugio, como en el de las Villuercas.

## LA BAJA EDAD MEDIA: RECONQUISTA REORGANIZACIÓN DEL TERRITORIO EL AVANCE DE LA FRONTERA Y LA ARTICULACIÓN DEL POBLAMIENTO

Al comienzo del segundo milenio la mayor parte de la Alta Extremadura era tierra de frontera que se encontraba despoblada de manera notoria, situación que estaba al margen del esplendor agrícola que poseían las vegas del Guadiana y a menor escala se daba en núcleos más septentrionales como Trujillo, Coria o Majada Al-Balat (cerca de Almaraz). A escala local, allá donde el impacto humano hubiera sido notorio, se habría producido la extinción de las especies forestales umbrófilas, mientras, que entre las heliófilas la extinción local también habría afectado a las no adaptadas a la acción combinada del fuego y los herbívoros, como ocurre con las no rebrotadoras. Para la vegetación que sí superó las perturbaciones de etapas históricas anteriores vinieron varios siglos de recuperación. El efecto de saqueos y batallas sobre los paisajes debió ser tan intenso como concentrado en el espacio y en el tiempo, y en cambio la continua amenaza de su ocurrencia debió suponer en grandes áreas una ayuda a la recuperación de los bosques, al cesar la intensidad de agricultura y de ganade-



Figura 116. Las vegas de Coria eran la excepción agrícola en la Alta Extremadura de los siglos IX a XII. Por el contrario, la mayor parte de su territorio debía tener una componente ganadera y forestal importante y estaba muy poco poblado, siendo controlado desde atalayas defensivas situadas en las altas sierras. En las primeras fases de dominación cristiana, persistió ese mismo modelo territorial, aunque los castillos cambiaron de manos, como sucedió con éste, edificado por los musulmanes en el siglo X.



ría. De hecho, y en contra de una opinión muy extendida, durante la Edad Media, en toda Europa, las tierras de frontera fueron áreas especialmente boscosas y muy poco humanizadas, a modo de bosques-frontera (Clément, 2007). Para Clemente y Montaña (2000) la “naturalidad” será la nota predominante en las primeras referencias escritas que irá dejando la conquista cristiana.

El avance cristiano en la meseta norte se inicia a mediados del siglo XI, alentado por la presión demográfica y favorecido por la descomposición en Taifas de las tierras bajo dominio musulmán a la caída del califato cordobés. La repoblación de los primeros territorios conquistados en la cuenca del Duero se hizo por concejos, villas o aldeas a los que se otorgaba un vasto término de propiedad comunal con predominio de bosques, que se constituye como un capital que los municipios irán perdiendo a lo largo de los siglos. Los lugares ganados a los sarracenos fueron dotados por el rey de un fuero, carta de fundación o franquicia que registraba por escrito los derechos de los habitantes y sus deberes (Bonassie, 2005). El rápido desarrollo económico y demográfico de estos núcleos se tradujo, a principios del siglo XII, en escasez de tierras, lo que deparó los primeros síntomas de confrontación entre ganaderos, y entre éstos y los agricultores, ante el aumento de las áreas cultivadas y de la importancia de la cabaña ganadera. Esta situación contrastaba con la de la frontera musulmana, una franja amplia y poco poblada que suponía nuevas oportunidades de enriquecimiento y promoción social. Los grandes concejos leoneses y castellanos, animados por la necesidad de tierras y los intereses ganaderos de sus regidores, fueron empujando la colonización agraria más allá del Duero, a la entonces llamada Extremadura; luego al Sistema Central y pronto a los territorios al sur del mismo: el área que entonces recibía el nombre de *Transierra* (Villar García, 1986). Los extremos, en lo que será un ir y venir de sus fronteras durante varios siglos, llegaron en 1110 hasta el Tajo y en 1184 ya incluían terrenos situados al sur del mismo (Martínez, 1905). La estabilidad final llegará tras el empeño definitivo de los reyes castellanos Alfonso VII (1126-1157) y Alfonso VIII (1158-1214) y de los leoneses Fernando II (1157-1188) y Alfonso IX (1188-1230).

Es Alfonso VI de León y de Castilla quién comenzó las incursiones que supusieron la primera toma de Coria en 1077, pero pronto la contraofensiva almorávide obligaría a un nuevo repliegue de los contingentes cristianos. De hecho, suele admitirse como inicio de la Reconquista de Extremadura la fecha de 1142, cuando Alfonso VII el Emperador vuelve a tomar de forma definitiva Coria tal como lo narran los *Anales Toledanos* (Floriano, 1957):

«Priso el Emperador Coria e fue en este año con hueste sobre tierra de Moros, e vino un porco montes e ferio al Emperador, e tornaronse de esta huest».

Coria, la única ciudad musulmana importante al norte del Tajo, además del enclave de Al-balat, presenta un abigarrado paisaje agrario, como atestigua el privilegio con el que el monarca dota a la catedral cauriense (Martín Martín, 1989, p.25). Pero ese panorama agrario no es extrapolable al resto de

un territorio dilatado donde apenas hay más referencias que las de algunas atalayas de carácter defensivo y donde la vegetación arbórea debía constituir la nota dominante en el paisaje (Clemente y Montaña, 2000).

El mismo Alfonso VII toma primero y pierde luego Cáceres. Tras la división de los reinos de León y Castilla, será nuevamente conquistada en 1158 y 1170 por su hijo Fernando II de León, que tomará también Alcántara en 1166 y rondará Badajoz en 1169. Sin embargo, la contraofensiva almohade de 1174 supuso un revés que llevó a la pérdida de plazas y de nuevo hizo retroceder las fronteras al norte del Tajo. Estos vaivenes mantienen un poblamiento escaso por su condición fronteriza, sin núcleos de población importantes y donde los castillos se convierten en las bases que organizan el territorio (Clemente y Montaña, 2000). Leoneses por el flanco occidental y castellanos por el oriental van empujando sus fronteras hacia el sur a través de la actual provincia de Cáceres. Granada, a la que posteriormente se llamará Granadilla, es repoblada como la primera villa de realengo en 1186. Ese mismo año, en el seno de un territorio cuya repoblación estaba asignada a los contingentes leoneses, en el lugar antes llamado Ambroz, el castellano Alfonso VIII funda la estratégica ciudad de Plasencia. Al otorgar en 1189 el privilegio de fundación señala, *ut Deo placeat et hominibus* (para que plazca a Dios y a los hombres), y refleja la presencia de bosques: *cum nemoribus*. A la nueva ciudad se le concede un término muy amplio al que no fija límites ni por el norte ni por el sur. Al otorgarle un fuero muy ventajoso el monarca pretendió crear una privilegiada ciudad de realengo, lo que conseguiría, al poblarla con rapidez, hasta llegar a ser uno de los mejores modelos de las municipalidades castellanas (Martínez, 1905).

La gran expedición almohade de 1196 arrasó el flanco occidental castellano, causando la pérdida de Trujillo, Santa Cruz y Montánchez, pero Plasencia se recuperó merced a su fuero y a la consolidación de su propia diócesis (Rodríguez-Picavea, 1999). La victoria de las Navas de Tolosa apuntalará el avance de las conquistas, y así un año después, en 1213, Alfonso IX de León, con ayuda de Alfonso VIII de Castilla, toma definitivamente Alcántara, Cáceres, Montánchez, Mérida y Badajoz, dando el espaldarazo a la reconquista extremeña con la caída de Trujillo en 1232 y la de Montemolín en 1248. En esta época tumultuosa fue frecuente la política de tierra quemada reflejada por los *Anales Toledanos* para el cerco cristiano de Cáceres en 1218 (Ortí Belmonte, 1947): *devastaron a fuego y hierro todo el campo, árboles, viñas, sembrados y cuanto había en los alrededores de la ciudad*.

#### **EL ASENTAMIENTO DE LA POBLACIÓN: FUEROS, ÓRDENES MILITARES Y SEÑORÍOS**

A la par que las fronteras avanzan, se plantea la necesidad de atraer y asentar en las nuevas tierras contingentes de población, lo que a su vez requería el establecimiento del marco jurídico para regular el uso de los recursos naturales generando una base atractiva para el desarrollo local. La mayor o menor afluencia de pobladores, cada vez más escasos, y la extensión de territorio que se iba conquistando dio lugar a la aparición secuencial de formas diferentes de solución para este problema. Las desventajas de la frontera se compensaban con privilegios y exenciones de impuestos, pero estaban obligados a proteger la nueva conquista, lo que harían en función del interés que poseyeran en su defensa. El hecho fronterizo dificultó el progreso agrícola de los extremos, tanto por el temor a una razzia que asolara los sembrados como por la incompatibilidad entre un guerrear continuo y las faenas del campo.

A caballo entre los siglos XII y XIII, la primera ocupación del valle del Tajo mantuvo la organización del espacio en concejos, que se consolidan con los fueros. Para los pobladores el fuero supone un ofrecimiento de libertad frente a la nobleza, unas ventajas tributarias y una regulación de las fuentes de riqueza que encauce la vida económica de la ciudad y de su entorno (Ramírez Vaquero, 1987). El más antiguo del que se conserva referencia es el de Plasencia; aunque el original parece datar de 1189, sólo se posee la confirmación de Fernando IV en 1297. Alfonso VIII, en la carta de población o privilegio fundacional, concede a Plasencia total autonomía y libertades:

«con todos sus derechos y pertenencias, para que tengan y posean los dichos términos desiertos o poblados, según quisieren, para pasto o para agricultura, y de ellos y en ellos hagan lo que les plazca».

El documento es explícito a los pobladores en su vocación agrícola o ganadera. En Cáceres, el fuero latino equivalente fue confirmado por Fernando III en 1231, y su aspecto más relevante es el deslinde del término, pero al que añade su acotamiento para que no entre ninguna cabaña de ganado sin mandato del concejo, junto a la prohibición de levantar casas en el término a los que no sean vecinos y la de cortar encinas o alcornoques. Es una evidencia de la importancia de la cabaña ganadera

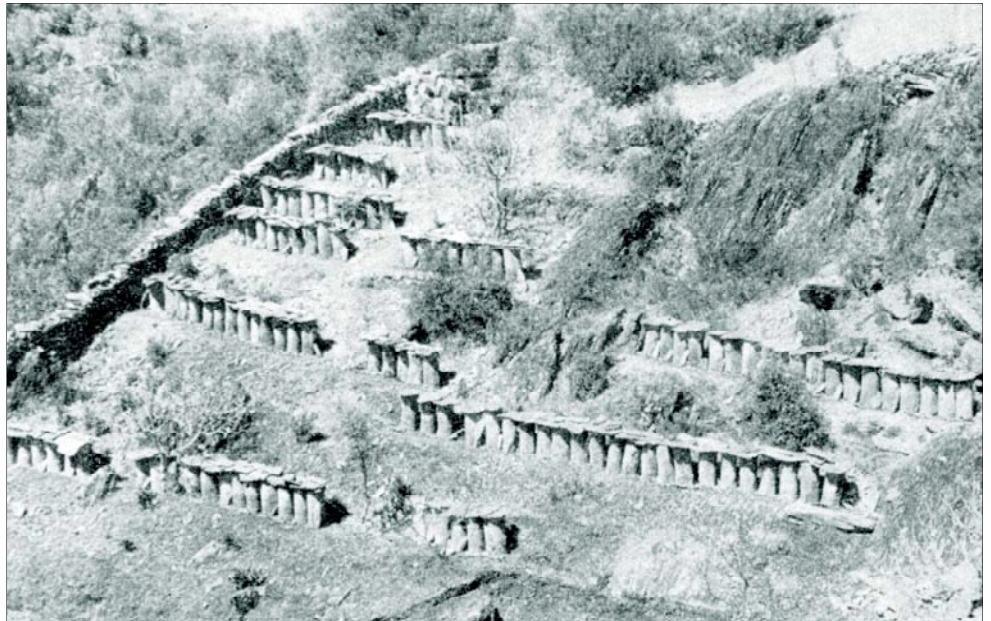


Figura 117. Colmenas en las Hurdes (Vega, 1964).

El uso melífero de los montes fue extremadamente importante durante la Edad Media, lo que evidenciaba la existencia de extensos matorrales.

La carta de donación de dehesa de Jurde a La Alberca, de 1288, ya establecía explícitamente la prohibición de meter colmenas en la misma, salvo a los vecinos de La Alberca. En el Pino había 9 vecinos y en las 21 alquerías existentes en el espacio de 4 leguas, 80 vecinos que vivían de la cría de cabras y colmenas (Ortega, 1918).

Las colmenas solían hacerse con corcho del alcornoque, y de hecho con frecuencia eran llamadas "corchos" o "corchuelas".



como recurso económico y de rivalidades entre grandes propietarios de ganado. Pronto se redactaron los llamados fueros romanceados que regularán de forma específica un mayor número de aspectos, como la organización del labrantío o el régimen de los ganados (Ortí, 1947). De hecho, en el llamado Fuero de los Ganados se creó la Figura del Caballero de Rafala, precursor de los guardas rurales con una misión específica de defensa de los campos y custodia de los ganados.

La importancia de los ganados y su defensa a través de las dehesas establecidas en lugares específicos para su mantenimiento será una constante recogida por la documentación medieval. Al señalar en 1189 el término de la ciudad de Plasencia el privilegio de fundación alude a la existencia de caminos pecuarios específicos pues «va por una cañada, que llama *Valle Vellido*, a una altura que nombra *Cabeza de Don Pedrolo*, que es sin duda la villa de Cabezuela» (Martínez, 1905). Cuando en 1234 se firma una concordia entre Coria y Alcántara sobre división de términos hacia el río Tajo, los de Coria podrán tener una balsa para el paso de los ganados (Martínez, 1905). El Fuero Real de Trujillo data de 1256, y en él se insta al concejo a que *guarden bien sus montes e defesas* (Sánchez Rubio, 1992).

Ciudades y villas como Plasencia, Granada, Cáceres o Trujillo, se constituyeron en cabezas de amplios territorios, en los que se van creando aldeas, que al principio carecen de término propio y que están ligadas en la explotación conjunta de labranzas, pastos y montes (Zulueta, 1977). Estas cabeceras destinan nuevos pobladores a las diferentes aldeas, que no disponían de capacidad de decisión y a las que dotan de un espacio delimitado (término o sexmería) lo suficientemente extenso como para garantizar su subsistencia y desarrollo (García Fernández, 2002). Así, Plasencia asignaba a los concejos y moradores de cada lugar ejidos, dehesas boyales, tierras de pan llevar, prados, viñas y otros campos de arbolado y laboreo; además existían otros bienes comunes a todos los municipios, organizados en sexmos cuya administración se regulaba según las necesidades del territorio (Sánchez Loro, 1985). En 1288 la villa de Granada, que era de jurisdicción señorial pues Alfonso X se la había otorgado al infante Don Pedro, hizo donación a favor de su aldea aneja de la Alberca, a la que cedió la dehesa de Jurde, la de las Batuecas y el terreno de Camino morisco, quedándose Granada con todo el Pino Franqueado, Pesga y Rivera de Oveja. En la escritura se regulan con detalle los usos de los montes, prohibiéndolos a los forasteros:

«Otro si vos damos por defesa de concejo destos lugares [...] E todo lo dicho vos lo damos libre e quito, e que ningun ome de otra parte que non fuese vuestro vecino que non vos mantei concejo, nin vos lo tome, nin ande a caballo, nin coxa venado ninguno, nin vos meta ahí colmenas ni otros ganados ningunos, nin corte verde, nin pesque en los rios, ni interbusgun no saquen hi corchos» (González de Manuel, 1693).

En Cáceres, con la primera repoblación tuvo lugar un primer reparto de tierras entre los soldados: las *heredades de quadriella*, suertes otorgadas en posesión plena; en una segunda fase, ante la llegada de nuevos pobladores, el Concejo reglamentó los repartimientos de nuevas tierras mediante *las particiones de Concejo*, dividiendo el territorio en sexmos y éstos en veintenas (Pereira, 1990). Dentro de los límites asignados a cada aldea o sexmo, los campesinos colonizaban la tierra, reconociendo



Figura 118. Panorámica de Hornachos, al pie de su sierra. En la antigua Fornacis romana, famosa ya entonces por sus galeas argentíferas, los musulmanes establecieron un pujante asentamiento. La sierra fue utilizada para huertas, abastecimiento de leñas, posadas de colmenas y pasto de ganados cabríos, mientras que en la llanura de piedemonte se desarrollaron cultivos leñosos (vid y olivo) y de cereal. En 1235 el Bulario de la orden de Santiago (Martínez, 1905) recoge el documento de la donación de Hornachos: "cum montibus, fontibus, rivis, aquis, pratis, pascuis, vineis, terris cultis et incultis, arboribus". La escasez de la población cristiana que venía del norte a establecerse en estas zonas los siglos XII y XIII, facilitó que la villa se mantuviera como uno de los principales baluartes de los moriscos extremeños (González Rodríguez, 2001).

el rey tales asentamientos mediante el sistema de presura, lo que se tradujo un gran número de pequeños propietarios libres agrupados en comunidades (Hernández y Pulido, 2004). Por este sistema tuvo lugar la creación de numerosos concejos por parte de Alfonso IX de León, quien *populavit in Extremadura, Mirandam, Monleon, Carpium, Montem Regalem, Calisteum, Salvaterram, Salvaleon et alia plura oppida et castiella* (Tuy, 1926).

Sin embargo, según se produce el avance acelerado de la reconquista, se fue ralentizando el flujo demográfico que la abastecía desde el norte, a la par que se incrementaba la superficie de tierras disponibles y se abrían nuevas posibilidades de establecimiento en las fértiles tierras andaluzas, a donde habían desplazado los monarcas el esfuerzo conquistador (López Fernández, 2002). Todo ello propició un problema de carencia de medios humanos y administrativos para organizar el nuevo poblamiento, que derivó en escasez poblacional. La Corona, en lugar de fundar directamente villas de realengo y dotarlas de fuero, y en detrimento de la autonomía de los concejos, optó por encomendar el dominio del territorio y su organización a las recientes órdenes religioso-militares que habían colaborado en los episodios de conquista, especialmente la de Santiago y la de San Julián de Pereiro (de Alcántara desde 1218), aunque también la de San Juan y la del Temple (Martín Benito, 2002). A finales del siglo XIII el predominio de estos maestrazgos sería abrumador en el territorio extremeño, constituyendo la excepción el norte y oriente de Cáceres y en el sur sólo las villas de Medellín y Badajoz (Hernández y Pulido, 2004).

En 1217 Alfonso XI de León concedió a la Orden de Calatrava y a su Maestre la villa y el castillo de Alcántara, que luego pasarían a la orden de su nombre (Floriano, 1957). En 1228 Alfonso IX cede Santibáñez a la de Alcántara, señalando sus términos, en un texto con varias referencias a masas forestales:

«sicut vadit via ad Cauriam usque ad rivum qui dicitur Arrago, et deinde a Encinar Vellido, et deinde a las Zafurdas del Mazarron, et deinde al Toconal quomodo vertent aguas a Vellotatem et a la Parra [...] et deinde a Robrediello Vellido»

El texto permite saber de los aspectos económicos y el uso de los recursos naturales, y una lectura analítica nos aporta pistas acerca de la estructura de los bosques y su composición específica. Se diferencia a un encinar y a un robledal por su cualidad de "vellido", en referencia a un poblamiento denso (velloso), probablemente a causa de un rebrote masivo de cepas y raíces tras episodios previos de corta o quema. Las zahúrdas eran lugares cercados donde pastaban los cerdos y que se



Figura 119. Según fueron avanzando los contingentes cristianos, se desarrolló una nueva organización del espacio: si en el norte dominaron los concejos a los que se dotaba de fueros, en las áreas de oeste y sur la escasez de colonizadores llevó a los reyes a delegar la repoblación y la gestión del territorio en nobles afines (Señoríos y Ducados) y sobre todo en dos grandes órdenes militares: Santiago y Alcántara. Mapa de la estructura territorial histórica de Extremadura, elaborado a partir de Martínez Díez (1983).



corresponderían con un encinar ahuecado, y el término de Mazarrón alude a un punto utilizado para no pagar los derechos de paso. Toconal nos remite a un bosque cortado, donde han quedado grandes trozos basales de fuste unidos a la raíz (tocones); la persistencia tras una corta de grandes tocones sin rebrote es característica de determinados bosques, como los de pinos o enebros. "Aguas vertientes a la Bellotada" alude a la capacidad fructificadora de los árboles de ese punto, lo que es más frecuente en la encina que en sus otros congéneres, como si no fuera una característica general de los rodales próximos. Finalmente, la Parra refleja la presencia del cultivo.

En 1170 Fernando II de León había fundado en Cáceres la Orden de Santiago. Entre 1229 y 1246 los monarcas le conceden una sólida base territorial y económica: Mérida, Montánchez, Alange, Hornachos, Montemolín y Reina, que constituirían la llamada Provincia de León, por depender del convento de San Isidoro de dicha ciudad. Su superficie se acercaba a 10.000 km<sup>2</sup>, con dos partidos: Mérida y Llerena (Rodríguez Blanco, 1985). Desde estos primeros momentos la Orden dispuso de amplísimas extensiones de terreno bajo su directa propiedad. En Mérida, por ejemplo, una parte de tres era de la Orden, y las otras dos para la ciudad, una para los habitantes presentes y otra para los que vendrán, según reza su Fuero de 1235 (Chaves, 1740):

«de terris vero in tota terra de Emerita [...] retineat sibi Archiepiscopus cun fratribus militae Sancti Jacobi [...] tertia; reliquas vero dua tertias habeant habitatores de Emerita; itaquod unam tertiam retineant sibi, alia tertia reservetur dividenda inte habitatores futuros».

Otro tanto sucederá con las extensas tierras de La Serena, que fueron donadas a la Orden de Alcántara entre 1232 y 1309 (Miranda Díaz, 2003). Estas "holguras" en la organización del territorio señalan de forma clara tanto la escasa entidad de la población inicial como una gran superficie sin ningún uso.

En otros casos la Corona recurrió también a nobles poderosos para organizar la repoblación de enclaves o territorios más o menos amplios. Por ejemplo, ante la dificultad de poblar algunas zonas del concejo de Plasencia, en concreto el Campo Arañuelo, en 1309 Fernando IV entrega a Hernán Pérez de Monroy el lugar de su nombre para que pueda instalar allí cien pobladores: *do vos e otor-*

**Tabla 10. Evolución del poblamiento extremeño tras la reconquista, identificado por el ritmo de aparición de nuevos enclaves en la documentación medieval.**

Periodo	Número de nuevos enclaves	Ritmo anual
1235-1246	9	0,8
1247-1257	43	4,3
1300-1322	48	2,2
1323-1333	90	9,0

Fuente: Tomado de Clemente y Montaña (2000)

*go vos que podades poblar çien pobladores en el nuestro lugar que dicen Monroy, que sean de la tierra de las hórdenes o de otros señores qualesquier del mío realengo* (Ávila, 2004). Esta formación de señoríos solariegos laicos a costa de tierras realengas se dio con especial intensidad a partir de la mitad del siglo XIV, con el triunfo de la dinastía Trastámara, y se mantendrá a lo largo del XV, cuando las cesiones reales de tierras y derechos se emplearon para “pagar” los apoyos de nobles a reyes en sus luchas dinásticas. Este proceder consolida todo un entramado de señoríos laicos nobiliarios, lo que propiciará desajustes, pugnas y litigios entre señores y campesinos. Los abusos cometidos por los más poderosos se traducen en el cambio de mojones, o bien en compras, adhesionamientos y arrendamientos, que les permitirá consolidar la expansión de sus dominios (Pino, 1984; Franco Silva, 1998; Hernández y Pulido, 2004).

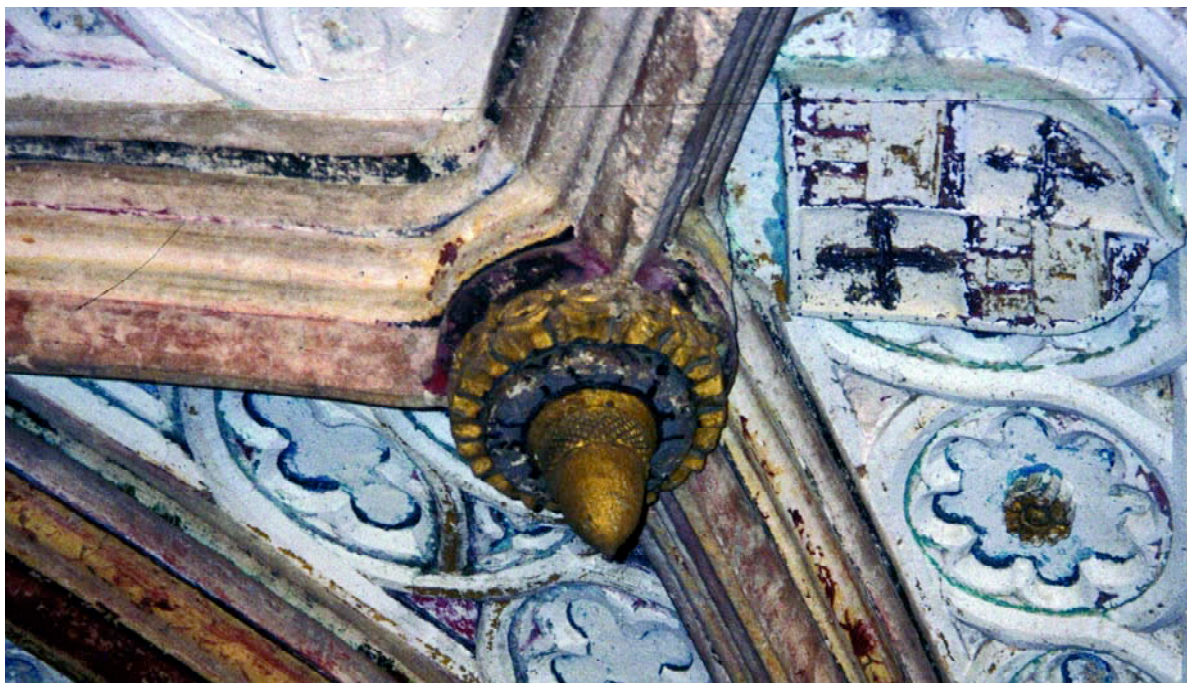
La insuficiencia de la repoblación y el desigual reparto de hombres habrían de tener consecuencias pesadas sobre las estructuras rurales. Los propietarios o gestores de tan vastos dominios se convirtieron rápidamente en rentistas de la tierra, dando en arrendamiento algunas parcelas importantes y repartiendo el resto entre un gran número de pequeños arrendatarios enfitéuticos (Bonassie, 2005). En general se trata de territorios con escasa consistencia de la malla urbana, condiciones muy adecuadas para el mantenimiento de pastizales o de matorrales a pastos y buena situación en cuanto al complejo de rutas ganaderas de la península, a lo que ayuda el clima que invita a la invernada de los ganados en la zona. Estas características y el tipo de colonización señorial y latifundista propiciaron que el territorio se orientara durante siglos a la acogida de cabañas ganaderas, actividad que requería menor grado de ocupación y mano de obra menos numerosa (Rodríguez Blanco, 1985; Terés *et al*, 1995). Los beneficios de que esta actividad generaba a la monarquía siguieron alentando la consolidación de la gran propiedad con dedicación pecuaria (Linares y Zapata, 2003). Los nobles y los concejos que habían promovido el avance de la frontera desde el norte del sistema central, lo habían hecho empujados por la estrechez de tierras y por la demanda de territorio para que sus cabañas ganaderas pudieran incrementar su número. Como decía Paredes Guillén (1886): *Al paso que arrojaron a los moros de las tierras llanas, fueron estableciendo en ellas sus ganados, y extendiendo los límites de su prosperidad con los del imperio*.

Con todo, el ritmo real de ocupación de los espacios rurales en el conjunto extremeño hubo de ser notablemente dispar, tanto espacial como temporalmente, siguiendo los condicionantes geográficos y las preferencias económicas de los nuevos pobladores. Su desarrollo se inicia a partir de mediados del siglo XIII, con el alejamiento definitivo de la frontera, y se concentra esencialmente en los valles placentinos y en las vegas bajas del Guadiana, al margen de alguna ocupación concreta como la de las tierras de Alcántara. De finales del XIII a mediados del XIV el poblamiento crece y se consolida al amparo de un importante incremento demográfico, manifestando los primeros síntomas de carácter intercalar y evidenciando una mayor especialización. Se proyecta en forma de colonización agrícola en busca de tierras cerealistas en la Tierra de Barros y Llanos de Azuaga y Llerena, y de las feraces vegas medias y altas del Guadiana, y por otro lado, al amparo de la importancia de las actividades ganaderas, sobre la penillanura central de Cáceres-Trujillo y sobre las comarcas pacenses de La Serena y Los Montes (Montaña, 1995; Clemente y Montaña, 2000; Montaña, 2004). En todo caso, la inestabilidad de todo este periodo conduce a que la gran mayoría de los nuevos asentamientos se erija buscando la protección de los accidentes geográficos y no pocas veces de fortalezas ligadas a los mismos, a menudo heredando el lugar antes ocupado por los musulmanes.

De este modo, todos los montes isla del interior extremeño (Mirabel, Serradilla, Cañaveral, Pela, Lares, Burguillos, etc.) se ocupan en esta época con carácter previo a las llanuras que les rodean, como el Campo Arañuelo, el norte de Trujillo o la penillanura entre la Sierra de San Pedro y el río Aljucén (Bernal Estévez, 1998). Algunas zonas del occidente mantuvieron en su carácter fronterizo un importante obstáculo para su poblamiento, a causa de las continuas incursiones del vecino por-



Figura 120. Bellota decorando un techo en el Monasterio de Guadalupe. La encina era el árbol más común en las arboledas medievales, y también el más utilizado, sobre todo en masas claras. Su producción más valorada era, sin duda, la bellota, usada para hombres y animales, y cuya recolección en época de montanera estaba cuidadosamente regulada.



tugués, especialmente en la primera mitad del siglo XIV. El mismo alfoz de Badajoz fue saqueado en 1334, y la perenne despoblación llevó a los monarcas a promover una progresiva señorialización de la zona. En algunos casos la repoblación sería especialmente tardía, por ejemplo en villas fronterizas como La Codosera, en tierras de Albuquerque: ello implicaría en última instancia una mejor conservación de sus masas boscosas, y de hecho se trata de las pocas zonas de la región en que todavía en el siglo XV existía constancia de la existencia de pinares naturales (Franco Silva, 2000).

#### EL ESTADO DE LOS MONTES EN LOS INICIOS DE LA BAJA EDAD MEDIA

Al menos entre los siglos IX y XII, el despoblamiento de las llanuras debió propiciar una importante recuperación de las formaciones arboladas, en forma de rebrotes masivos de *Quercus* y en menor grado de colonización de áreas abiertas por estirpes pioneras como las coníferas. Como apunta García Fernández (2002), en las zonas que no fueron objeto de una colonización musulmana importante, el periodo de tiempo entre la invasión musulmana y el proceso de repoblación y organización territorial que siguió a la Reconquista (en ocasiones hasta dos siglos tras ésta), fue más que suficiente para que los montes deteriorados se reconstruyesen y ampliases sus dominios, aunque llegando a estructuras y composiciones seguramente diferentes de las previas. En cambio, como se ha comentado en el capítulo anterior, ese proceso debió estar más limitado en las serranías agrestes más propicias a un modelo ganadero de gestión, donde los bereberes erigieron sus hisn y que pronto serían sustituidos por asentamientos cristianos.

En las zonas altas del Sistema Central se debió producir una drástica transformación en el paisaje entre los siglos XI y XII, motivada primero por las actividades bélicas y luego y fundamentalmente por la ocupación ganadera de dichas áreas, que se convirtieron en lugares de estivada de las poderosas cabañas de los concejos de la meseta, en especial salmantinos y abulenses. Este hecho se produjo con carácter general en las áreas equivalentes a lo largo de todo el Sistema Central, y de hecho diversos registros polínicos como los de la Sierra de Guadarrama (Vázquez Gómez, 1992), la portuguesa Sierra de la Estrella (van den Brink & Janssen, 1985) o el Raso de Candeleda en la Sierra de Gredos (López Sáez y López García, 1994) identifican los siglos inmediatos al cambio de milenio como una fase de intensos cambios en el paisaje a causa de la acción antrópica. Las especies que conformarían los bosques de las zonas más altas, las más adecuadas para su uso como estiveros por la fenología más tardía de sus pastos, habrían de ser las más afectadas. En concreto el análisis polínico de Franco (1995) muestra una marcada caída de los porcentajes de *Pinus* durante la Reconquista en las zonas altas de la sierra de Gredos. Es preciso insistir en que una práctica común de los ganaderos trashumantes en las zonas de estiaje fue la de quemar matorrales y pastizales en otoño para aprovechar su rebrote la primavera siguiente, y continúa siéndolo en las montañas leonesas donde aún se practica esa actividad. En los tiempos en que la Reconquista llegaba al Sistema Central debió ser necesario primero extender hacia altitudes inferiores los pastizales de altura, a costa del uso intensivo del fuego sobre bosques y matorrales. El propio vocablo trashumante tuvo su origen en Navarra,



Figura 121. Ladera con rebollar (en primer plano) y deforestada (en segundo), en Tornavacas. La costumbre de quemar los montes para obtener y mantener pastos fue transformando grandes superficies del Sistema Central, de forma especialmente acusada en los primeros compases de la Reconquista. De hecho, ésta estuvo alentada por la necesidad de los concejos castellanos y leoneses de buscar estivaderos para sus copiosos ganados. Lo generalizado de las quemas para pastos daría lugar a un paisaje de cumbres deforestadas, a pesar de las severas órdenes de Alfonso X: "Que no pongan fuego para quemar los montes, e al que lo fallaren haciendo que lo echen dentro".

cuyas condiciones naturales fueron también propicias a la trashumancia desde el inicio de la Reconquista, en el siglo X. El valle del Ebro acogía durante el invierno abundantes rebaños, y las Bârdenas Reales constituyeron un espacio de pastoreo de gran importancia que se complementaba con los valles pirenaicos. El refugio pirenaico permitió alimentar a sus ganados con los pastos de montaña, y la economía pastoril bajó los pastizales en altitud (Gerbet, 2000) e influyó en la degradación de los bosques hasta lograr matorrales. Los pastores reunían sus rebaños de ovejas y cabras para colonizar los montes del sur de la región durante el invierno, huyendo de la nieve de la montaña, sin necesidad de acumular y cosechar hierba, retornando durante el estío, cuando se agostan los pastos de invernada. Este destino fue la causa que explicaba el interés de las villas que pastaban en las Bârdenas Reales para que continuara siendo una zona despoblada (Floristán, 1951). La costumbre de quemar los montes por razón de pastos aparece de forma explícita en el siglo XIII, en el *Fuero General de Navarra* (Ilarregui y Lapuerta, 1869). En el *Libro VI, Título I* se habla del ganado *trasfumo*. También en la documentación del concejo cacereño del siglo XIII hay referencias al ganado de mes-teños como las cabañas *afumadas* (Floriano, 1959).

Lo general de la quema de montes llevó a los representantes en Cortes de 1256 a solicitar la intervención de Alfonso X: *Que no pongan fuego para quemar los montes, e al que lo fallaren haciendo que lo echen dentro*. En las Ordenanzas de Piedrahita de 1405 se ordenaba, *por cuanto de cada año se fase grand daño en los fuegos que se aprenden en los pinares por quanto se queman todos los pinos chicos que nasçen e aun los grandes*, que los Concejos serranos entregaran a los culpables al Concejo de la Villa, e incluso desde el primero de mayo hasta fines de octubre el pastor que fuera encontrado con yesca y pedernal pagaría 100 maravedíes (en adelante, mrs.). En el caso de Guadarrama, por ejemplo, esta transformación, vinculada al uso pastoral del fuego, supuso el cambio de mayor entidad en el paisaje forestal de los últimos 10.000 años, y se tradujo en una intensa deforestación con incremento de pastizales y matorrales a costa de un descenso de los pinares dominantes de *Pinus sylvestris* que no resulta explicable por causas naturales (Franco Múgica et al., 1998). Esto parece extrapolable, tanto por las características del medio físico y biótico como por el devenir histórico, al sector extremeño de cumbres al este del valle del Ambroz.

En cambio, el caso de los piedemontes de dichas sierras sería diferente. Tras la lectura de las fuentes documentales de la etapa de frontera, de 1142 a 1230, Montaña (2004) deduce que el paisaje de la Transierra, al sur del Sistema Central, se encontraba "bien conservado" en su mayor parte, a lo que atribuye la presencia de topónimos como los ya mencionados de Encinar Vellido, Robrediello Bellido



o Vallevellido, localizados en los concejos de la margen derecha del Tajo en áreas montañosas y piedemontes. Esta interpretación es, no obstante, matizable. Seguramente este panorama no pueda ser fielmente extrapolable al conjunto del territorio, pues la creación de topónimos se suele deber a la diferencia del lugar aludido respecto a su entorno más próximo. Por otra parte, más que bosques “poco modificados” lo que encontrarían mayoritariamente los repobladores serían bosques “recuperados” tras décadas o siglos con un bajo nivel de perturbación antrópica. En todo caso, es cierto que la documentación existente nos manifiesta una cierta abundancia de arboledas en la zona en esa época. Las referencias existentes a una intervención humana de cierta intensidad son escasas y se localizan en áreas de ocupación musulmana como Coria, y posteriormente en zonas cercanas a Plasencia, bajo formas como *cum piscariis et molendinis o terris cultis et incultis*, donde se muestra la ya comentada alternancia de paisajes a modo de mosaicos.

En cambio, en la etapa posterior (1230-1290), los contrastes poblacionales que se generan entre los espacios que articulan el Tajo y el Guadiana tienen su reflejo en la intensidad de la ocupación y en los paisajes. A principios del XIII, se puede considerar que el bosque y la vegetación natural aparecen subordinados a la actividad agraria sólo en las zonas bajo una ocupación musulmana intensa, como sucedería en Coria, Alcántara y en los espacios próximos a Badajoz, así como en otros centros próximos al Guadiana como Mérida o Medellín. Espacios concretos como Hornachos, Montemolín, Reina o Castillo del Muro, vinculados a la ocupación musulmana, presentan un cierto desarrollo de los paisajes agrarios, mientras que los montes más o menos arbolados dominarían el paisaje en toda la cuenca del Tajo y en el este y sur de la provincia de Badajoz (Clemente Ramos, 2001). De hecho, áreas extensas de la región debieron estar cubiertas por bosques de diferentes características. En el entorno de Plasencia la documentación bajomedieval nos habla de un paisaje eminentemente arbolado, con bosques de robles y pinares, castaños, encinas y alcornoques. La importancia de las arboledas para la ciudad se refleja en su escudo, que proviene de su fundación antes de terminar el siglo XII y muestra un castillo con un roble o castaño a su derecha y un inequívoco pino a su izquierda, a causa de la abundancia de pinares (Toro, 1573; Santos Canalejo, 1986). En 1185, una Bula del papa Lucio III al obispo de Coria habla de un monasterio de *Sanctae Mariae de Saltuformoso* en la comarca (Martín Martín, 1989), donde *saltuformoso* significa *soto (bosque) hermoso*, seguramente una arboleda alta más o menos ahuecada para uso ganadero. En el fuero otorgado a Mérida en 1235 se mencionan «los bosques de conejos que vulgarmente llaman dehesas»: *nemoribus vero cuniculorum, quae ipsi vulgariter defesas vocant* (Martínez, 1905), donde la abundancia del lagomorfo nos indica una estructura poco densa de estas formaciones, al menos en su estrato arbóreo. La presencia frecuente de oso suele ser habitualmente tomada como indicativa de extensas áreas forestadas, aunque en realidad esta especie está sólo parcialmente ligada a grandes bosques densos. Una de las “noticias” de la reconquista extremeña se asocia con este animal: cuando en 1220 Sancho Fernández, hermano del rey Alfonso IX de León, tras poblar Cañamero, que estaba yermo, fue muerto por un oso en una cacería en las Villuercas.

Gran parte de los indicios que reflejan la vegetación de los montes de la época proceden de las cartas de donaciones y de las actas que delimitan los términos de las diferentes villas o aldeas, bien de forma directa o a través de fitotopónimos. Por ejemplo, en la donación de Jaraicejo (Xafarizejo) a Gonzalo Godínez por privilegio del rey don Sancho IV, en el año 1284:

«Y el otro mojón es el Rostro de la Xara de los hitos [...] Y de las Cabezuelas, como da en el carrascal de la dehesa... [...] y dámoselo con sus términos, con montes, con fuentes, con ríos, con pastos, con dehesas, y con entradas y con salidas»

Y en 1305, Fernando IV expide un privilegio confirmando los límites de la misma población, y habla de un lugar *do están acebuches y un árbol que dicen charneta y otro que dicen asdre*. De modo similar el documento por el que en 1325 Plasencia dona una dehesa boyal al pueblo de Gargüera habla de un “roble quejido” (Sánchez Loro, 1983). En estos documentos suelen aparecer referencias tanto a árboles aislados como a formaciones boscosas, indicando o no las especies principales. Entre los genéricos se encuentran soto, mata, nava o dehesa, siendo “xara” uno de los más utilizados (ver capítulo referente a toponimia).

Pero el conjunto documental que en mayor medida ilustra acerca de los montes de la época es el contenido en el Libro de la Montería de Alfonso XI, escrito a mediados del siglo XIV (Pareja, 1998). El Libro identifica la voz monte con extensas masas arboladas y poco transformadas. Aunque tiene como protagonistas a osos y jabalíes, y a los métodos para sacarlos de lo espeso de los montes para hacer posible su captura, en cierta medida constituye de forma indirecta un “Libro de los Bosques”, a causa de la importancia de las arboledas y arbustados densos como refugio de las especies de caza



Figura 122. El Libro de la Montería, escrito a mediados del siglo XIV, incluye un catálogo de los montes de la época y de su riqueza en especies cinegéticas, con numerosas alusiones a su vegetación. Esta lámina corresponde al Manuscrito de la Cartuja de Sevilla, actualmente en la Biblioteca del Palacio Real, y refleja una escena de caza de oso en la vertiente sur de Gredos, en las proximidades del límite entre Ávila y Cáceres. Destaca el predominio de áreas claras y la escasez y grado de fragmentación de los bosques. Entre las especies, se pueden distinguir dos tipos de árboles, uno con copa redondeada propia de un roble o encina y formando masas y un segundo tipo de árbol solitario y copa cónica que recuerda al pino.

mayor (Gil, 2003). Su última parte principia con: "Aquí comienza el tercer libro que fabla de los montes de todo el señorío de Castilla et de León, et algunos de los regnos de Granada". Es un estudio a fondo de la geografía de la caza hasta llegar a los más alejados rincones y las últimas posibilidades en la caza mayor (Casariego, 1976). El análisis del mismo efectuado por Bernal Estévez (1998) identifica en tierras extremeñas 217 espacios boscosos, la mayoría situados en relieves accidentados o en zonas de penillanura, y encontrándose la mayor concentración en los relieves meridionales del Sistema Central y especialmente en término de Plasencia. Otra área que aparece como especialmente frágil era la del borde oriental, desde los montes de Guadalupe hasta los del señorío de Capilla. Los nombres de esos montes y otras referencias de su situación abundan en vocablos relacionados con la vegetación que los constituía, y recogen su variabilidad regional (ver capítulo de toponimia). En ocasiones se hace referencia a la propia estructura de esos bosques, que si a menudo se tilda de impenetrable, otras veces sucede lo contrario, como es el caso de La Madroñera, monte de la Tierra de Trujillo, del que se advierte: *que vaya un home a cavallo, porques monte tendido, e es Enzinar Hueco por o puede andar ome de Cauallo*. Pese a una importante fragmentación de la masa forestal, debían mantenerse con notable superficie bosques o arbustadas densas, especialmente en algunas comarcas como los montes de Herrera del Duque y Capilla, que son catalogados como *muy reales de oso*. Cien años después de la primera versión del Libro, se seguía catalogando al bosque de Zixara como *tan fecundo de montes como abundante de fieras* (Barrantes, 1875).

### EL USO DE LOS MONTES Y LA TRANSFORMACIÓN DEL TERRITORIO

Las referencias contenidas en los fueros nos ilustran acerca del uso de los recursos forestales y la regulación de que era objeto. El de Plasencia, por ejemplo, documenta la existencia de huertas, linajes, cañamares, cultivos de zumaque y de moral y árboles frutales, así como viñedos, todos muy protegidos de los daños de personas y ganado (Ramírez Vaquero, 1987; Vaquero Ramírez, 1990; Benavides, 1896). Una larga serie de disposiciones regula el ganado, fundamentalmente menor, y el pastoreo, ilustrando sobre la relevancia del mismo desde la primera disposición: *Si ganado de otra uila en termino de plazencia o en sus terminos o estremos apacer entre el conceio quitenlo sin calonna, et despues saquenlo de sus terminos et este quinto tomenlo de oueias et de uacas, et de puerecos, et de yeguas et de todo ganado* (§1). Castiga los daños que pueda producir la extendida costumbre de quemar los rastrojos e incluso para reducir a pasto y labor los bosques, a los que identifica con la voz latina silva: *Todo omme que selua encendiere, peche LX mrs. et el danno doblado* (§129), lo que puede indicar que las arboledas densas y de gran talla no resultaban tan generalizadas en el



Figura 123. Detalle de tejo, un árbol especialmente escaso en la geografía extremeña, en una garganta de la Sierra de Traslasierra. Algunos árboles recibían un trato normativo singular a causa de su escasez o de sus particulares aplicaciones. Es el caso del tejo, cuyo uso en la Tierra de Plasencia quedaba reservado al concejo, para hacer con él ballestas.



paisaje, o que ya se poseía un conocimiento acerca de la fragilidad de tales sistemas y de su valor. Un título específico regula los daños causados a los árboles, pero la multa por talar frutales es seis veces superior a la de árboles sin fruto (§585-590). Establece una *defensa* (dehesa) para el ganado caballar de guerra y trabajo, debiendo estar *defesada* (defendida) de todos los demás ganados, incluso de las yeguas (§628). Atestigua el uso del corcho para colmenas, uso que ha dado precisamente su nombre a la corteza del alcornoque (§663).

En general los historiadores consideran que en esa época, señores y concejos no conseguían imponer un acceso restrictivo y gravoso a un bosque que todavía abarcaba superficies importantes en las que se presentaba como un recurso abundante y de acceso en gran medida gratuito (Clemente Ramos, 2004), y cuyo uso resultaba imprescindible. El desarrollo exigía cortar árboles para satisfacer necesidades muy diferentes: abasto de leña para consumo doméstico y de fraguas, madera para construcción, herramientas, mobiliario y todo tipo de manufacturas, etc. Por lo general la corta de arbolado estaba sujeta a la obtención de una licencia por parte del concejo o maestre correspondiente, sin la cual se gravaba la acción con considerables penas. No obstante, se detectan importantes diferencias entre especies y según el tamaño de los árboles. Por ejemplo, el concejo de Plasencia se reservaba los tejos para hacer ballestas, prohibiendo su corta por particulares o que el ganado ramonease en ellos, y la protección que también se otorgaba al castaño suponía que su corte se penara con 100 maravedís y un año de destierro. Sin embargo, era permitido cortar leña para hacer carretas en la dehesa boyal, o para leña doméstica en el monte menudo, entendiendo por tal aquél *en donde el buey pase por encima arando* (Santos Canalejo, 1986). Este sistema equivalía a proteger





Figura 124. El aprovechamiento de los productos del bosque permitió el desarrollo de los reinos medievales, pues la madera fue el producto básico para la obtención de energía, para la construcción civil y naval o para su empleo en cualquier tipo de manufactura. En esta imagen (manuscrito de las Cantigas de Santa María, Biblioteca Nacional), un carro sobre un fondo boscoso transporta maderas para la construcción de la iglesia. Todos los Fueros y Cartas de donación de la Baja Edad Media regulaban la corta de madera en los montes, pero no lograron impedir su degradación.

el arbolado adulto por sus utilidades: refugio, sombra, ramón, reserva de leña y madera y, sobre todo, regular el aporte de fruto durante la montanera. Sin embargo, este aprovechamiento intensivo supuso la condena a la regeneración sexual, lo que impediría la renovación del arbolado viejo y acabaría por convertir las dehesas en montes fósiles; sólo épocas de menor presión motivadas por periodos bélicos podían evitar o invertir este proceso.

Las actividades agrícolas y ganaderas fueron las responsables de la transformación de los paisajes, más allá del uso que se hacía de los montes y de los recursos forestales que albergaban. El proceso de repoblación y colonización del territorio tuvo un marcado carácter de "ganar espacios al bosque". Los repartimientos de tierras no tenían otro objeto que la labranza de las mismas, como atestiguan los privilegios y cartas reales de finales del siglo XIII y que se recogen en las Ordenanzas antiguas de Badajoz (Ordenanzas, 1767, tit.32, cap.1): *se hizo merced a los primeros Pobladores de varios heredamientos, [...] para el fin unico de que los cultivasen y labrasen*. El concejo de Plasencia concede en 1218 el castillo de Miravete a la orden de Monfragüe, aludiendo a *heredades en que labren desde la cabeza de Giraldo fasta Almonte* (AHN, Calatrava, carp. 458, n. 80). El proceso de "agrarización" determina una importante transformación paisajística, que en ocasiones alcanzaría gran entidad en lapsos de tiempo no muy largos (Clemente Ramos, 2001). Por ejemplo, cuando Trujillo adquiere Cabañas del Castillo en 1273, *con montes, con fuentes, con ríos, con pastos, con entradas e salidas...*, sólo montes y pastos aparecen individualizados, mientras que la misma heredad se concedería en 1369 a García Álvarez de Toledo con *casas e heredades e posesiones e molinos e pesqueras e arboles e dehesas e yerbas e prados e pastos, así como con montes e terminos poblados e por poblar...* (Sánchez Rubio, 1992).

El mismo Libro de la Montería pone de manifiesto a mediados del XIV un proceso de compartimentalización del espacio forestal en enclaves boscosos más o menos extensos, pero en todo caso reconocibles e individualizables, situados en una matriz de paisajes rurales de carácter menos boscoso. De forma concreta, aparecen algunos nombres asociados a espacios abiertos por la intervención humana, como *Labrados, Quemados, Cortes, Rozas, Roturas, Prados o Huertas*. Los numerosos Quemados registrados presentan al fuego como la forma más fácil de ganar espacios al monte denso (Bernal Estévez, 1998).

En gran medida, pues, la transformación del bosque se realizó de forma deliberada y utilizando el fuego, seguido en ocasiones de labranza y casi siempre de pastoreo. Como apunta Santos Canalejo



*Figura 125. Áreas de matorral alternando con calvas y quemadas recientes, en Valverde del Fresno. Desde siempre el uso del fuego ha sido la fórmula más utilizada para ganar espacios al monte, bien para transformarlo en pastizal o para cultivarlo. En todo el tercio norte cacereño, cuyo carácter fronterizo había motivado en siglos precedentes una recuperación de sus arboledas, la documentación de los siglos XIII y XIV es pródiga en topónimos del tipo "Quemados" y "Quemas", a menudo identificadas con el nombre propio de quien la había promovido o la aprovechaba. Estas formas de actuar se han mantenido prácticamente hasta la actualidad, y nos han legado paisajes deforestados en zonas ecológicamente aptas para el desarrollo y dominio del bosque.*



(1986) para Plasencia y su Tierra, sus pobladores tuvieron que quemar la floresta para poder roturar las tierras, primero en las proximidades de los núcleos de población, para alejarse gradualmente y tomar formas de cultivo más extensivas. Los datos sobre el paisaje del entorno de la ciudad muestran alrededor de la misma huertas, viñedos, y frutales; más lejos, linares, campos de cebada, y más allá trigales, predominando en todo caso la extensión de los pastos sobre los labrantíos. Precisamente un documento de los archivos episcopales de Plasencia, el apunte que describe los límites de una dehesa boyal del pueblo de Gargüera, en 1325, ilustra sobre la frecuencia y abundancia de las quemas, enumerando muchas (Sánchez Loro, 1983: 183) y varias con nombre propio:

«y el arroyuelo arriba, a la quema de Diego Mateos [...] Y dende, da consigo al cerro de la quema de Francisco Domínguez [...] Y dende, al arroyuelo que sale cerca de la quema de Juan Martín»

Estas referencias se multiplican en la primera mitad del siglo XIV, conforme aparecen nuevas poblaciones y se intensifican los ritmos de ocupación. En esa fase el poblamiento entra en una dinámica de crecimiento y consolidación, dándose los primeros síntomas de un poblamiento intercalar, y se documentan numerosas acciones que tienen como elemento común una más intensa labor roturadora desarrollada por nuevos pobladores. En algunas aldeas serranas, el continuo deslinde y rectificación de mojoneras nos habla de los primeros síntomas de competencia por un espacio que iba siendo cada vez más reducido. En las áreas con mayor número de asentamientos se detecta una mayor presencia de topónimos del tipo de "quema de" y "roza de" (Montaña Conchina, 2004).

### **LA PRECOZ IMPORTANCIA DE LAS GRANDES CABAÑAS GANADERAS**

Entre las actividades productivas de los siglos XII a XIV en estas áreas fronterizas o recién conquistadas, sobresalen los aprovechamientos ganaderos, que desempeñaron una función auténticamen-



Figura 126. La posibilidad de utilizar las llanuras extremeñas para invernadero de ganados trashumantes impulsó hacia el sur el proceso de reconquista, a la que a su vez servía de vanguardia. La importancia de la ganadería en la región fue notable desde los primeros momentos. Esos grandes movimientos de ganado se basaban en las características de la resistente oveja merina, cuyo origen se atribuye a rebaños que trajeron los Benimerines al norte cacereño. En la imagen, detalle de ovejas merinas en una dehesa de la Sierra de San Pedro.

te precursora. La importancia de conocer su estado y características en la época radica en que se trata de la principal herramienta de manejo de nuestros paisajes a través no sólo del pastoreo en sí, sino sobre todo de las quemas necesarias para abrir los bosques, limpiar los matorrales, crear y mantener el pasto. Las estructuras de manejo ganadero gestadas en esta época van a convertirse en un factor ecológico de primer orden y a detentar un papel esencial en la configuración de los paisajes forestales, cuya huella ha llegado hasta nuestros días (de Miguel y Gómez Sal, 2002; Fillat, 2002).

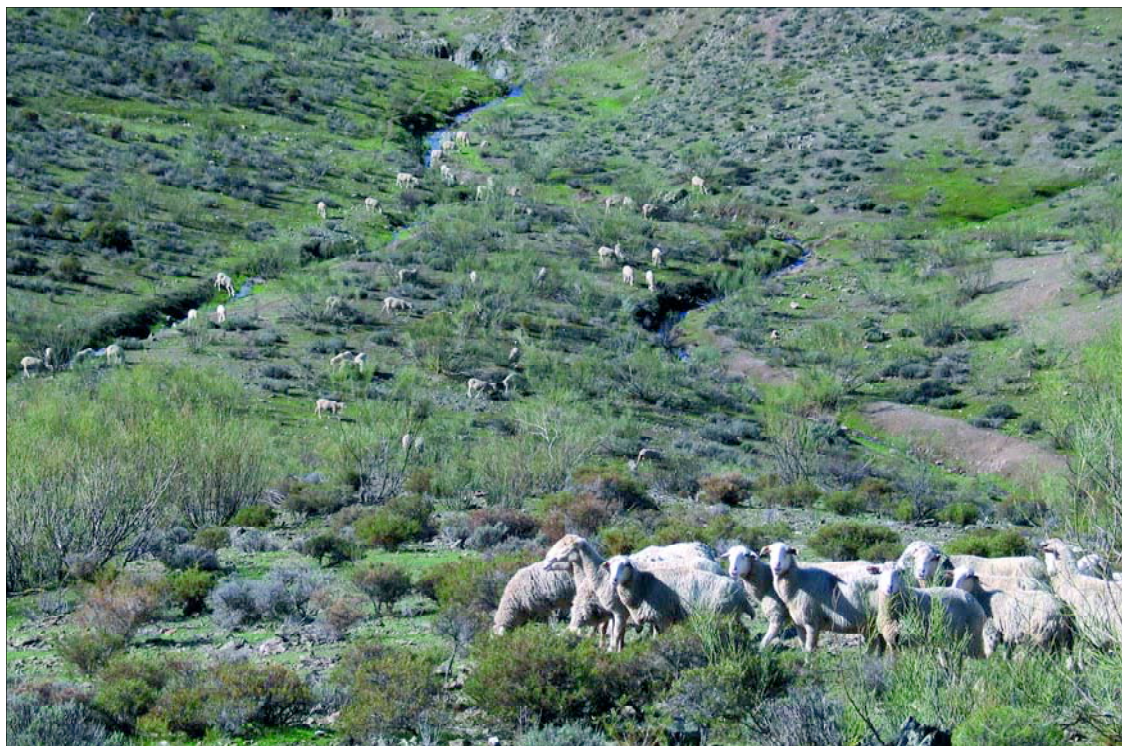
La riqueza pecuaria fue la que mejor se adaptó al aprovechamiento de unos extremos escasamente poblados, fácil de evacuar en caso de peligro y con capacidad para aprovechar rápidamente las tierras ocupadas. Lo pecuario es un motivo destacado de las normas y regulaciones que se fueron dictando. Cuando en 1235 se realiza una relación de las extensas posesiones que poseía la orden de Alcántara (Martínez, 1905) la referencia al ganado señala su generalidad: *pascuis in bosco, et in plano*. Pero además existe otro factor que justifica y pone de manifiesto su relevancia, y es que se trataba de una práctica asentada y con tendencia alcista en los grupos dominantes (nobles, clérigos, guerreros) que llegaban de la Meseta, acuciados por la falta de tierras para el pasto. La importancia de este desarrollo ganadero radicó en la existencia de un ganado ovino capaz de realizar con facilidad desplazamientos prolongados (Gerbé, 2000). La trashumancia se basó en la movilidad del merino, cuya introducción se atribuye a los grupos de Benimerines que acompañaron a los almohades en su ofensiva de finales del siglo XII, y que se mantuvieron con sus ganados formando núcleos de resistencia en la Marca Inferior, al norte de Cáceres (Floriano, 1959); al complementar un recurso estacional como son los pastos hizo posible el desarrollo de una cabaña independiente de los cultivos. La incorporación de los extensos lugares de invernada (los Extremos), permitió incrementar sensiblemente sus cabañas a los propietarios de ganado que utilizaban durante el verano las Sierras que circundan la Meseta Norte.

El asentamiento del dominio cristiano en la Transierra, y la consiguiente disponibilidad de extensos territorios con escaso uso agrícola y potencialmente pastables, propició el aumento de las cabañas ganaderas sin necesidad de acumular excedentes agrarios para su alimentación en la época desfavorable. En el siglo XII ya era posible utilizar de forma sistemática la trasterminancia entre los pastos veraniegos de las vertientes septentrionales y meridionales serranas, y los de invierno de las llanuras al norte y sur de dichas sierras. Posteriormente esos circuitos se fueron ampliando hasta el Tajo, como ya había previsto, adelantándose incluso a la reconquista, la confirmación del fuero de Sepúlveda en 1076: *vecino de Sepúlveda non de montadgo en nengun logar aquende Taio...* (Villar García, 1986). Ello suponía un aliciente a extender hacia el sur la trashumación, más de 100 años antes de que la frontera traspasara el mencionado río, promoviendo una "reconquista ganadera" que sirviera a la vez de acicate y garantía a la militar. En la segunda mitad del siglo XI, nuevas ciudades fundadas al sur del Sistema Central como Plasencia, Escalona o Cuenca tenían como práctica común el envío de grandes rebaños a la invernada en tierras al sur de la frontera, aún bajo dominio musulmán, y escoltados por una tropa de caballeros creada específicamente para tal fin: *esculca o rafala* (Bishko, 1963).

Hacia 1200 Plasencia sellaba dos pactos de hermandad con la toledana Escalona, que tratan fundamentalmente de la seguridad de los rebaños trashumantes (Ramírez Vaquero, 1987). Pronto caballe-



Figura 127. Rebaño de ovejas trashumantes invernando en los pastizales de Villarta de los Montes. La disponibilidad de extensos territorios de pasto en la "Transierra" promovió el movimiento hacia el sur de crecientes cabañas trashumantes, en una suerte de "reconquista ganadera" que supuso a la vez acicate y avanzadilla para la militar y política.



ros guerreros, obispos y cabildos catedralicios y algunos monasterios se unen a los grandes propietarios de rebaños y buscan la defensa de sus términos de pasto (mojoneras) y el establecimiento de zonas ganaderas protegidas: dehesas y extremos. Ya en el siglo XII se habían instituido las ferias de ganados de Cáceres y Coria, y el geógrafo árabe Edrisi resaltaba la presencia de grandes rebaños de ovejas en la región (Valdeón, 1982). Desde finales del mismo estaría establecido un circuito de trashumancia más o menos local entre ambas vertientes del Sistema Central, como demuestra la necesidad de Béjar de obtener privilegios para que sus ganados pastasen en los términos de Plasencia y Trujillo, privilegio que le fue otorgado por Fernando III en 1233 (Santos Canalejo, 1986). La continuidad de los desplazamientos trasterminantes de tipo valle-montaña viene atestiguada en la defensa que Béjar hace de ello ante dicho rey en 1248: *en dias de mio avuelo et despues toda via que ovieron en uso et en costumbre de andar et de pascen en los terminos de Plazencia, et los de Plazencia dixieron que quando avian a andar et a pascen que entravan a plazer dellos et a so fuero* (González González, 1980-86, doc 768). En 1250, Fernando III dicta una sentencia sobre la disputa que mantiene el obispo de Coria frente al concejo de Galisteo, y en ella habla de las yerbas que las defendieron e que las pascieron (Martín Martín, 1989).

En ese extenso territorio poco poblado y en proceso de organización, la ganadería se convirtió de forma inmediata en la actividad primordial para asegurar la subsistencia del campesinado, pero sobre todo en el gran instrumento de las clases dirigentes para cimentar su poder y riqueza. Ejemplo de la importancia desmesurada que pronto alcanzaron las grandes cabañas ganaderas es el conflicto surgido en 1292 entre las mesnadas placentinas y los templarios que custodiaban el puente de Alconétar: el intento de éstos de obligar a pasar por el puente y cobrar peaje a 42.000 cabezas de ganado menor propiedad de Plasencia, les empujó a una guerra sangrienta en que tuvo que poner paz el propio rey Sancho IV (Sánchez Loro, 1983).

Sin embargo, la movilidad del ganado hasta las tierras recién incorporadas exigía desplazamientos largos que provocarían conflictos importantes a su paso por los diferentes concejos. Apenas transcurridos cien años desde la repoblación de Ciudad Rodrigo, un documento de 1255 (Villar García, 1986) evidencia la queja de los procuradores del concejo a Alfonso X por los daños que realizan los forasteros que se desplazan al sur y que acampan con sus ganados en los terrenos acotados:

«omnes de ordenes e de villas que vos destruen un pinar e un encinar e un rovedo de vuestra villa que son acotados con las posadas de los ganados que de fazer passando por hy, a que fazen possadas que non deven a fazer»

Desde los primeros instantes de la reconquista la actividad ganadera organizada y basada en el movimiento estacional de los ganados alcanza una gran importancia, y los conflictos que genera o sufre

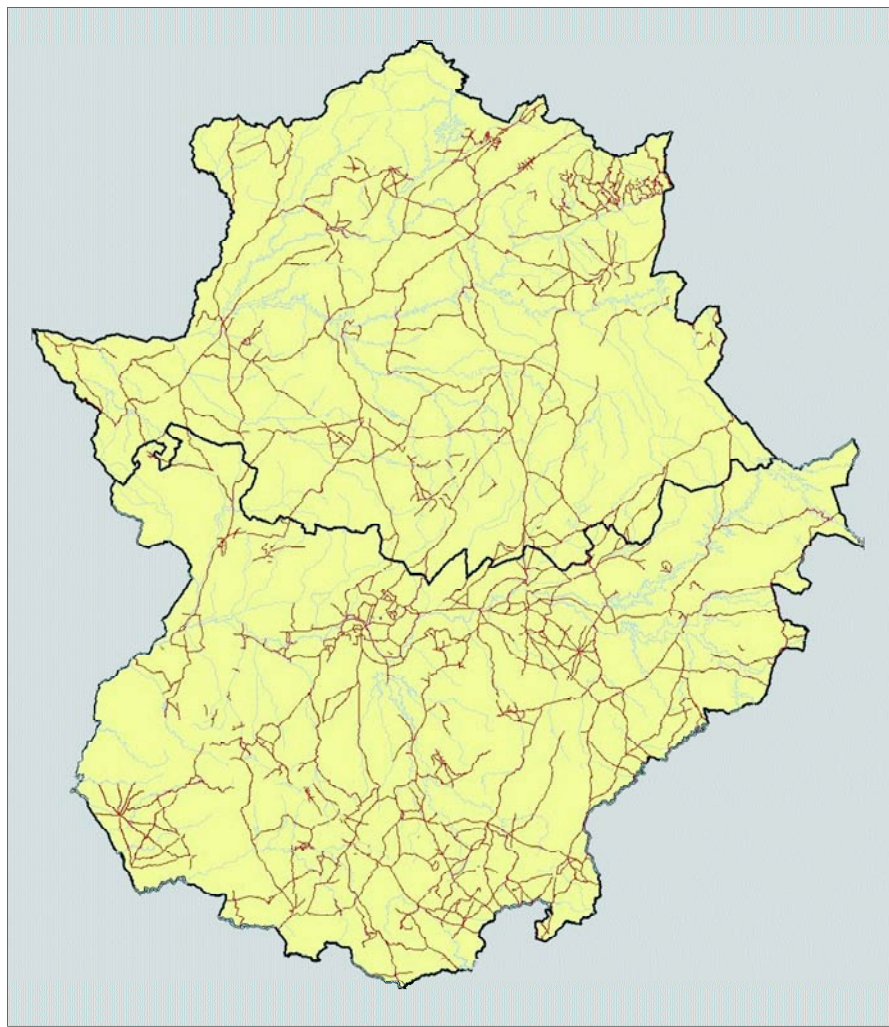


Figura 128. Red de vías pecuarias de Extremadura, que ha permitido a lo largo de siglos el movimiento de millones de cabezas de ganado de un extremo a otro de la geografía regional y nacional (Consejería de Medio Ambiente, Junta de Extremadura). La consolidación definitiva de esta red tuvo lugar de forma mayoritaria a la par que los primeros compases del proceso de reconquista. Desde principios del siglo XIII abundan las referencias al respecto, tanto por las invasiones que sufrían las cañadas al respecto, tanto por las invasiones que sufrían las cañadas como por los daños que ocasionaban los ganados en los términos colindantes a ellas, ya fueran bosques, viñas o sembrados.

son tan graves que obligan a estos ganaderos a solicitar el favor real. Los propios pastores también debían de soportar ataques violentos a sus ganados y personas a lo largo de las cañadas y en los extremos, lo que les llevaría organizarse entre sí para autoprotegerse (Bishko, 1982). Las bases de lo que será la trashumancia se sientan mediante la asociación de numerosas mestas locales. En cuanto al nombre de *mesta*, se han propuesto dos etimologías diferentes: mientras Klein (1936) considera que deriva del latín, con significado de *mezcla* (al mezclarse los ganados de varios pastores en un rebaño único), para Bishko (1963) el término procede del bereber *mechta*, que designaba los campamentos invernales de pastores trashumantes. Hacia 1260, los ganaderos solicitan al monarca el reconocimiento institucional de dicha asociación, verificado a través de un pacto que consagraba la protección de la Corona a cambio del pago de un importante montante a la hacienda regia (Rodríguez-Picavea, 2003). El amparo que los reyes proporcionaron para facilitar el movimiento de los ganados, y cuyos textos se han conservado, fue otorgado por Alfonso X en 1273 y 1276. El de la primera fecha supuso la creación del Honrado Concejo de la Mesta, al que se le dotará sucesivamente de privilegios frente a la agricultura y la ganadería local. Desde mediados del siglo XIII, el poder real activa y tutela una trashumancia de largo recorrido que trata de extenderse por los extremos al sur del Tajo, amenazando con una invasión pecuaria. Mediante órdenes reales, privilegios, cédulas y otros documentos los sucesivos monarcas ratificaron e incrementaron prerrogativas para crear una sólida estructura que dominará la vida agraria del país hasta el siglo XIX.

El proteccionismo brindado a esta actividad se pone de manifiesto en la Carta que el rey don Sancho dicta en 1285, instando a autoridades y recaudadores para que permitan el libre desplazamiento de los rebaños del obispo de Coria por todas las partes de la Corona (Martín Martín, 1989):

«Yo tengo por bien et mando que las yeguas e las vacas e las oveias e los puercos e las cabras e los otros ganados de don Alfonso [obispo de Coria] anden salvos e seguros por todas las partes de mios regnos, et pascan las yervas e bevan las aguas así como los mios mesmos. Et ellos non faciendo danno en vinnas nin en mieses nin en vertos nin en prado defesado de guadaña [...] Et mando que los sus pastores puedan cortar lenna e rama en los



Figura 129. Grandes extensiones de piornal (*Cytisus oromediterraneus*) en las zonas altas del Sistema Central. Desde el siglo XI, las áreas de cumbre fueron codiciadas por los ganaderos castellanos y leoneses como veranadero de sus ganados. A lo largo de esa centuria y de la siguiente, intensas quemas fueron eliminando los bosques de esas zonas altas y generando pastizales y matorrales que pudiera aprovechar el ganado. Hoy la disminución de la ganadería en esas zonas ha propiciado que el piornal se extienda sobre los antiguos prados y pastizales, dejando sin función los muros de piedra que los delimitaban.

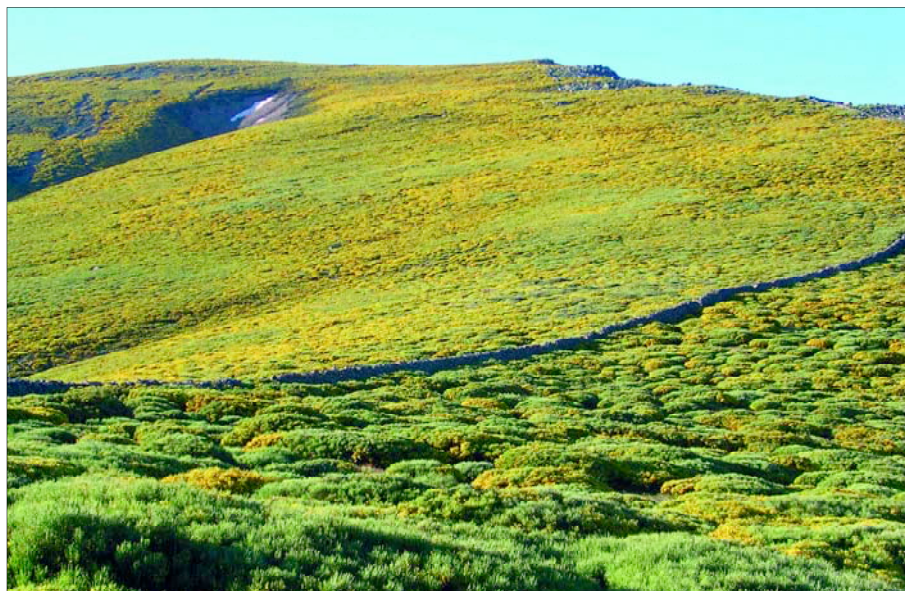


Figura 130. A finales del siglo XIV, el aumento de la circulación de los rebaños hacia los pastos invernales extremeños impulsó al arzobispo de Toledo a sustituir el viejo puente de madera de Azután por uno nuevo de piedra, imponente, sobre el Tajo. Precisamente la presencia del puente y los beneficios generados por la concentración del paso de los ganados llevaron al nacimiento y desarrollo del núcleo de Puente del Arzobispo. Dicho puente (en la imagen) aún permanece en pie, aunque ha perdido la parte superior de las dos torres que se alzaban en su centro y permitían controlar el paso y cobrar los derechos.



montes para cozer su pan para lo que ovieren mester, et para fazer puentes en los ríos en que passen ellos e sus ganados, e palos para sus redes e maços e tendales e estacas para sus tiendas e espantos para asar su carne et entremiso con sus pies para faser queso et para faser forados e colodras las que ovieren mester para sus cabañas, et vergas para pescar sus oveias et queseras para faser sus quesos et corteça para curtir su calçado e lo que mas cumplier e varas luengas para sacudir lande para sus puercos [...] e ninguno los preindra nin los embargue [...] tambien en las sierras como en los extremos»

Esta Carta de libertad de pastos, además señala las costumbres de los pastores en cuanto a la utilización de los bienes comunales, y supone un catálogo de los “usos indirectos” a que de facto estaban sometidos los montes a causa del paso de los ganados. Lejos de remitir, los conflictos con los concejos son continuos: en las Cortes de Burgos de 1315, en el cuaderno entregado al concejo de la ciudad de Plasencia se muestra que recibides grandes daños de los rebaños que van y vienen de los extremos, que salen de las cañadas antiguas y entran por los panes y por las viñas (Fernández, 1627). A pesar de ello, bajo la decidida protección real, las cabañas de los grandes propietarios no dejarían de aumentar, gracias a su incorporación al circuito trashumante, y a la existencia de un mercado que demandaba toda la producción, pues la calidad del vellón de la oveja merina permitió que fuera uno de los valores más cotizados de la bolsa de Amsterdam (Le Flem, 1975). El crecimiento de las cabañas no tuvo más límites que la existencia de pastos, lo que conllevó la reducción de los bosques en Sierras y Extremos para la obtención de eriales a pastos por el método que les dio el nombre.





Figura 131. Entre los siglos XV y XVI el Monasterio de Guadalupe se convertiría en uno de los mayores propietarios de ganado trashumante, llegando a poseer cerca de 50.000 ovejas. El efecto ecológico de tales rebaños no debe verse sólo en tierras extremeñas, donde invernaban, sino también en las montañas del norte en que veraneaban, y en las que siglos de trashumancia acabaron por erradicar la vegetación arbórea. Panorámica del valle de Casares de Arbás, en la comarca de La Tercia leonesa, una de las que servía de estivadero a los ganados del Monasterio.

Un ejemplo ilustrativo es el del Monasterio de Guadalupe (Llopis, 1990; Llopis y Pavón, 1999; Hontanilla, 2000). Poco después de señalar términos a la aldea de Guadalupe en 1338, Alfonso XI dota al santuario de importantes privilegios, como el de que sus ganados pudieran pasar y pastar libremente por todo el reino. En 1347, el rey manda a Trujillo y Talavera que permitan pastar en sus términos 800 vacas, 50 yeguas, 2000 ovejas y 500 puercos de la Iglesia de Guadalupe. En 1359 Pedro I ordena que los ganados de la Iglesia de Guadalupe anden libres por la Dehesa de su nombre, perteneciente a la villa de Talavera, mientras que en 1366 Enrique II ordena al concejo de Talavera que no entren con sus ganados en los términos propiedad de dicha Iglesia. Cuando en 1389 el priorato se convierte en monasterio de jerónimos, contaba con veinte dehesas y cinco granjas con más de cien bueyes de labor. A partir de 1440 parte de los rebaños de ovino realizaron una trashumancia estival de largo alcance, amparados en un privilegio de Juan II porque *en aquella tierra donde ha andado e anda el dicho ganado que se muere en cada año grant parte de ello [...] e que lo querían enviar a sierra en los veranos, esto porque dicen que asy se criará mejor* (Gerbet, 1991). Para ello en 1495 Manuel el Afortunado de Portugal les concedió pastos gratuitos en la Sierra de la Estrella, a unos 250 km, para 15.000 ovejas. De las poco más de mil ovejas con que contaban en 1389, pasan a superar las 20.000 siglo y medio después. Las donaciones se multiplican ascendiendo de forma continua hasta finales del XVI, y hacia 1624 los monjes poseerán sesenta dehesas fuera de Guadalupe, con una cabida de más de 5.700 vacas y casi 50.000 ovejas, que pasaban el verano en la montaña leonesa.

### LOS PRIMEROS ADEHESAMIENTOS Y LOS CONFLICTOS POR LA DISPONIBILIDAD DE PASTOS

La pujante ganadería contribuyó a atraer al territorio nuevos elementos sociales y a sustentar la riqueza de los términos. Pronto se detectan síntomas de enfrentamiento entre las cabañas trashumantes y la ganadería local, primeros actos de un conflicto que se prolongará por siglos. Tal debía de suceder en Cáceres, donde ya en 1255 se redacta el ya comentado y conocido como "Fuero de los Ganados", que supone una verdadera ordenación ganadera repleta de medidas protectoras de cara a la cabaña local estante frente a los ganados serranos (Floriano, 1959).

Los conflictos con los concejos y los ganaderos locales no se hacen esperar. Frente a los abusos de los mesteños y la parcialidad de los Alcaldes Entregadores de la Mesta, los concejos trataron de defenderse primero apresando a sus ganados *tan pronto como trocía moion* y entraban en pastos ajenos, como hacían en Cáceres los Caballeros de la Rafala (Floriano, 1959). Pero pronto se identifica a los adehesamientos como la mejor posibilidad legal de afrontar el problema. Aunque es un tema tratado de forma detallada en el capítulo introductorio, es conveniente recordar el significado que tenía la palabra "dehesa", que hoy identificamos con un determinado tipo de paisaje, de explotación o de estructura forestal, y que en aquellos momentos, en cambio, resultaba inmediata a su origen etimológico. Defessa significaba defensa, y defessar o hacer un adehesamiento, no era sino defen-



Figura 132. Fragmento de un cuadro del claustro del monasterio de Guadalupe, que representa el hallazgo de la imagen allí venerada. El segundo plano nos muestra la estructura del paisaje de las sierras del entorno, en el siglo XV-XVI. En él predominan los espacios abiertos de matorral en las zonas altas y pastizal en las áreas más llanas y bajas, en ocasiones con arbolado hueco de encinas o alcornoques. En algunas zonas de ladera se aprecian bosques más densos de robles u otras especies. El conjunto parece denotar una carga ganadera importante.



der, sustraer determinada porción de terreno del aprovechamiento común de sus pastos, reservándolo a determinados ganados o regulándolo de forma diferente al del resto del término, y en principio sin ninguna relación directa con la densidad del arbolado u otras características fisonómicas del predio (salvo la existencia de un estrato herbáceo de cierta entidad, aunque fuera estacionalmente). Con el avance de la reconquista, en la inmediatez de las nuevas ciudades iban estableciéndose dehesas para asegurar de forma exclusiva los mejores pastos para el ganado caballar utilizado en la guerra. En segunda instancia iban apareciendo nuevos tipos de dehesas, como las boyales para el ganado de labor, y las de carnicerías para el ganado de muerte destinado a consumo humano. Normalmente todas estas dehesas eran concejiles, y estaban establecidas y su uso regulado en los fueros fundacionales o en ampliaciones posteriores. En este contexto, la intromisión abusiva de los ganados trashumantes foráneos iría obligando a los concejos a solicitar del rey el establecimiento de nuevas dehesas, mediante cartas de adehesamiento específicas, para evitar una invasión que hiciera peligrar el mantenimiento de los ganados locales.

Así, además de las dehesas del concejo, el fuero de Plasencia establece a principios del siglo XIII la posibilidad de que los particulares "hagan dehesa" (Benavides, 1896), en determinado tipo de terrenos, debiéndola vallar para su defensa:

«Todo omme que en aldea fiziere defesa, fagala, a uso della aldea et si non uala. Et todo omme que defesa fiziere en frontera del exido o de carrera fagal ualadar aderredor, si non lo fiziere non coia delos dannadores pecho»

En 1256 el concejo de Trujillo se compromete a mantener sus defesas *libres e quietas*, y establece un juramento para que las guarden los *montaneros e defeseros*; además, permite que *los caballeros que puedan fazer prados defesas en las sus heredades conocidas pora sus bestias e pora sus ganados [...] con razon por que non venga daño a los pueblos* (Sánchez Rubio, 1992). El concejo de Cáceres establece hacia 1270 la dehesa de Zafra, al sur del Salor, y poco después la de Zafrilla y la Boyal. Sin embargo los mesteños invaden reiteradamente estas dehesas concejiles, incluso después del Mandato real expreso de obedecer las cartas de adehesamiento, y el propio rey en su paso por Cáceres en 1280 da poder a las autoridades de la villa para obligar a los pastores a cumplir tales órdenes por la fuerza (Floriano, 1959):

«A los entregadores de los pastores de tierra de León, salut e gracia, sepades que agora, quando yo vine por Caçeres, dixome el Conçejo quellos tyenen la Çafra e la Çafrilla por dehesas de coger lande todos aquellos que la quisieren coger [...] e que ponen y sus cotos para que les sean guardadas. E agora dicen que empero que y ponen sus cotos que les han menester pora guardallas, que no dexan por ello los omnes de fuera parte de meter y sus ganados [...] E esto yo vos mando, que aquellos cotos quellos pusieren en esta razón segund fue usado fasta aquí, que los fagades tener e guardar»

En esta situación, la próspera mesocracia ganadera, alentada por la inmigración nobiliaria, lleva pron-



*Figura 133. Esta imagen de la penillanura cacereña refleja los principales vectores de transformación del espacio medieval. Se aprecia una ancha cañada, por la que discurrían los copiosos rebaños castellanos que venían a veranear a las dehesas; en éstas se trata de mantener un arbolado claro de Quercus que dé abrigo, leña y bellota y permita el desarrollo del pasto; algunas son roturadas para el cultivo de cereal, mientras que en otras los frecuentes incendios han deparado un estrato arbustivo de jaral (el monte pardo); en muchas zonas la regeneración es nula, lo que deparará montes huecos en que las encinas cada vez serán menos frecuentes.*

to a iniciar procesos de adehesamientos en beneficio de particulares, a menudo a instancias de los favores prestados al poder real. Así, una carta de 8 de setiembre de 1291 de Sancho IV manda que le den dehesa en término de Cáceres a Alfón Pérez Golfín, canónigo de la Catedral de Coria y Juez del Rey, pareciendo que tal dehesa fue la llamada Casa Corchada, en la Sierra de San Pedro (Floriano, 1959).

En 1290 en Trujillo, Juan Rodríguez de la Rocha, alcalde del rey, redacta un Ordenamiento sobre cómo se han de gozar los ejidos, dehesas y heredamientos del término (Sánchez Rubio, 1992). En él pone de manifiesto una serie de patrones que se irán repitiendo en las diferentes normativas de los concejos de la región a lo largo del siglo XIV: el uso comunal de los montes del concejo y de los ejidos y en general de todas las zonas que no se labren ni adehesen; la posibilidad de establecer adehesamientos en determinadas zonas, siempre bajo concesión real o del propio concejo; y la prohibición a los ganados mesteños de salir de las cañadas e invadir tierras y dehesas:

- «Primeramente que todos los montes del concejo e los rios e las venaçiones que finquen libres e quitas para dicho concejo asy como manda su fuero e que ninguno non sea osado de tomar nin de librar ni fazer y dehesa apartada para si, mas que todos se aprovechen dellos comunamente»
- «E otrosi que aquel o aquellos que apartados ovieren fuera de los montes sobredichos segunt los deven aver con derecho aquellos que y moraren o fueren y herederos, que puedan y fazer sus dehesas para sus bueyes e que sean todas las dehesas ayuntadas en uno e tamañadas como manda el rey por sus cartas»
- «E del otro heredamiento que fincare que cada uno labre en lo suyo quanto pudiere labrar e todo lo que non fuere labrado que lo pascan comunal todos los que y moraren»
- «Otro si en todas las aldeas del termino que ninguno nos tome para sy nada nin faga labor en los exidos dellas mas que todos los exidos finquen libres para se aprovechar dellos comunamente todos los herederos e moradores »
- «E otrosi que los ganados estremeños que pasen por sus cañadas e ayan las yervas e bevan las aguas segunt el rey manda por sus cartas guardando todavia a cada uno sus labores e sus dehesas e prados como el rey ge lo manda guardar»

Las limitaciones a la posibilidad de adehesar para particulares se irán repitiendo en numerosos núcleos, temerosos de que, en pro del acrecentamiento de los patrimonios nobiliarios, se cercenen en exceso las posibilidades con que cuenta el campesinado para extender sus labores y apacentar sus ganados. Esto se manifiesta en la Carta del Rey don Sancho IV de 1291 que concede al Casar de Cáceres el privilegio de que nadie pudiese adehesar en media legua de terreno alrededor de dicho pueblo:

«Tenemos por bien, porque esta Aldea sobredicha non se yerme; y porque sea mejor poblada, que de aquí en adelante ningun ome non aya dehesa cerca desta Aldea a media legua en derredor del pueblo, por exido para criar sus ganados; e que les non entren hi otros ganados a pacer las yerbas contra sus voluntades; y por les hazer más bien [...] que en nin-



Figura 134. El precoz desarrollo ganadero en la región propició desde hace milenios el desarrollo de estirpes adaptadas al medio extremeño, y a los ecosistemas que el hombre iba creando. Por desgracia, muchas de esas variedades se han perdido o están a punto de hacerlo. En la imagen, un ejemplar de la raza Blanca Cacerña en las instalaciones del Censyra en Badajoz. Se trata de una raza especialmente adaptada a las condiciones de las dehesas y en concreto a superar el duro periodo de sequía estival, y que lleva varios decenios muy cerca de extinguirse.



guno de los heredamientos de los omes desta Aldea, otro ome ninguno de aquí en adelante non aya dehesa [...] y mandamos que entren los ganados de los omes, que moran esta Aldea, paciendo assí como solian ante que las dehesas hi fuesen dadas»

Los problemas con los mesteños, lejos de apaciguarse, se incrementan. En 1314, en carta de 25 de enero al concejo placentino, decía Alfonso XI:

«Pues en vuestro término hay cañadas ciertas y abiertas, por do pasan los ganados fuera parte, cuando van a los extremos y vienen dellos, y que ninguno los osa labrar ni cerrar, que los míos ganados [...] y de otros hombres cualesquier, que vayan por las cañadas, que no salgan ende, ni pasen por otros lugares de vuestros términos, porque no recibades dello daño en los panes, ni en los prados, ni en las vuestras dehesas»

Sin embargo tal orden no debía ser suficiente y continuaron los abusos, por lo que ese mismo año otra disposición real excluye a la ciudad y su tierra de la competencia de la Mesta:

«Por razón que Plasencia ha recibido muchas veces grandes daños y grandes afincamientos, sin razón, por los entregadores de los pastores, tengo por bien que en Plasencia, ni en su término, que no haya entregador de los pastores ni demandador de las dehesas»

De todos modos, continúan los abusos, que se reflejan a lo largo del siglo en numerosos pleitos, todos con sentencias favorables a Plasencia pero cuyo posterior cumplimiento es dudoso (Sánchez Loro, 1985). Estos abusos no se reducían a invadir el ganado foráneo las labores o las dehesas, y en algunos casos en que las cabañas de ganaderos locales iban alcanzando cierta importancia condujeron a un abierto conflicto por el uso de los recursos pascícolas. El maestro de la Orden de Santiago D. Pedro Fernández Cabeza de Vaca, indica en 1383 que (Moreno de Vargas, 1633):

«los homes buenos de Merida e de sus aldeas que se querellaron de los pastores de sus ganados e de los Comendadores e Fleyres e otros homes poderosos, que les fazian muchos males e daños en sus viñas e panes y en sus dehesas de los bueyes, e que ge los estravagan con los ganados que dezian era suyos, e de su Orden, e con los sus ganados. E otrosí, que les comían su bellota antes que fuesse desacotada, e que les quemavan la tierra para fazer granillo para los puercos; porque non avia hi donde passar con sus ganados e avian de comprar dehesas para ellos en otras partes fuera de nuestra tierra»

En realidad, según avanza el siglo XIV y en mayor medida en las zonas menos pobladas de la Baja Extremadura, se asiste a una modificación sustancial en el significado y uso del vocablo "dehesa". Si originalmente se utilizó para aludir a las tierras que se defendían del aprovechamiento general en beneficio del común, posteriormente irá designando a las heredades cuyo aprovechamiento se reserva para determinados ganados particulares y habitualmente foráneos, con la finalidad de dar un



Figura 135. Portada del Memorial correspondiente al pleito promovido desde 1705 a 1752 entre el concejo de Medellín y el Cabildo de la Iglesia placentina, sobre los diezmos de "las yerbas, glandes y bellota de las dehesas, cotos y ejidos". Los reiterados conflictos en torno a los derechos de pastoreo y de montanera en las dehesas y otras tierras concejiles ponen de manifiesto el elevado montante que implicaban sus arriendos, uno de los principales cimientos de la economía medieval.

uso a grandes extensiones de terreno infrautilizado, a modo de arrendamientos específicos para la pastura de ganados trashumantes en invernada.

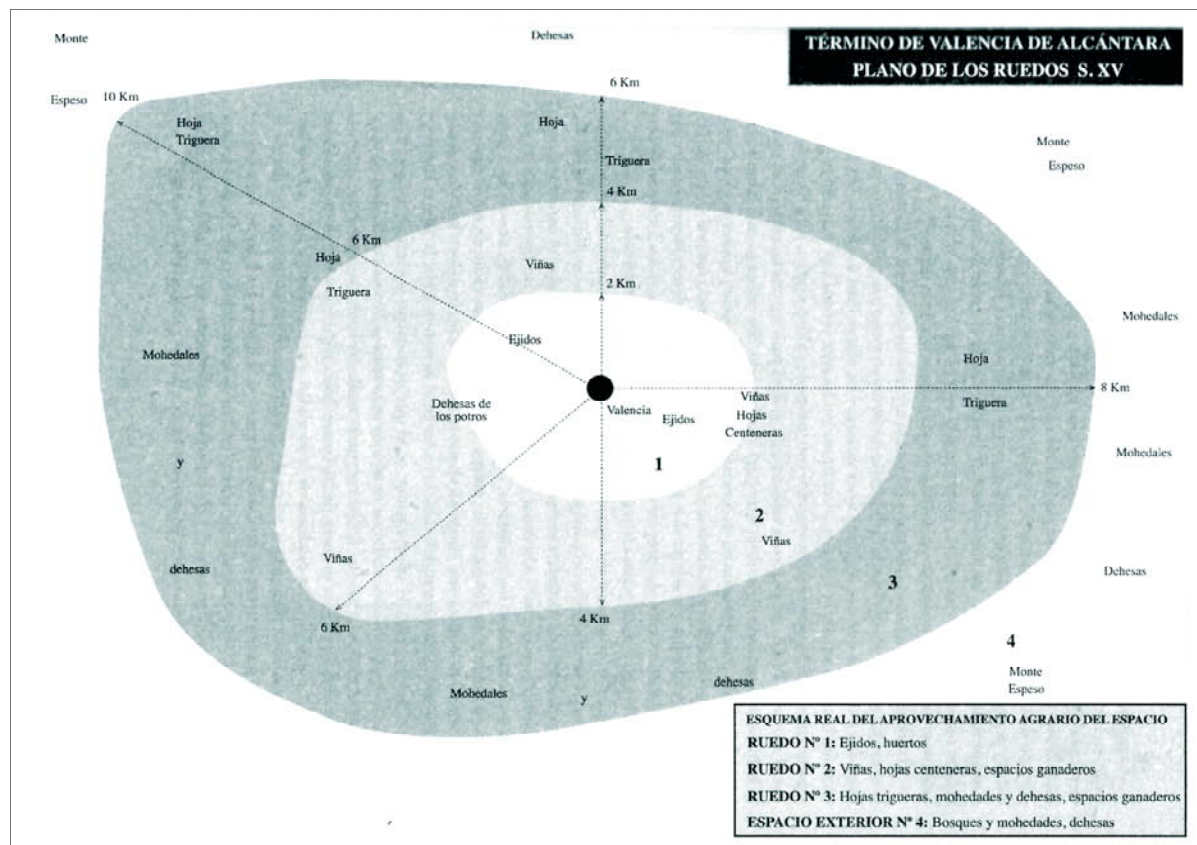
Los ingresos obtenidos por el arrendamiento de los pastos a ganados trashumantes fueron siendo cada vez más elevados, y constituyeron el cimiento de las economías señoriales y en ocasiones de los propios concejos, propietarios de la tierra pero que no solían participar en la trashumancia. Ello depararía un incremento constante en los adehesamientos, tanto de tierras comunales como privadas, a menudo mediante donaciones o usurpaciones, y sin una consideración previa de las necesidades a medio plazo del campesinado del término. Aunque por lo general los adehesamientos afectaban a terrenos baldíos, en ocasiones se establecieron a costa de tierras de labor. El poderoso influjo de la Mesta pudo llevar en muchos casos a limitar la expansión de los cultivos y el desarrollo de las ganaderías locales, de lo que se cuenta con numerosos ejemplos (Terés *et al.*, 1995; Martín Martín, 2005). En Plasencia, por ejemplo, en la dehesa de Hosada los señores que tenían hazas sembradas por terrazgos, rompieron las lindes para juntar las partes y hacer una dehesa de pasto. En Llerena las diez dehesas existentes eran aprovechadas por mesteños. En Mérida el ganado de vecinos representaba poco más que la vigésima parte del de la Mesta, que ocupaba las más y mejores dehesas. Incluso algunos ganaderos extremeños tuvieron que llevar sus ganados a invernar a Portugal, por estar las dehesas de sus términos reservadas a los ganaderos del Honrado Concejo.

### LA ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO RURAL: TERRAZGO Y PAISAJES

La utilización que los pobladores hicieron del espacio rural, regulado por los fueros o planificado por las Órdenes Militares, fijó las bases de la organización general de los paisajes. La enumeración de los diferentes tipos de uso del territorio fue temprana. Así lo refleja un reconocimiento dictado por Sancho IV al obispo de Coria en 1293, cuando indica que: *tenemos por bien que ayan parte en los montes et en los comunes et en los portiellos et en las defesas et en los pastos et en los sotos et en los exidos et en todas las otras cosas bien e conpridamiente* (Martín Martín, 1989). Poco después, la



Figura 136. Esquema del aprovechamiento agrario del espacio en Valencia de Alcántara, en el siglo XV (tomado de Bernal Estévez, 1998). En la generalidad de las localidades extremeñas de llanura el terrazgo agropecuario se organizaba en una suerte de círculos concéntricos, que se distinguían según las formas de propiedad y manejo. Si las zonas más próximas al pueblo se reservaban para huertos y ejidos, los bosques y los montes quedaban relegados a las áreas más distantes, del orden de 8 km en este caso. Viñas, Triguales, y algunas dehesas ocuparían áreas intermedias.



escritura de venta de la casa de Almaraz, en el Campo Arañuelo, en 1317, detalla los diversos aprovechamientos que se efectúan, recogiendo la diversidad de los mismos: *casas, tierras, viñas, ..., pastos, ..., dehesas, ejidos, montes, aguas, navas, huertas ..., valles y pedreras, caleras y sotos e con heredades de pan y pasto* (Ávila, 2004).

A partir de los núcleos de población que se van creando o reforzando, la influencia humana se deja sentir de forma centrífuga. Para apoyar cada proceso repoblador, el Maestre o el Concejo llevaban a cabo un reparto gratuito de tierras entre la primera oleada de pobladores. Éstos recibían unas unidades elementales de explotación para su uso mediante labrantío de cereal u otros cultivos, además de un derecho de aprovechamiento de los espacios comunales, como se estableció para Cáceres (Clemente Ramos, 1986; García Oliva, 1991). Dentro de dichos espacios comunales, entre los que se contaba el monte, se establecían terrenos de pasto común para el ganado de los vecinos, que recibían la denominación de ejidos, y también dehesas con el derecho de pasto reservado a determinado tipo de ganados. Nuevas oleadas repobladoras recibirían tierras a expensas del común, o incluso de una reserva específica concebida previsoriamente para tal fin, como sucedió en Mérida. Normalmente, además, era posible obtener permiso para roturar terrenos del común para labrantíos comunes o individuales, bajo una serie de limitaciones. La presión sobre los espacios comunes pronto va en aumento y se hace necesario reglamentar su uso. En algunos casos se reservan de forma explícita los ejidos para su uso libre común, prohibiéndose en ellos tanto labrar como hacer adehesamientos, permitiéndose sólo cultivos de escasa entidad en enclaves que deberán ser cerrados para evitar conflictos con los ganados: *Otrosi que el berrocal que es en derredor de la villa de Trujillo que finque libre e quito para exido de la villa e que ninguno non sea osado de fazer y lavor alguna nin dehesa salvo viñas e huertas que sean çerradas* (Ordenamiento de 1290; Sánchez Rubio, 1992). En otros casos, en cambio, se detalla la posibilidad de que los vecinos labren de forma comunal en los ejidos, intentando evitar que se produzcan apropiaciones individuales, mientras que los aprovechamientos forestales continúan siendo del común. Así lo dispone la sentencia de 1353 que delimita el ejido de Cañamero, *precisando que ninguno nin alguno non tenga nin pueda tener nin tome nin pueda tomar nin aya nin pueda aver en el dicho exido heredamiento de lavor nin de pasto apartado, mas que todo sea procomunal de todos los del dicho pueblo [...] para aprovechar en todo tiempo dende la lande e la madera e leña e cortido e caça e pescado e aguas e aves e venaçiones de todo el dicho exido* (Sánchez Rubio, 1992).

Las formas de ocupación del suelo se pueden equiparar a una sucesión de anillos concéntricos con distintos usos agrarios, diferente régimen de propiedad de la tierra y tamaños variables.

Normalmente, según nos alejamos de la población se pasaba de pequeñas propiedades particulares, a menudo cercadas y con explotación intensiva, a grandes predios abiertos, de propiedad comunal o señorial y con un régimen extensivo (Bernal Estévez, 1998). Se contraponen y separan por un lado las tierras abiertas con aprovechamiento agropecuario, como el cereal sujeto a la derrota de mieses, y por otro los cercados de aprovechamiento estrictamente agrícola (viñas y huertas) o pecuario (prados y alcáceres). En el estudiado caso de Plasencia, por ejemplo, esta secuencia iría encontrando primero huertas y frutales, a continuación viñedos, posteriormente linajes y cebadales y más allá trigales, a los que seguiría una interfaz en mosaico de terrenos labrados alternando con bosquetes de arbolado para dar finalmente paso a matorrales y bosques, algunos densos como las mohedas y otros aclarados como las *dehesas* (Santos Canalejo, 1986). En algunas comarcas aparecen otras denominaciones específicas como los *alijares* y los *enjugaderos*. Los primeros eran terrenos inicialmente poco aptos para labor y que se reservaban para pastos en común, en especial para cabrío, aprovechamiento de árboles y arbustos y posadas de colmenas, mientras que los segundos se reservaban para arriendo a ganado forastero e incluían instalaciones fijas como establos, zahúrdas y chiviles (Hontanilla, 2000).

El modelo de desarrollo y uso del suelo, aunque a diferentes escalas y con variados ritmos, es similar en la práctica totalidad del territorio extremeño, a excepción de las áreas serranas y montañosas, y se mantendrá con pocos cambios en la edad moderna (Clemente Ramos, 2005a). La preponderancia ganadera se traduce en el mantenimiento de importantes superficies de pastizales, eriales a pasto y dehesas; en la agricultura dominan las formas extensivas, principalmente cereal y vid, mientras que el policultivo queda confinado a las huertas y espacios cercados en torno a las poblaciones; en tierras cerealistas más o menos fértiles la rotación bienal o de año y vez es la habitual. En las zonas de montaña este modelo se matiza por la mayor importancia de policultivos que integran diferentes tipos de arbolado, fundamentalmente higueras y castaños, aunque también nogales o perales y de forma más localizada, pero creciente a partir del XV, olivos y cítricos. En cuanto al régimen de propiedad, destaca el peso de las servidumbres colectivas: la propiedad comunal de dehesas y hojas de cereal a menudo es la parte más importante del espacio cultivado. Por otra parte, en el régimen normal de aprovechamiento de las dehesas se consideraba el pasto como elemento privativo (del dueño o del arrendador), mientras que el uso de los demás recursos (pesca, caza, madera, leña, bellota) correspondía al común de forma colectiva, salvo en las dehesas dehesadas, de disfrute estrictamente individual. Así sucedía, por ejemplo, en la tierra de Cáceres, cuyo concejo en 1490 reclama en el pleito que le enfrenta al maestre de Santiago su *derecho e posesión e uso e costumbre de cortar madera e lena e comer e acotar e desacotar la vellota e caçar e montear e beber las aguas e pescar como en los otros terminos e dehesas de la dicha villa de Caceres*. Este carácter de comunalismo que grava determinado tipo de usos de cuantos se desarrollan sobre dehesas de particulares, en ocasiones afecta a todos salvo a los del pasto por ganado ovicaprino o bovino, que se mantienen privativos. Así lo dispone una sentencia de 1488 (Ordenanzas, 1767, título 32, cap. 1) para las dehesas del término de la ciudad de Badajoz:

«los Vecinos de esta Ciudad podrían libremente cortar en ellas Leña, y Madera para sus usos, coger la Bellota y comerla con sus Puercos, pacerlas con sus bestias de Silla y de Albarda, segar cuanta Yerva en ellas hubiesse para sus casas y para vender, quando y como quisiesen: caçar, pescar, beber todas las Aguas, sacar Muelas para los Molinos y Aceñas: fabricar Hornos y Cal, usando para ello de las Pedreras [...] mandando no se inquietasse ni perturbasse a los Vecinos en la possession inmemorial que tenían de los expresados aprovechamientos»

Se puede considerar que este esquema básico para la organización del terrazgo estaría plenamente asentado en el entorno de cada población del orden de cien años tras la fundación o reorganización de ésta. Esto equivaldría al intervalo entre 1300 y 1400, para la generalidad del territorio extremeño, al margen de los enclaves de colonización más tardía. En siglos sucesivos este esquema apenas variaría en sus líneas generales, pero sufrirá modificaciones como consecuencia del incremento demográfico, que se manifiestan en tres procesos básicos: incremento de las parcelaciones y apropiaciones individuales del común; extensión de las roturaciones de montes y dehesas para la labranza; y degradación y rarefacción de las formaciones arboladas, quedando las remanentes cada vez más alejadas de los pueblos.

Clemente Ramos (2005a) describe y detalla este modelo organizativo, denominándolo *terrazgo agropecuario medieval*. Lo divide en tres círculos o sectores, caracterizados por el tipo de tierras y la forma de manejo. Así, el primer círculo estaría constituido esencialmente por ejidos y espacios cercados. Se trataría inicialmente de un espacio pecuario (*ejido ansarero*) reservado para ganadería veci-



Figura 137. Cerramientos antiguos (tapia de barro) y modernos (cercas de alambre) delimitando diferentes propiedades y diversos usos del terreno, entre Retamal y Hornachos. A finales del siglo XIV estaban ya generalizados los cierres en las áreas más próximas a los pueblos, motivados sobre todo por la necesidad de proteger del ganado viñas, huertas y prados. En algunas áreas predominaban los cierres de material vegetal (bardales), pero en otras eran de tapial o de piedras.



nal de autoconsumo en el que estaba prohibida la apropiación de terrenos para la labranza, salvo viñas y huertas cerradas. Pronto se generalizan las cercas para huertas, viñas o alcáceres-prados, a menudo de setos vegetales (*bardos o bardales*) pero en ocasiones de piedra, como se documenta en Valencia de Alcántara (Bohórquez, 1982):

«Las personas que tienen e tovieran huertas [...] las tapen e çierren redondamente por tal manera quel tapio [...] sea de piedra o de tapia en que aya çinco palmos de altura y tres palmos de ancho»

Desde finales del XIV estos espacios serían objeto frecuente de invasiones para la labranza, y transmiten, como en el caso de Cáceres, la imagen de una densa ocupación, con mezcla abigarrada de cultivos cercados y pequeños caminos obligados para la entrada y salida a las explotaciones y que son objeto de intentos de intrusión (García Oliva, 1988). El segundo círculo lo constituiría una matriz de tierras de cereal, salpicadas de pagos de viñas y espacios colectivos: dehesas boyales, de los caballos y de las carnicerías. La propiedad de estos pagos cerealistas, separados por *entrepaines*, es también de tipo comunal, tal vez derivada de la puesta en cultivo de espacios baldíos anteriormente de dedicación ganadera sobre los que se impone un sistema de rotación en general bienal. Finalmente el tercer círculo lo compondrían dehesas extravecinales, espacios agrarios marginales y montes. Las grandes cabañas ganaderas, trashumantes o no, aprovecharían el pasto de las dehesas, correspondiendo a los vecinos su uso forestal. Al margen de las dehesas, montes y baldíos poseían un importante valor de reserva de tierras, una opción de mejorar la situación del campesinado, convirtiéndose en horizontes de conquista agraria mediante la ejecución de rozas, o en pasto extemporáneo de ganados locales, principalmente cabrios. Los fuegos asociados a estas actividades les darían en general un aspecto que les valdría el nombre de monte pardo: renuevos de monte bravo y árboles remanentes en una matriz de abundante matorral pirófito. Como contraposición, las dehesas presentarían una estructura generalizada de monte hueco, mientras que el bosque denso habría quedado recluido a las áreas montañosas o a determinados enclaves en ubicaciones, propiedades o sustratos específicos. En las zonas más alejadas de las villas se produce una especial concentración de montes bravos, como en Valencia de Alcántara (Bohórquez, 1982):

«Porque alderredor de los terminos de la dicha villa e dentro dellos ay muchas sierras e montes bravos y xarales que parte e confynan con los lugares y villas y dehesas y ay mas adentro en el termino otras tierras ocupadas de montes breçales, xarales y otros montes»

A partir de los datos contenidos en las Ordenanzas de esta última localidad, Bernal Estévez (1998) ha realizado un estudio preciso de las extensiones de cada uno de los anillos en que se organiza el terrazgo. Huertas, ejidos y la dehesa de los potros se situaban en un radio de dos kilómetros, mientras que entre cuatro y seis aparecían los frutales, las viñas y tres hojas centeneras y una triguera, separadas por baldíos comunales de aprovechamiento ganadero y monte. A partir de los seis kilómetros y hasta los diez se sitúan las restantes hojas trigueras junto con las dehesas, mohedales y mon-



*Figura 138. Vista de Puebla de Alcocer y su término. Las áreas más inmediatas a la población fueron tempranamente objeto de parcelación individual para huertas, viñas y prados, dando como resultado una matriz de espacios cercados surcada por un red radial de caminos y cañadas. Más allá de este primer círculo se extendían los espacios comunales, fundamentalmente hojas de labor y dehesas de pasto. Con el paso de los siglos, este segundo círculo sufriría un proceso de apropiación para cultivos o pastos, que depararía predios abiertos y mucho más extensos.*

tes de *arvoles crecidos y espesos*, como el Carballar o el Carrascal. A partir de esas distancias la labor agrícola se complicaba pues obligaba a desplazamientos estacionales con permanencia en la zona, como sucedía en Medellín.

Este modelo general será objeto de algunas modificaciones cuantitativas a lo largo de los siglos siguientes. En concreto, el fuerte crecimiento demográfico que experimenta la población extremeña desde mediados del siglo XIV se traducirá en un “hambre de tierras” que impulsará los procesos de roturación y multiplicará los conflictos por el uso de los recursos. Empiezan entonces a documentarse de forma abundante otros tipos de manejo como las hojas de cultivo y la derrota de mieses, y proliferan las dehesas boyales destinadas al sostenimiento del ganado de labor. Pero el acceso a la tierra iría siendo cada vez más gravoso, empezando a resultar un recurso escaso, debido tanto al crecimiento continuo del sector campesino como a la creciente cantidad de tierras que se explotan para la ganadería trashumante mediante el arriendo de las reservas señoriales (Clemente Ramos, 2004a). A esto se uniría, especialmente en los dominios señoriales y maestres, un proceso de privatización de tierras comunes a partir de la fórmula indicada de los adehesamientos. En Montemolín, por ejemplo, una dehesa boyal que era de uso colectivo en 1311 aparece luego como privada, y de hecho se registra su venta, a lo largo del siglo XV (Bernal Estévez, 2000). En ocasiones estas dehesas, merced a su gran extensión y a su lejanía de los núcleos habitados, adquirirían carácter de unidad económica y espacial compleja, apreciándose a su alrededor una organización del terrazgo propia y análoga al modelo principal descrito para los pueblos. Así, en 1384 se vende la del Arroyo de los Puercos, en Medellín, con sus montes, ríos, pastos, ejidos, tierras calvas, etc. (Cerro Herranz, 1987).

### **EL CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y LA PENURIA DE TIERRAS**

A lo largo del siglo XV se verifica en Extremadura un crecimiento demográfico intenso, cuyas consecuencias se harán patentes a partir de 1420. Tras un parón a principios del siglo XVI, motivado por malas cosechas y varias epidemias de peste, el crecimiento se relanzará en la segunda mitad del XVI. En ese lapso, por ejemplo, Magacela casi triplicó su población, alcanzando una cota que no se volvería a superar hasta mediados del siglo XX (Miranda, 2003). La cabaña ganadera no deja de crecer y demanda cada vez más pastizales, mientras que la necesidad de roturar nuevas tierras alcanzará niveles acuciantes. Ello se traducirá en procesos como la generalización de los conflictos entre agricultura y ganadería, la rarefacción de los recursos forestales, la proliferación de dehesas boyales o el retroceso de los herbívoros salvajes. En los labrantíos comunales de los ejidos y baldíos comienza a documentarse el desarrollo de las hojas, que permiten el aprovechamiento colectivo de las rastrojeras



Figura 139. Dehesa hueca de encinas, labrada y parcelada, en las proximidades de Zalamea de la Serena. En el último tercio del siglo XV, se produjo en Extremadura un considerable auge demográfico, que determinó la puesta en cultivo de nuevas tierras por la acuciante falta de pan. En muchas localidades, esa extensión de los labrantíos se hizo a expensas de las dehesas concejiles o señoriales, que resultaron invadidas y aradas por los vecinos. En la mayor parte de los casos, tales invasiones fueron legalizadas, y originaron intensos conflictos con las actividades ganaderas.



mediante la derrota de mieses. Las fuentes documentales transmiten una imagen global de presión sobre los recursos, por necesidad de puesta en cultivo de nuevas tierras o por la sobreexplotación de la caza o el bosque. Éste irá pasando de generalmente presente a escaso, lo que dará lugar a la proliferación de ordenanzas que tratan de impedir su desaparición (Clemente Ramos, 2001 y 2005a).

En las tierras de la Baja Extremadura en poder de las Órdenes Militares, se asiste a una segunda fase de constitución de núcleos de población, que provocaron problemas al reclamar el espacio vital suficiente para mantener sus ganados y bestias de labor. En otras zonas, ya desde finales del siglo XIV se apreciaban indicios de la falta de tierras labrantías, cuya producción no resultara suficiente para abastecer de pan una población en aumento. El modelo de organización del terrazgo imperante cuenta con poca superficie disponible para roturar en las proximidades de los núcleos, salvo que se invadan ejidos y dehesas o se desplace la carga de las labranzas en forma de rozas sobre baldíos de monte más o menos alejados. En 1380 los labradores pecheros de Trujillo solicitan al concejo que desacote el ejido del berrocal, donde sólo se permite labrar a algunos poderosos (Sánchez Rubio, 1992):

«el dicho berrocal es muy provechoso para esta villa quando se labra. Por lo que vos pedimos que mandedes desacotar el dicho berrocal [...] e que tiredes e fagades tirar el dicho embargo por que todos los vecinos e moradores desta dicha villa puedan labrar por pan e pasçer con sus ganados en el dicho berrocal syn embargo alguno»

Durante la segunda mitad del siglo XV, la expansión de las roturaciones da lugar a conflictos entre jurisdicciones y entre los usos agrícolas y ganaderos. Clemente Ramos (2005b) recoge varios de los documentados en la tierra de Galisteo. Según el acuerdo que poco después de 1470 establecieron el Conde de Osorno y la aldea de Carcaboso, ésta obtuvo permiso para roturar unas 200 ha, el 10 por ciento del término de la población, que en 1531 albergaba a 27 vecinos. Desde 1498 hay noticias del conflicto que enfrentó a los concejos de dicha tierra frente al dicho Conde, pues los primeros se quejan de haber recibido violencias por haber sembrado terrenos: *los labraron e an labrado e roçado e senbrado de mas de un año a esta parte*. Una sentencia de 1499 señala que *los dichos conçejos no pudieron ronper de nuevo lo que ronpieron e [...] que de aqui adelante non rompan ni aren de nuevo en los dichos terminos e baldios conçejeiles*. Se estima en 3.500 ha lo roturado nuevo en sólo ese lapso, para una jurisdicción de algo más de 45.000 ha. En 1503 el procurador de la tierra protesta ante el alcalde de Galisteo porque el concejo de Valdeobispo había labrado y roturado *las tierras que nunca fueron rotas*, incluso *todas las entradas y salidas de los bevederos de los ganados*. En 1491 el concejo de Badajoz se ve obligado a ceder parcelas a particulares durante tres años, con la condición de que les dieran exclusivamente un uso agrícola, y las Ordenanzas de la ciudad se centran en tratar de conjugar los usos agrícolas con los ganaderos (Martín Martín, 2001). También a la última década del XV corresponden disposiciones como la que establecía la posibilidad de cultivar un “quarto” de la dehesa en Tierra placentina, es decir, la cuarta parte de cada una de las dehesas existentes (Santos Canalejo, 1986), o la que regulaba la labranza en cuatro hojas de las dehesas comunales de Zafra y Zafrilla, en la Tierra de Cáceres (Pereira, 1990). Casi todas las ordenanzas de la época hacen hincapié en lo que llamaban *arrayar las dehesas*.



Figura 140. Los conflictos por la roturación de dehesas de pasto fueron frecuentes. En la imagen, óleo correspondiente al pleito de la ciudad de Plasencia con algunos vecinos de Serradilla y con el obispo de Plasencia, sobre roturación y labranza de la dehesa de la Jerera, terreno baldío y de pasto de dicha ciudad. Las actuaciones denunciadas incluyeron tala de encinas y alcornoques y cambios en la posición de hitos y mojones (Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, 661-óleos 31). El arbolado parece especialmente escaso, especialmente en las áreas más llanas y de mejor pasto, en las zonas bajas próximas a los arroyos. De hecho, los propios árboles son utilizados como mojones. La dehesa está separada de la colindante mediante un cerramiento vegetal (a la derecha).

Los casos de invasión de tierras para su cultivo se multiplican por doquier. En 1434 se denuncia la invasión de la dehesa boyal de Albarregas, en Mérida, *la qual por estar situada muy çerca se labra e cogen en ella pan, trigo e çeuada* (Carta de los visitadores de Álvaro de Luna como administrador de la Orden, en AMM, leg 1, doc 8); viendo que estaba sembrada y barbechada la mitad de su superficie, los visitadores, en lugar de expulsar a los ocupantes, deciden ampliar la dehesa a costa de los montes del concejo, y proceden a acensuar la superficie ocupada, legalizando la invasión, porque *no tyenen logar para sostenimiento e mantenimiento de los dichos bueyes en que des que viene el tyenpo de senbrar de los panes estan muy flacos por mengua de pastos e se les mueren de lo que vernía grand daño a ellos e a la Mesa Maestral a quien pertenecía el diezmo* (Rodríguez Blanco, 1985). Estas ocupaciones de dehesas se revelan como un proceso relativamente común, como la realizada en los años previos a 1480 por los vecinos de Almoharín en los baldíos de Montánchez, o desde 1469 por los de Montemolín en heredades de La Puebla del Maestre, o en 1498 al entrar los vecinos de Los Santos de Maimona a hacer labranzas en el Encinal de Ribera, o cuando los vecinos de Mirandilla ocupan la dehesa de Cornalvo, de propios del concejo emeritense (Rodríguez Blanco, 1985). Estos casos ponen de manifiesto una necesidad acuciante de tierras para sembrar pan para el alimento de una población en franca alza. Las relaciones entre los vecinos de Alía, Castilblanco y Valdecaballero, los tres lugares de la Dehesa de los Guadalupe y usuarios principales de sus aprovechamientos, con sus sucesivos propietarios durante más de cuatro siglos, fueron la historia de una pugna continuada para conseguir aquellos cada vez más terreno de labor de pan y viñas, y éstos la conservación de los pastos y arbolado para su principal riqueza, el ganado lanar y de cerda (Hontanilla, 2000). En 1480 el concejo de Trujillo trata de oponerse a la decisión de la reina Isabel de ratificar la prebenda de Juan II por la que el Monasterio de Guadalupe tendría licencia para sacar del término de aquella ciudad todo género de productos forestales, especialmente de los términos de Cañamero, Logrosán y Berzocana, defendiendo su posición en el mal estado de dichos montes. La respuesta de la católica reina no se hace esperar y es tan contundente como la imagen que la Historia nos ha guardado de ella (Sánchez Rubio, 1992):

«si fasta las casas de Cañamero esta talado el dicho monte seria porque vosotros mismos arrayays y desmontays los dichos aderredores de vuestros exidos y dehesas y labranças, que ansi los hazeyz cada dia e cada año, [...] porque en los tienpos pasados heran poco temidos los reyes y su justicia».



Según se va completando la roturación de los ejidos y dehesas, en la medida en que las necesidades de la ganadería lo permiten, la presión agrícola se va desplazando hacia zonas de monte más alejadas. A diferencia del caso anterior, estas actuaciones se desarrollan de forma individual, y por lo general su realización en las condiciones marcadas por el concejo supone *de facto* la concesión del arrendamiento de las parcelas roturadas por un número de años determinado. En las ordenanzas de Galisteo de 1531, por ejemplo (Clemente Ramos, 2001), este es el procedimiento para ganar la posesión de tierras *allende el río*, donde *ay matorrales e carrascales y jarales muy montuosos que segund la disposiçion dellos tienen mucho coste en el rompimiento y para gozarle solo un año no avia quien le rompiese o desquajase*. Este plazo oscila desde los seis años dispuestos en Valencia de Alcántara para las roturaciones en los *xarales y sierras e montes bravos*, o los dos años si se trataba de posíos sin monte, hasta los cuarenta y cuatro que dispone Berzocana (Clemente Ramos, 2005a). En las ordenanzas de 1493 de esta última localidad relativas específicamente a esta cuestión se establecen las condiciones sobre la forma y tiempo de disfrute de las mismas (Sánchez Rubio, 1992):

«que todos los vecinos e moradores en este logar que tomaron o tomaren roças [...] que goze de la tal roça veynte e dos años de pan levar, con los años que fueron a la carpynteria, en manera que, según solemos labrar a año e vez, son quarenta e quatro años los que cada uno ha de tener la tal roça. E después que cada una de las dichas roças oviere conplido los dichos quarenta e quatro años, que se torne a conçejo e qualquier que la tal roça tomare que la ponga en obra desde el día que la tomare fasta año e día con bueyes e arado e açadon e seguron sy lo oviere menester, e sy por ventura en el dicho termino no lo fiziere según que dicho es, que otro qualquier pueda entrar en ello pasado el dicho año e día, aunque lo tenga amojonado e señalado e arboles ençernadados [...] Otrosi ordenamos que qualquiera que arare prado o cañada, que non la tenga por roça salvo que entre en quadrilla e que aunque la tenga registrada que el registro sea ninguno»

Solía ser habitual que las rozas se ejecutaran preferentemente sobre áreas concretas más o menos alejadas de la población y cubiertas por monte espeso. Concejos y maestros trataban de fomentar la generalización de las rozas en determinadas zonas despobladas, pues suponían un paso más en la colonización del territorio. En Cáceres, por ejemplo, a finales del siglo XV y principios del XVI se desarrolla un auténtico frente de conquista agraria en la sierra de San Pedro (Clemente Ramos, 2005a). La actividad debió de ser tan intensa a fines del XV que entró en conflicto con el uso de los pastos, y la villa decidió que no se labrase *campo raso en que puedan pastar ganados, permitiéndose la roturación sólo de los xarales adentro, en lo aspero e bravo de los montes della*, pudiendo ser poseídas por cinco años y pasando después a aprovechamiento ganadero (García Oliva, 1988). El auge roturador en la comarca se mantuvo durante el XVI, creándose la aldea del Zángano (después Puebla de Obando) por Real Provisión de Carlos V en 1523. Unas Ordenanzas específicas de dicha Sierra regulaban los *asientos de labranzas*, propiedades del Concejo en que los labradores tienen derecho de usufructo sin limitación temporal alguna e incluso con herencia, exigiéndose a cambio sólo su cultivo efectivo y el pago de una renta (Pereira, 1990). Mientras tanto, Mérida trataba de asegurar su jurisdicción sobre parte de la misma sierra, promoviendo nuevos asentamientos en las proximidades (Carmonita, Cordobilla y La Nava) y entregando tierras de los baldíos a todo vecino que lo solicitara, con una triple función económica, social y estratégica (Rodríguez Blanco, 1985).

La ejecución de estas rozas sobre monte resultaba costosa, y el fuego era la herramienta más utilizada para despejar el terreno antes de ararlo, así como para practicar la ancestral técnica del “cultivo sobre cenizas”. Frecuentemente ese mismo fuego o el que se prendía cada año para quemar los restos de la cosecha anterior se escapaban fuera de la parcela rozada y afectaban a otras superficies boscosas. La fertilidad de los suelos disminuía rápidamente en pocos años, lo que unido a la lejanía de las áreas de roza respecto del núcleo de población, a menudo conducía a que se abandonaran en un plazo de pocos años, siendo reemplazadas por otras nuevas. En estos casos, la recolonización del terreno que el monte había perdido corría a cargo de especies capaces de rebrotar de raíz, como la encina, o de dispersar una ingente cantidad de semillas cuya germinación se viera favorecida por el fuego, como las jaras. El resultado, si mediaban décadas de recuperación tras el abandono, podía volver a ser una formación boscosa, pero más empobrecida que la precedente y con una estructura más combustible por la presencia del estrato de matorral pirófito.

En ocasiones, cuando había disponibilidad de bienes comunales, los mismos maestros o los propios concejos proporcionaban tierras para sembrar a sus vecinos. El mayor movimiento de distribución de tierras comunales se da en Mérida, donde tras la petición de los vecinos en 1504 comienzan las particiones a vista de sexmeros, concentradas en los alrededores de La Nava y de Almendralejo. En apenas un año se conceden cientos de tierras de monte bravo, en su mayoría para cultivo de cereal pero

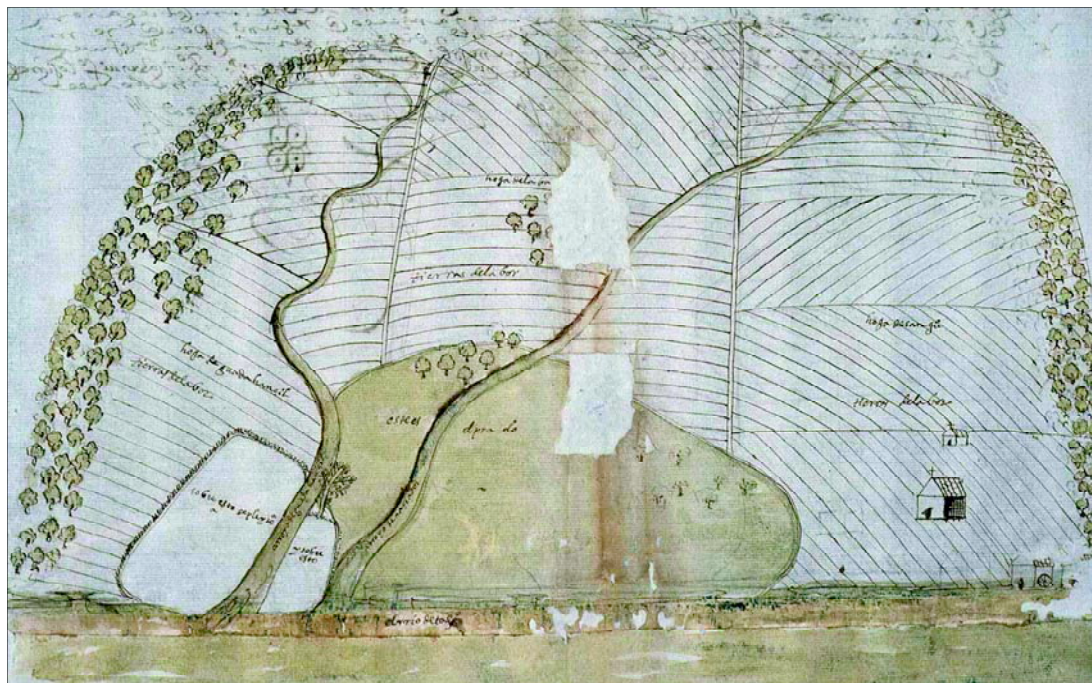


Figura 141. Plano sobre el pleito entre Pedro González de Ocón y el concejo de Puebla de Naciados por el aprovechamiento de una dehesa, en 1625 (Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, PyD 551). Se aprecia como la dehesa estaba casi en su totalidad dividida en hojas de labor, manteniéndose el arbolado en sus márgenes, más accidentadas. El pleito se centra sobre los prados de la parte inferior del croquis, uno de ellos cerrado con estacas. Los conflictos entre usos agrícolas y ganaderos en las dehesas serían habituales en las edades media y moderna, y de ellos el árbol sería el principal perdedor.

también para molinos y suertes de vid. Se da un plazo de tres años para que la roturación se haga efectiva, y luego el plazo se rebaja a dos. En apenas siete años, de 1494 a 1501, la producción de cereal por hectárea de término ascendió en torno a un 20 por ciento (Rodríguez Blanco, 1985).

Cada incremento de la superficie a roturar requería de otro paralelo de los bueyes encargados de realizar la labor, y por tanto de las superficies destinadas a dehesas boyales. De forma indirecta, las sucesivas ampliaciones de éstas constituyen un indicador de la superficie labrada y de las tendencias demográficas. En esa línea, Clemente Ramos (2005a) cita el caso del Marchagaz, pequeña aldea de la tierra de Coria cuyos 13 vecinos solicitan en 1519 una dehesa para sus bueyes; el Duque de Alba les concede 25 fanegas, pero se ven obligados a ampliarla poco después: *e que después aca el dicho lugar a crescido en tanta cantidad e vecinos e bueyes de labor que lo que entonces se les dio hera tan poca para sustentamiento de su boyada que se les morian los bueyes* (AHP Cáceres, Coria, caja 7, 1537, fol 1). Otro ejemplo es el de Villafranca de los Barros (Solís, 1982). A mediados del siglo XV Enrique IV dona a la villa la dehesa del Hinojal para que se apaciente al ganado de labor, porque:

«el lugar de poco a esta parte se ha poblado de muchos más vecinos que en ella solían vivir e morar [...] ya pasa de cien vecinos en lugar de cincuenta que tenía [...] tenuta por dehesa e que los vecinos e moradores del dicho lugar e los guardas que en ella pusieren, puedan preñar e llevar prendas e calumnias a los que paciesen e bebiesen las aguas de ella con sus ganados que no sean los vecinos e moradores del dicho lugar»

### EL APROVECHAMIENTO GANADERO DE LAS DEHESAS Y LOS CONFLICTOS CON LA AGRICULTURA

Inevitablemente, el incremento de las superficies cultivadas tuvo como efecto la disminución de las pastables y la proliferación de conflictos con la actividad ganadera. Éstos últimos irían cobrando especial virulencia en lo que respecta a las cabañas trashumantes, revelando además un problema social.

La entidad de la ganadería trashumante, amparada en el poder del Concejo de la Mesta, no había dejado de crecer desde el siglo XIII. En 1477, pasaron por los puertos de Candeleda y Ramacastañas unas 70.000 cabezas de ganado; en 1563, la suma de esas cifras se elevaba a casi 300.000 (Merino Álvarez, 1926). La cabaña invernante llegó a alcanzar los tres millones de ovejas (Clemente Ramos, 1997). El valor económico y estratégico que representaban los pastos llevó a continuos procesos de adehesamiento, especialmente intensos en algunas villas de régimen señorial. Tal sucedió, por ejemplo, en la Tierra de Plasencia en la época de dominio de los Zúñiga, lo que llevó a dicha Tierra a presentar un Memorial de Agravios en el que se constataba dicho proceso, en concreto el caso de la Dehesa de Hosada antes comentado (Santos Canalejo, 1986). Los propios vecinos tuvieron que registrar sus ganados para pastar en los montes concejiles (comunes y baldíos) de Plasencia, y las dehesas dedicadas al ganado propio disminuyeron en número y extensión, acrecentándose en cambio las



Figura 142. Pastizales des-  
arbolados en Villarta de los  
Montes, donde sólo una  
encina solitaria en el hori-  
zonte atestigua un pasado  
forestal del lugar. Algunas  
comarcas como La Serena  
o el partido de Herrera del  
Duque se convirtieron  
tempranamente en renom-  
brados invernaderos para  
la cabaña trashumante.  
En tierras de suelo escaso  
como éstas, el uso gana-  
dero continuado e intenso  
a lo largo de siglos deparó  
la formación de ricos  
pastizales, pero resultó  
incompatible con la  
necesaria renovación del  
arbolado.



destinadas a ser los “extremos” del ganado trashumante, repercutiendo ello desfavorablemente sobre el de la Tierra. Existen indicios de usurpaciones de tierras comunales para la constitución de dehesas que llegaron a ocasionar el declive de algunas aldeas e incluso su despoblación (Sánchez Loro, 1985). Así, en 1464 los Zúñiga mandaron que la dehesa que tenía Torremenga para la boyada, que de aquí en adelante sea pasto común dela ciudad y tierra [...] pues la dicha Torremenga está despoblada. En cambio el juez Francisco Francés, en sentencia de 27 de junio de 1491 devuelve la potestad de sus dehesas a las despobladas Cáparra y Fresnedilla: Y porque el lugar despoblado que está dentro de la dehesa [Fresnedilla] tendría, como los otros lugares, ejido y dehesa de bueyes, si los vecinos del dicho lugar, que hoy día son vivos, o sus herederos u otras cualesquier personas quisieren poblar el dicho lugar, que gocen y puedan gozar de la posesión de dichos ejidos y dehesa de bueyes, como sus antecesores. Según expone el juez Antonio de Cornejo en 1494, los nobles y eclesiásticos habían usurpado en los términos comunales del territorio de Plasencia, un total de 34 leguas, lo que supone unas 105.587 ha, sin contar los otros caballeros, escuderos y personas que tenían tomados algunos baldíos de la dicha ciudad y apropiándolos a sus dehesas. Incluso en 1496 los mismos reyes escriben al bachiller Francisco Francés diciéndole que haga las reclamaciones de oficio, porque en Plasencia ya no hay quien reclame:

«Y porque algunos regidores de Plasencia y otros caballeros y personas y vecinos della y de su tierra, tienen dehesas y pastos en su término y, ensanchando las dichas dehesas, han tomado y ocupado de cada día muchos términos, prados, pastos [...] pertenecientes al uso común»

Con todo, en la época de los Reyes Católicos la disposición de la Corona de apoyar a los ganaderos mesteños parecía rotunda. Numerosas disposiciones de la época les apoyarán en detrimento de los intereses de los labradores. Entre ellas se cuentan la Real Cédula de 1480 que obligaba a los campesinos a abandonar tierras ya en cultivo para dedicarlas al pastoreo; la ordenanza de 1489 que rectificaba la amplitud de las cañadas; la autorización dada en 1491 que permitía a los pastores cortar los arbustos para alimentar al ganado o quemar los montes para convertirlos en tierras de pasto; o la ley de arriendo de 1501, que autorizaba a la Mesta a mantener en arriendo indefinido las tierras que había utilizado antes sin modificar las rentas y a pastorear en las dehesas en que lo hubieran hecho durante 10 años sin protesta oficial de sus dueños (Hernández y Pulido, 2004). En la Dehesa de los Guadalupe, en el suroeste de Cáceres, era tal el montante que la villa de Talavera, su pro-



Figura 143. Símbolo correspondiente a octubre, del calendario románico de la cripta de San Isidoro, en León, que representa un porquero derribando bellota para alimentar a sus cerdos. Los usos ganaderos del monte fueron los prioritarios a lo largo de toda la edad media. En muchas dehesas concejiles extremeñas, el aprovechamiento de la montanera era vecinal, aunque se arrendaran los pastos a ganaderos foráneos. Más adelante en algunos casos también se arrendaron las bellotas junto con las yerbas.

pietaria, obtenía del arriendo de sus pastos, que sus ordenanzas de 1560 llegan a prohibir expresamente la recogida de espárragos y turmas (criadillas de tierra), *por hacerse un gran daño a la dehesa con nuevas veredas y hoyando la tierra* (Hontanilla, 2000). En Trujillo se limita la extracción de leñas de escoba en algunas dehesas porque con su extracción *desmontan las dehesas e que la escoba e monte dellas es provechoso para criar el pasto della para los bueyes e para las vacas* (Sánchez Rubio, 1995).

En algunas zonas concretas, como las vegas del Guadiana o la Tierra de Barros, la producción agrícola era predominante y las necesidades del ganado estaban supeditadas a las de los bueyes de labor. Pero en la mayor parte de la región, la preeminencia de los intereses de los trashumantes, pudo suponer tanto el estancamiento de la producción agrícola como una considerable destrucción de la riqueza forestal, ante la costumbre de los pastores de quemar el bosque para obtener más hierba (Domínguez, 1974). Rodríguez Blanco (1985), llega a interpretar el territorio de la Orden de Santiago en la región como un conjunto de dehesas unidas por cordeles de cañadas, en cuyos intersticios había tierras de labor ocupadas por los vecinos de los pueblos. Cuenta 27 dehesas de la Mesa Maestral y 33 de encomiendas, a las que habría que unir al menos una para cada pueblo. Eran cimientos esenciales de la producción económica del Señorío, y sus rentas de yerbas serían en los años siguientes recurso fundamental de la economía de los Austrias. A ellas acudían ganaderos serranos que procedían de Soria (Yanguas, Vinuesa, Montenegro), Segovia (El Espinar, Villacastín, Mansilla), Salamanca (Mogarraz), Burgos (Huerta de Arriba) y La Rioja (Viniestra), y a partir de 1504 fueron arrendadas en bloque por el Honrado Concejo.

En definitiva, al margen de las numerosas peculiaridades regionales, el final del medioevo contempla en Extremadura un incremento rotundo de las tierras cultivadas, pero también la vertebración de la economía hacia la explotación ganadera y el continuo avance de los terrenos adehesados, lo que irá contribuyendo a la concentración del terrazgo y la riqueza. La reacción de los campesinos solicitando terrenos para el cultivo y la crianza del ganado de labor encuentra un eco desigual y con toda probabilidad insuficiente (Pereira, 1990).

### EL USO DEL BOSQUE EN LA EDAD MEDIA

A medida que se incrementa la presión demográfica, ganadera y roturadora, lo hace también la demanda de productos selvícolas. Pero más allá de esa demanda, las actividades agropecuarias, lle-



Figura 144. Algunos árboles se mostraron pronto como especialmente útiles, promoviéndose su plantación y manejo. Uno de los más paradigmáticos fue el castaño, que dio nombre a muchas localidades. Es el caso de Castañar de Ibor, que como se aprecia en la imagen sigue haciendo honor a su nombre.



van de forma directa o indirecta a una degradación de la superficie forestada y a la reducción continua de la misma. Como comentaba Corchón (1963) para el Campo de Arañuelo:

«la alianza tácita entre pastores y campesinos contra el árbol tenía distintas finalidades: los primeros quemaban los bosques para provocar así el nacimiento de nuevos retoños, que comían con fruición los ganados; los segundos los talaban para roturarlos, aunque, por lo general, todo bosque, antes de ser roturado, pasa por la fase de aprovechamiento ganadero»

A lo largo de toda la Edad Media los montes soportaban una larga serie de usos: rozas y roturaciones, pastos para el ganado, recogida de ramón, aprovechamiento de la bellota, recogida de setas y frutos, establecimiento de colmenas, etc. Pero también la obtención de productos forestales como leña para combustión, madera para construcción u otros más específicos: pez de los pinos, corcho para colmenas, cenizas para fabricar jabón o cascás para su uso como curtientes. Las escrituras de portazgo de la villa de Gata reflejan estos usos y los diversos productos que se comercializaban tras haber sufrido una primera transformación: madera serrada, corcha labrada, castaña pelada, pez, jabón, etc. (Cotano, 2004). La Real Provisión de Juan II al concejo de Trujillo, que buscaba asegurar el abasto al monasterio de Guadalupe de recursos forestales a costa de dicha ciudad, detalla la variedad del aprovechamiento de los montes y atestigua la temprana existencia de cuerpos especializados en su custodia (Sánchez Rubio, 1992):

«para que puedan sacar del termino desa dicha çibdad por agora e para syenpre jamas toda la leña y madera y corchas e cucharro e corteza o piedra e hornija que ovieren menester para su provisión e para sus obras que hizieren, [...] especialmente [...] de los terminos de Logrosan e de Cañamero e de Verzocana [...] e por la presente mando a los guardas e montarazes y otros cualesquier ofiçiales de los terminos de la tierra de la dicha çibdad que no prenden ni enbarguen ni tomen cosa alguna»

Algunos usos aparentemente menores podían causar importantes perjuicios. Los jaboneros, por ejemplo, debieron causar daño a los bosques hasta el punto que las ordenanzas de Trujillo establecían que *qualquiera que traxiere çeniza a vender aqui a la çibdad o al termino que sea tenuto a dar un fiel vecino como es de leña seca sobre juramento...* (Sánchez Rubio, 1995). Otra de las utilidades importantes era la de maderas finas para la construcción de cercados con que vallar las heredades o los pagos de viñas. Las ordenanzas de Trujillo permiten la corta o desmoche de arbolado, entre otros usos, *para trillos o para çafurdas o para vardales o valladares o para viñas* (Sánchez Rubio, 1995). En algunos casos se denuncia que la costumbre de repetir esos setos de ramajes anualmente ocasionaba un daño excesivo al arbolado, tanto más cuanto a menudo se utilizaba para las cercas arbolado joven. Así se expresa en la Contestación del procurador del conde de Osorno a las quejas planteadas por el procurador de la villa de Galisteo en 1502 (AGS, Cámara de Castilla, leg 8, nº 168): *en todos los terminos e logares desta villa e su tierra ay muchos çerrados que fazen de madera de*



Figura 145. Vaca avileña ramoneando las ramas podadas de una encina en la dehesa del Guijo de los Frailes, en Malpartida de Plasencia. El uso del arbolado para proporcionar ramón al ganado ha sido una constante desde la época medieval, y resultaba esencial para el ganado no trashumante (como los bueyes de labor) en un clima tan estacional como el mediterráneo, con una importante falta de alimento en la época estival. La “ordenanza del verde” del concejo placentino, en 1463, establecía las condiciones de la poda para ramón en las encinas del Campo de Arañuelo: “de cada encina, dos ramas, de horca arriba”.

*los dichos montes de arvoles nuevos e de los otros mayores desmochándolos e lo que mas es en cada invierno queman el dicho çerrado e luego fassen otro de nuevo. En esa misma comarca hay testimonios de que actividades aparentemente secundarias de cara al arbolado, como la pesca fluvial, adquirieron gran importancia. Estas pesquerías se llevaban a cabo usando judrias hechas con estacas de madera, y apuntaba Pedro de Trejo que destruyen mucho monte para las fazer. Para ello se necesitaban, como indicaba Pedro de Montoya el Viejo, muchas estacas luengas y gordas como la pantorrilla de la pierna y estas se an de cortar de los arvoles mas derecho e mucha rama (Clemente Ramos, 2005b).*

La estacionalidad del pasto obligaba a buscar recursos con que suplementar al ganado en época estival, cuando los campos se agostaban. Para ello se solía podar el arbolado y utilizar su ramón para la alimentación animal, un uso que iría adquiriendo cada vez mayor entidad a la par que lo hicieran las cabañas ganaderas y la actividad agrícola. Así lo refleja la “Ordenanza del verde” aprobada por acuerdo del concejo de Plasencia el 22 de abril de 1463, que ante el incremento detectado de necesidad de podas para ramón establece (Sánchez Loro, 1985):

«que de aquí en adelante, todos los vecinos de la dicha ciudad y su tierra [...] puedan ramonear para todos sus bueyes de labranza, cada que lo hayan menester, en los tiempos infortunados, en el Campo de Arañuelo, cortando de cada encina dos ramas, de horca arriba [...] y en la encina que no tenga más de dos o tres ramas, que no puedan cortar rama alguna»

Con todo, los usos de troncos y ramas como elemento estructural y como combustible serían globalmente los de mayor importancia. Las Relaciones de Felipe II de Castilblanco comentan de las casas de la villa que *el enmaderamiento dellas es de enzina y madroño o fresno y jara*, mientras que en Alía los tejados se montan *sobre ripia de roble o castaño o jaras* (Hontanilla, 2002). El acuerdo de Trujillo con Miajadas de 1512 denuncia el comercio fraudulento de este material: *cortan madera en los dichos terminos de roble e alcornoques e enzinas e fresnos e otros arboles para carretas e otras cosas, las cortan en el un termino e las fazen e edifican en el otro por esemir de no pagar la pena* (Sánchez Rubio, 1995). El Título XXXIII de las Leyes Capitulares de la Orden de Santiago de 1502 (*Que los labradores puedan cortar madera para sus labores, y casas...*) refleja la costumbre de utilizar cualquier árbol con la madera adecuada para la construcción de viviendas, apriscos o aperos de labranza, aprovechar las podas para obtener carbón o leña para combatir el frío invernal, etc (Maldonado, 2005):

«ordenamos y mandamos que todos los labradores de la nuestra provincia, doquier que pudieren comer, e pacer, coger bellotas en los términos baldíos comunes, que en esos mismos términos puedan cortar madera para yugos, timones [...] sin pena alguna; y si madera hoviere menester para hazer casas, o repararlas, asimismo que la ayan en los valdíos; y en razón de la leña para quemar, cada uno de los Concejos aya la dicha leña, donde la suela aver, por la forma, y manera que han costumbre»



Figura 146. Lugar donde se acaba de hacer picón, en una dehesa cacereña. El uso de la leña menuda, no sólo procedente de las podas, sino también del matorral (sobre todo jaras) para la producción de carbón vegetal (picón) ha sido una constante en el medio extremeño hasta hace escasas décadas, y aún se usa para braseos en muchas zonas rurales. Ante la escasez de arbolado, algunas ordenanzas medievales restringían la posibilidad de coger leña a las matas bajas, como tomillos, romeros o retamas.



Esas mismas Leyes reflejan también la capacidad de disponer libremente y en cada momento de la facultad de hacer leña a partir de las plantas arbustivas del matorral y monte bajo (Ley VIII del Título XXXVII), como jaras, escobas, romero y otras leñas menudas, como coscojas, retamas, etc. Precisamente esas grandes extensiones de monte bajo proporcionaban materia prima a profesionales de oficios muy diversos y tan singulares como el de escobero o chamicero (Martín Martín, 2001). Otros, como caleros y horneros se especializaban en la corta de leñas para abastecer sus respectivos hornos. En Cáceres se atribuía a su labor el descuaje de la mata, un terreno bravío cubierto de monte bajo, fundamentalmente carrascas, acebuches y matorrales, que se habría extendido hacia los riberos del Almonte (Floriano, 1957). En las cuencas mineras de Sierra Morena la necesidad de combustible para la forja y tratamiento de los metales determinaría deforestaciones localizadas pero intensas (Pérez-Embid, 2001).

La existencia de masas más o menos cercanas determinaba las especies más utilizadas en la construcción de viviendas, siempre dentro de aquéllas que proporcionarían vigas más o menos largas y rectas. En las zonas montañosas del norte la mayor parte de los elementos constructivos solían ser de castaño. Así lo refleja la descripción de la casa de audiencias de la plaza de Gata (Cotano, 2004), de la que se decía en 1538 que: *armada sobre ocho pilares de cantería y ençima sus madres de su madera de castaño y cuarterones e tabla [...] y en la dicha escalera tiene su puerta de castaño [...] Y ençima del dicho sobrado tiene su tejado de madera de castaño e tabla junta e su teja ençima*. En cambio en otras zonas era el pino el protagonista, como parecía suceder en Villafranca, donde hacia 1550 en el hospital de San Miguel *Las puertas eran de pino y tenían buena clavazón [...] cubierta de tres naves de cuartos de madera de pino a dos aguas*; y hacia 1575 se asegura también que de pino eran la tribuna de la iglesia y su púlpito, así como el maderamiento de la Casa de la Encomienda (Solís, 1982). Pero donde la importancia del pino sería abrumadora será en la tierra de Plasencia, tema poco conocido y que se detalla a continuación.

### LOS PINARES DE LA VILLA DE PLASENCIA

La Tierra de Plasencia siempre fue abundante de pinares, y como ya se dijo el escudo de la ciudad, que data de principios del siglo XIII, ostenta un pino al lado de la torre central (Toro, 1573). Los bajísimos niveles poblacionales que caracterizaron la comarca durante varios siglos habían permitido una franca recuperación del arbolado en toda su dilatada extensión. Mientras que robledales y castañares tapizarían las laderas del Jerte y de la Vera, con mayor o menor presencia de grupos de pinos en las áreas más altas, sobre el manto de arenas fluviales que bordea el divagar del río Tiétar se extendía una extensa masa de pinares, donde predominaría el pino resinero (*Pinus pinaster*). Amparados en su gran capacidad para diseminar y ocupar terrenos desnudos, y sobre todo en su facilidad para desarrollarse sobre sustratos inestables, estos pinares autóctonos supondrían duran-





Figura 147. Pinar del Moreno, en Talayuela, de *Pinus pinaster*, con abundante regeneración y sotobosque de rebollos y otras frondosas. La existencia de este pinar está documentada desde la época medieval. Entonces constituía una de las principales riquezas del concejo de Plasencia, que recibía continuas solicitudes de corta por parte de los concejos vecinos, habida cuenta de la escasez de maderas similares que pudieran ser usadas para la construcción de grandes edificios, catedrales y puentes. El aprovechamiento de estos pinares, mucho más extensos que en la actualidad, estaba estrictamente regulado, y de hecho éste del Moreno era uno de los que se reservaban para necesidades excepcionales.

te siglos un recurso de vital importancia para el concejo placentino. La pobreza del sustrato sobre el que se asentaban hacía que su terreno no resultara apto ni para la labor ni para la generación de pastizales, por lo que no existían presiones para su transformación. En cambio, el gran desarrollo y la rectitud que alcanzaban los pinos les hacía imprescindibles para la construcción, especialmente de grandes obras civiles como puentes o catedrales. De ahí que pronto el concejo estableciera unas ordenanzas que regularan su gestión e incluso llegara a designar unos guardas específicos para su cuidado: *los pinadores*, cuyas obligaciones se detallan en un acuerdo del concejo de 1463 (Sánchez Loro, 1985).

De forma continua el concejo recibía solicitudes para aprovechar la madera de sus pinares, tanto para el uso común de los vecinos como por parte de instituciones o nobles para fines específicos. La descripción que hace de la ciudad el médico Luis del Toro en 1573 comenta que: *tiene, además, la ciudad, muy espléndidos y robustos edificios hechos de piedra y cal, con madera excelente y abundantísima, que se da gratuitamente a los vecinos en los pinares, exceptuando el costo de prepararla* (Sánchez Loro, 1982). El llamado "Puente del Cardenal" sobre el Tajo o las iglesias de muchos pueblos cercanos como Granadilla, Guijo o Galisteo, se construyeron con madera de estos bosques. Algunas autorizaciones reflejan con interesante exactitud los productos elaborados que se permitía obtener, como en 1465 para reparar la iglesia de Galisteo: 30 hileras, 200 cabrios, 100 tozones, 50 docenas de ripia, etc. Eran también usados para otros fines específicos como artesas, barcas o gamellones. En 1552 Galisteo vuelve a solicitar *cierta madera para la obra de la fortaleza* (Clemente Ramos, 2001). El uso preeminente de estos pinares en usos que requirieran vigas de grandes dimensiones, como edificios o gamellones, permite deducir que a ellos se refería Azedo de la Berrueza (1667) cuando comentaba que en La Vera, junto al Tiétar:

«Produce la tierra disformes árboles, así en altura como en lo abultado y grueso del cuerpo; y son algunos tan soberbios y pujantes, que es cosa maravillosa su altura y robustez, y son acomodados para poderosos edificios... Son algunos destos árboles tan altos, que se hacen dellos lagaretas de una pieza, en la que se pisa la uva de la vendimia, que en aquella tierra llaman gamellones»

En la tabla 11 se reflejan varias licencias otorgadas con este fin entre 1462 y 1465, periodo en que ascienden a más de trece, y algunas de entidad tan considerable como las cien carretadas de madera con destino a Medellín o las dirigidas al puente sobre el Tajo: *toda la madera que fuera menester*. El largo viaje que tenían que recorrer estas maderas nos habla bien a las claras tanto de su importancia como de la escasez de este tipo de arbolado en la mayor parte del territorio extremeño.



Figura 148. Puente del Cardenal, sobre el Tajo a la altura de Monfragüe, ahora frecuentemente bajo sus aguas a causa de los embalses. La construcción de puentes que salvaran el profundo paso del gran río era una cuestión de vital importancia, para la que no se escatimaban materiales, y las grandes piezas de madera eran esenciales para armar los arcos y formar los andamios. En este caso esa madera salió de los pinares de Plasencia, para lo cual se dispuso "tanto como fuese menester".



Tabla 11. Licencias para cortar madera en los pinares de la Ciudad y Tierra de Plasencia, otorgadas por su Concejo de 1462 a 1465.			
Fecha	Beneficiario	Destino	Ubicación
06/04/1462	El provisor del obispado	Puente sobre el Tajo	No del pinar de Moreno, con restricciones en el de la Bazagona
10/04/1462		Puente sobre el Tajo	Sólo en el pinar de la Bazagona
14/04/1462	Conde de Medellín	Villa de Medellín	No en los pinares de Moreno y Bazagona
16/02/1463	Un vecino de Xaraíz	Dos pares de casas	
17/02/1463	Vecinos	Artesas y barcas	
20/05/1463	García de Carvajal		En Aldeanueva de la Vera
23/11/1463	Francisco de Trejo	Molino	En la Bazagona
18/04/1464	Gil López, vecino de Xaraíz	Gamellones	No en los pinares de Moreno y Bazagona
18/04/1464	Frailas de Yuste y vecinos de Cuacos	Dos casas y otros en Puebla de Naciados	No en los pinares de Moreno y Bazagona
27/03/1465	Canónigo Juan Gómez	Iglesia de San Andrés en Guijo de Granada	No en los pinares de Moreno y Bazagona
25/05/1465	Iglesia, cura y vecinos de Granada	Iglesia de Granada y otros	
05/06/1465	Concejo de Galisteo	Iglesia de Galisteo	No en los pinares de Moreno y Bazagona
21/06/1465	Vecinos de la Ciudad	Servicio de los vecinos	No en los pinares de Moreno y Bazagona
Fuente: Acuerdos recogidos en el "Libro de los Hechos del Concejo de Plasencia, desde 10 setiembre año de 1461", realizado por el arquitecto Vicente Paredes Guillén, y recopilados en Sánchez Loro (1985)			

La posesión de estos pinares otorgaba un valor estratégico y a menudo para el permiso de corta se establecían condicionantes que impedían "exportar" los productos resultantes, como refleja la licencia de corta de pinos para gamellones a Gil López en 1464: *que sea de lo caído y no talando ningún pino.. y no los saquéis a vender fuera de mi término a personas de fuera de mi tierra* (Sánchez Loro, 1985). Su uso no estaría exento de conflictos de gran entidad, como el surgido en 1555 entre el con-

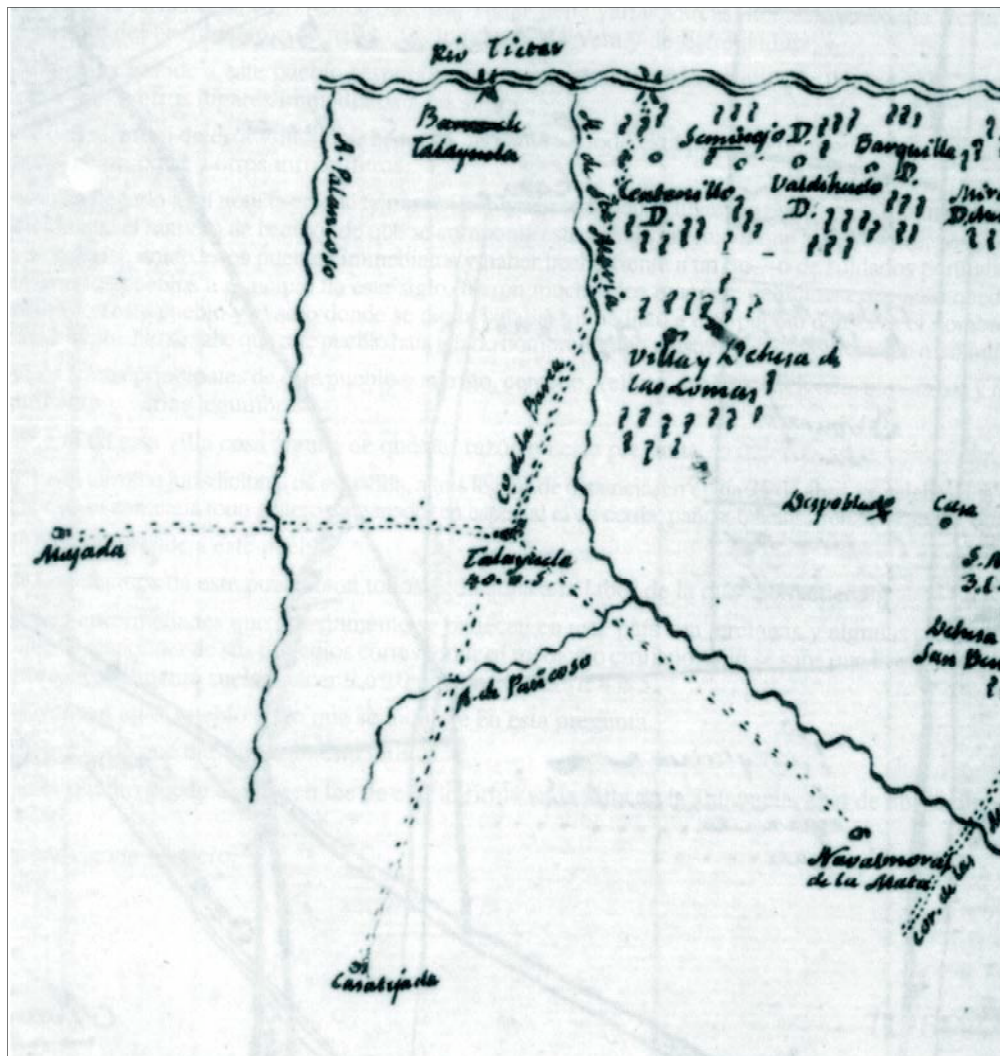


Figura 149. Mapa de Talayuela y sus alrededores, de la obra de Tomás López (1798). En las proximidades del Tiétar se identifican las principales masas forestales de la zona, entre ellas el pinar del Centenillo, del que aún hoy persiste una importante superficie.

cejo, justicia y regimiento de Plasencia con los análogos de Belvis, Monroy, Almaraz y Deleitosa, y con los condes de Oropesa y Deleitosa, sobre la autorización para la tala de madera de pino para la construcción de una barca para el puerto de Valdecañas de Tajo (ARCV, Ejecutorias, 1555-02-07, Caja 0825.0018). Rodeada de villas y términos con relativa abundancia de leñas pero déficit de monte alto que proporcione madera para construcción, Plasencia se erige en cabeza del aprovisionamiento de este bien, y trata de implementar las medidas precisas para conservarlo.

Además de la vigilancia proporcionada por los pinadores, las licencias solían contener condicionantes para ocasionar el menor daño posible a los pinares. Así, es frecuente que se permita sólo el aprovechamiento de pinos caídos de forma natural, secos o quemados, sobre todo si no se persiguen usos estructurales, para los que se reservarían los mejores ejemplares. La autorización de 1462 para cortar madera para el puente sobre el Tajo habla de *la madera que fuera menester para hacer las cimbras dela dicha puente; pero que del pinar de la Bazagona no corten, salvo los pinos tuertos, que no son para otras labores*. Además se establecieron a los vecinos obligaciones de hacer cortafuegos mediante pases de arado, como apunta el acuerdo del concejo de 13 de septiembre de 1462: *Mandaron que, de parte de todos los que tienen bueyes, vayan a dar raya a las dehesas comarcanas, para evitar los fuegos, cada vez que el corregidor lo mandare* (Sánchez Loro, 1985). De hecho los propios Reyes Católicos instaron a la ciudad a que *se hagan cortafuegos en los pinares del Concejo*. Por otra parte, el concejo reservaba determinadas zonas en donde habitualmente no se permitía corta alguna: los denominados pinares del Moreno (en Talayuela) y de La Bazagona. Hasta el siglo XVI esa protección debió surtir al menos el efecto de impedir aprovechamientos abusivos, pero no lograría impedir que resultaran ajenos al proceso general de degradación de los bosques de la edad moderna (Partido de Plasencia, 1791). Gran parte de su superficie fue desapareciendo, pero las dos manchas antaño más reservadas (Talayuela y La Bazagona) aún subsisten, considerablemente limitadas en su extensión y amenazadas por areneros y cultivos industriales como el tabaco, a pesar de haber sido recientemente valorizados al configurar el Corredor Ecológico y de Biodiversidad "Pinares del Tiétar", también propuesto como LIC.